

## LA CLASE INTELECTUAL Y SU PRESENCIA EN LA HISTORIA.

### 1. Cómo y dónde nació este concepto.

Comenzaré este texto con una referencia autobiográfica. Hacia 1974, cuando me hallaba preparando mi *Teoría científica de la historia* –destinada a servir de libro de texto en el plantel Vallejo del CCH de la ciudad de México-<sup>1</sup>, me tropecé con la necesidad de exponer con algún detalle en qué consiste la teoría marxista de las clases sociales. Traté de ellas minuciosamente. Me valí de una célebre definición de las clases que Lenin proporcionó en 1919 en su texto *Una gran iniciativa*. Tomando en cuenta los planteamientos de Marx y Lenin, subrayé que, aunque al interior del sistema capitalista hay diferentes agrupamientos sociales, las clases fundamentales del régimen son dos: capitalistas y proletarios. Recuerdo que, al hallarme escribiendo este pasaje del libro, donde subrayaba el carácter *dicotómico* o *binario* del modo de producción capitalista, redacté la frase: “la intelectualidad no constituye, desde luego, una clase social” y me detuve un momento para meditar a qué se debía tal cosa. Con toda rapidez vinieron a mi mente los argumentos consabidos, obvios, de que, como las clases sociales –de acuerdo con varias referencias a ellas de los clásicos del marxismo- son agrupamientos definidos por la propiedad o no de los medios productivos, los intelectuales no pueden ser considerados, a la manera de la burguesía, como una clase social independiente, porque carecen de esa propiedad. Pero tampoco, si se encuentran asalariados, es posible interpretarlos de igual modo, ya que forman parte del *obrero colectivo* contratado por el capital. Me vinieron esos pensamientos y otros más. Pero de pronto, acicateado por no sé qué vislumbre, me dije a mí mismo: “¿Qué ocurriría si, variando ligeramente las cosas y no ciñéndome de manera dogmática a la definición ortodoxa, considerara (o consideraríamos) a la intelectualidad como una clase social *sui generis*? Y casi imperceptiblemente, comenzó con ello mi reflexión sobre si los intelectuales constituían o no una clase social. También, claro es, si esta mutación terminológico-conceptual era de alguna utilidad para la cognición del proceso histórico y la práctica política o resultaba una disquisición torpe y confusionista que debería ser alineada al lado de tantas ocurrencias infecundas y ociosas que han surgido a lo largo de la historia.

---

<sup>1</sup> Enrique González Rojo, *Teoría científica de la historia*, Editorial Diógenes, S.A., México, 1977.

Poco a poco fui cayendo en cuenta, o me lo pareció así, que esta hipótesis primero, y teoría después, de la *clase intelectual*, no sólo no representaba una desviación o un espejismo pronto a disiparse, sino que me aclaraba (o nos aclaraba) muchísimas cuestiones que la concepción *binaria* del marxismo tradicional dejaba sin explicar u ocultaba –conscientemente o no- de manera peligrosa. Llevo alrededor de treinta y cinco años de reflexionar sobre el tema. Varios artículos, ensayos y libros he dedicado a esta problemática. Indico cuáles son los textos fundamentales en que tiene lugar mi búsqueda al respecto: después de la *Teoría científica de la historia* –donde se halla el acta de nacimiento de la hipótesis- escribí los libros *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*<sup>2</sup> y *La revolución proletario-intelectual*<sup>3</sup>. El primero de estos opúsculos es una obra de transición en que se retoma la hipótesis que se delinea en el libro precedente, se la apuntala y vigoriza y se la modela hasta dejarla, convertida en tesis, a punto de transformarse. En el segundo de ellos –un texto de mayor madurez y profundidad-, la hipótesis de la *clase intelectual* deviene teoría y muestra una palmaria superación –me parece- respecto a los ensayos que lo preceden. Una diferencia ostensible, para poner un ejemplo, entre *Hacia una teoría marxista...* y *La revolución proletario-intelectual* la hallamos en que, mientras en el primer texto se le da el nombre de “trabajar el trabajo” al proceso mediante el cual el trabajo intelectual –en la escuela o la experiencia- va de lo simple a lo complejo (y aumenta, por ende, su valor), en el segundo se le llama – guardando mayor fidelidad a la teoría marxista del valor- “trabajar la fuerza de trabajo”.

En dos libros posteriores, junto con otros temas, vuelvo a la teoría de la *clase intelectual: Epistemología y Socialismo*<sup>4</sup> y *En marcha hacia la concreción*<sup>5</sup>. En el primero desarrollo la teoría, le busco nuevos fundamentos y la hago entrar al campo de batalla de las discusiones filosófico-políticas. En el segundo, la teoría de la *clase intelectual* adquiere una nueva dimensión y un enriquecimiento palpable, por lo menos así quiero creerlo, lo cual se debe al hecho novedoso de que la clase intelectual ya no sólo es enfocada desde una hermenéutica socio-económica, sino también psicológica y psicoanalítica. La introducción de la subjetividad en la teoría es, pues, un punto clave para

---

<sup>2</sup> Enrique González Rojo, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, Teoría y Praxis, Editorial Grijalbo, S. A. , México, D. F, 1977.

<sup>3</sup> Enrique González Rojo, *La revolución proletario-intelectual*, Editorial Diógenes, S. A, México, 1981.

<sup>4</sup> Enrique González Rojo, *Epistemología y Socialismo. La crítica de Sánchez Vázquez a Louis Althusser*, Editorial Diógenes, S. A. , México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Tendencia Sindical Independiente, UAZ, 1985.

<sup>5</sup> Enrique González Rojo, *En marcha hacia la concreción. En torno a una filosofía del infinito*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2007.

abrirse a una intelección más amplia del significado del concepto de *clase intelectual*.

Ya establecida la hipótesis, me hallé de pronto con que la idea de que los intelectuales constituían una clase no era nueva. Gradualmente fui cayendo en cuenta de que dicha tesis tenía antecedentes, y varios a decir verdad. Uno importante fue Mijail Bakunin, aunque de él hay que asentar que más que ser el creador de una hipótesis o una tesis sobre la clase intelectual, tuvo un atisbo fecundísimo y una intuición genial. Más estructurado, más consciente de lo que traía entre manos es el socialista polaco W. Machajski, al que puedo considerar como el verdadero antecedente de los teóricos de la clase intelectual en el siglo XX, incluyéndome. Machajski, después de haber dado la lucha en la Socialdemocracia contra los revisionistas, rompió con ella, se radicalizó políticamente y formuló una teoría bastante detallada de la *clase intelectual* que, como en una carrera de relevos, recoge la estafeta de Bakunin, se la pasa a Max Nomad –otro de los teóricos de la tercera clase- y, como dije, se convierte en el gran precursor.

Al construir la hipótesis y la teoría de la *clase intelectual* no sólo desconocía yo a los precursores, sino que tampoco estaba al tanto de otros pensadores – más o menos contemporáneos- que se orientaban en un sentido similar al mío, como eran George Konrád, Ivan Szelenyi, Alvin W. Gouldner, Nico Berti, etc.

La verdad sea dicha. Le debo muy poco a ellos. Casi nada. Sólo supe de su existencia cuando la hipótesis de la *clase intelectual* pugnaba por convertirse en teoría. No puedo negar las *coincidencias* con mis antecesores y otros escritores y socialistas contemporáneos; pero no me cabe la menor duda de que la edificación de esta última la he llevado a cabo de manera prácticamente autónoma...

## **2. La noción de clase intelectual no se ha discutido en México. Razones de ello.**

A pesar de los años y más años en que me he dedicado a divulgar el concepto de *clase intelectual* por medio de libros, ensayos, conferencias, etc., no tengo empacho en confesar que en general en nuestro medio mi propuesta no ha sido discutida ni tomada en serio. Mi convicción más íntima es que lo anterior no se debe a que ella contenga un nudo de falacias y carezca de fundamento, sino que el medio ambiente –aludo a la izquierda del país- no ha sido favorable a

desarrollos teóricos con pretensiones de originalidad –o por lo menos de pesquisa y agudeza- que no pueden menos que chocar con la retahíla de nociones enhebradas por el dogmatismo y la pereza mental. Y era lógico que así sucediera ya que, como dije, la teoría de la *clase intelectual* conducía forzosamente a desplazar la noción *binaria* de las clases sociales en el régimen capitalista, y este desplazamiento –a favor de una concepción *ternaria*- llevaba obligatoriamente a negar el carácter socialista del numeroso grupo de países que, después de la revolución de octubre y antes de la caída del muro de Berlín y del derrumbe de la URSS, decían hallarse construyendo un régimen socialista. No voy a explicar aquí detalladamente cómo el cambio de paradigma implicaba inexorablemente la negación de la naturaleza socialista de los países en cuestión –baste con decir que la clase que llega al poder en las revoluciones tenidas por socialistas no fue la clase obrera manual, sino una *clase intelectual* que es el veneno estructural de donde surgen la burocracia y la tecnocracia que caracterizan a esas naciones. La incompreensión de mis puntos de vista era, pues, comprensible. Todas las corrientes que se llamaban marxistas –leninismo, stalinismo, trotskismo, maoísmo, titismo, guevarismo- eran binaristas. La teoría de la *tercera clase* es ferozmente antiestalista; pero también discrepa del marxismo-leninismo (que intenta deslindarse de Stalin) y del marxismo revolucionario (como gustan llamarse los trotskistas). Con algunos maoístas pude establecer un cierto diálogo por algún tiempo, debido a que la Revolución Cultural Proletaria en que se inspiraban y les servía de bandera, había visto en ciertos intelectuales, o “madarines de la cultura”, francos usurpadores de la revolución. Pero el diálogo no fue profundo ni duradero. También con algunos trotskistas tuve cierto intercambio de ideas. La tesis del Thermidor stalinista, de la alienación burocrática y aun del Estado obrero degenerado, me parecían y siguen pareciendo interesantes y portadoras de vislumbres incuestionables, aunque limitadas por una concepción binaria que no logran rebasar.

Además de las reticencias políticas para discutir mis planteamientos, ha habido otro tipo de consideraciones que han impedido a algunos acercarse a mis opiniones, darles importancia y discutirlos. Como se sabe, en algunos círculos de la izquierda los intelectuales tienen mala fama. Se les ve como aristocratizantes, apolíticos y alejados de las masas. Se les juzga como manipuladores y pagados de sí. Se dice, desde luego, que hay excepciones, pero la regla es que los intelectuales son vanidosos, individualistas, enamorados de sí mismos y con la convicción de ser el verdadero pináculo de la pirámide social. A estos antiintelectualistas, hablar de clase intelectual les parece un despropósito: piensan que “elear” a los intelectuales al status de

clase es una operación típicamente intelectual, que habla de la soberbia de este grupo de artistas, filósofos, científicos e ideólogos que no pueden ser una clase poseedora –porque no detentan medios de producción- sino que son, aunque les pese, un mero estrato de la colectividad.

En varias ocasiones, armándome de paciencia, he respondido a estas personas. De la misma manera que hablar de capitalistas no es inicialmente hacer un juicio moral, sino mostrar la realidad económica de que existe un sector de la sociedad que es dueño de los medios *materiales* de producción, lo mismo hay que decir de la *clase intelectual*: no son razones morales o de otro tipo las que me han llevado a darle ese nombre, sino el hecho objetivo de que hay todo un agrupamiento social que, aun no siendo propietario de las condiciones *materiales* de la producción y hasta viéndose obligado a asalarizarse, es dueño de medios *intelectuales* de producción y ello lo estructura de cierta manera. Además me hago esta pregunta: ¿a la aristocracia intelectual, tan narcisista y preocupada por la opinión pública, le agrada ser considerada como una clase social que pasa de *dominar* a los trabajadores manuales (en el capitalismo) a ejercer su *dictadura* sobre el proletariado (en los llamados regímenes socialistas)? Las consecuencias de aceptar o no la existencia de una *clase intelectual* son decisivas, como iremos viendo en este escrito. Hay, sin embargo, quienes son misoneístas, que ven con recelo el uso de nuevos conceptos, que vuelven la cabeza a toda pretensión de enriquecimiento lexicológico y prefieren o querrían que las palabras permanezcan congeladas en su sentido habitual. Ante prejuicios así, sobran las argumentaciones.

### **3, El lado objetivo de la clase intelectual.**

La clase intelectual posee dos lados y dos enfoques distintos: objetivo el uno, subjetivo el otro. El primero tiene que ver con la sociología y la economía, el segundo con la psicología. Por eso digo que mi planteamiento es hilemórfico: la *materia* la “pone” la subjetividad –más adelante explicaré de qué manera- y las condiciones objetivas se encargan de darle *forma*.

El lado objetivo fue destacado por mí al proponer una redefinición de la noción de clase social. Dicho de manera esquemática: *una clase social se define como un conglomerado de individuos que poseen medios de producción o no*. Esta es la definición tradicional, a partir de la cual tendríamos que hablar de capitalistas y trabajadores, sin rebasar la concepción binaria ortodoxa. Pero yo he puesto el acento –a continuación diré por qué- en que los

medios de producción pueden ser de dos tipos: medios *materiales* de producción (como fábricas, instrumentos, materias primas, etc.) y medios *intelectuales* –o mejor *espirituales*- de producción (como instrucción, metodología, adiestramiento, etc.). La redefinición de clase social se amplía, pues, de la siguiente manera: *una clase social se define como un conglomerado de individuos que poseen o no ya sea medios de producción material, ya sea medios intelectuales de producción*. Esto nos habla, por consiguiente, de dos antítesis: la de capital/trabajo y la de trabajo intelectual/trabajo manual. Pero no son dos contradicciones paralelas o independiente la una respecto a la otra, sino que se hallan ensambladas hasta formar un “cuadrilátero estructural”: en el mismo conjunto se da la contradicción entre el capital y el trabajo, por una parte, y entre el trabajo de índole intelectual y el trabajo de índole física, por otra. Mas ocurre que el polo negativo de la antítesis apropiativo-intelectual (la clase manual) es también polo negativo de la antítesis apropiativo-material. Por eso el cuadrilátero contiene una pirámide estructural, donde en la cúspide se halla el capital, en un ángulo la clase intelectual y en el otro la clase manual. Hay que decirlo así: el tipo de sojuzgamiento que ejercen la clase burguesa y la clase intelectual difieren ostensiblemente: la primera *explota* a todo el *frente asalariado* (trabajadores intelectuales y manuales), la segunda *domina y controla* a los trabajadores manuales. La clase intelectual es, en esta perspectiva, la *clase media* del sistema: es explotada por el capital, pero ejerce su dominación sobre los trabajadores manuales, los cuales constituyen tanto una clase explotada cuanto una dominada, ya que, aun suponiendo que ostenten un afán posesivo como todos, las circunstancias les impiden ser dueños de medios materiales de producción y serlo también de medios intelectuales de ella. La concepción ternaria de las clases sociales nos conduce al reconocimiento de una tercera clase o clase media, a la que he dado el nombre de *clase intelectual*.

Tornaré a otra referencia autobiográfica. Estudiando la obra de Louis Althusser<sup>6</sup>, me pareció muy importante la afirmación de este último de que la práctica teórica –como todo tipo de práctica- consta de tres elementos: la *Generalidad I* (o materia prima), la *Generalidad II* (medios *intelectuales* de producción) y la *Generalidad III* (nuevo producto creado). Althusser advierte que el *modus operandi* de la práctica teórico-cognoscitiva consiste, en efecto, en que mediante la G II (instrumental teórico: conocimientos, metodología, etc.), se trabaja una G I (materia prima: realidad social por conocer, ideología

---

<sup>6</sup> Resultado de ese estudio fue la elaboración de mi texto *Para leer a Althusser*, Editorial Diógenes, S. A., México, 1974.

que se desea someter a la crítica, etc.), para obtener una G III (nuevo conocimiento). Este esquema de la práctica teórica es visto por Althusser no sólo como un acto o una producción, sino como una reproducción permanente y además ampliada. Permanente porque la G III de la práctica teórica mencionada, se incorpora a la G II de un nuevo ciclo y así sucesivamente. Ampliada porque en cada nuevo desarrollo, la G III de un acto cognoscitivo (o sea el nuevo conocimiento) se añade, enriqueciéndola, a la G II del nuevo proceso y así de manera progresiva. El concepto de *medios intelectuales de producción* puesto de relieve por Althusser para aclarar la esencia y el modo de operar de la práctica teórica, me resultó extraordinariamente adecuado no únicamente para entender el funcionamiento de la práctica teórica, sino para advertir las diferencias entre la tercera clase y las otras dos del triángulo estructural. Althusser habló de medios *intelectuales* de producción, pero no fue partidario nunca de la existencia de una clase intelectual. Habló de un concepto –medios teóricos productivos– que nos ayudan a entender qué es la tercera clase, por qué se define como tal y por qué tiene un papel tan relevante en el proceso histórico. ¿A qué atribuir el que Althusser se niega a reconocer la existencia de la clase intelectual y a permanecer en el binarismo ortodoxo? Creo que la razón de ello estriba en que, en el tema que trato, él sólo ve el encadenamiento epistémico de la práctica teórica (o sea que se desenvuelve en un terreno puramente filosófico) y no “desciende” a advertir las consecuencias antropológicas de su análisis. Habla, en efecto, de instrumentos productivos *intelectuales*, materia prima y nuevo producto. Pero la identidad estructural de la práctica teórica con la práctica empírica en general y con la práctica económica en particular, nos advierte que es necesario tomar en cuenta desde el principio que, detrás de los instrumentos productivos, la materia prima y el nuevo producto, se halla la *fuerza de trabajo*. Althusser habla, efectivamente, de los medios intelectuales de producción, pero no hace referencia a la fuerza de trabajo que se adueña de la G II y a las consecuencias que trae aparejado este hecho.

#### **4. Mi propuesta de la clasificación de los intelectuales.**

Ya pertrechado del concepto de *clase intelectual* o, lo que es lo mismo, después de haber tomado en cuenta que los medios intelectuales de producción no se hallan volando en el aire, sino que encarnan en cierta fuerza de trabajo, pude acercarme críticamente a la noción que tiene Gramsci de los intelectuales. El gran marxista italiano fue de la idea de que, debido a la cada vez más importante presencia de los intelectuales en la sociedad capitalista, resulta insoslayable analizar el papel que juegan en la lucha de clases de esta

última. Para llevar a cabo este propósito, creyó pertinente hacer una *clasificación de los intelectuales*, y la que nos proporcionó ha devenido célebre entre los socialistas. Piensa que los intelectuales pueden ser divididos en dos grandes rubros: los intelectuales *orgánicos* y los intelectuales *tradicionales*. Estos últimos no son otra cosa que supervivencias en el mundo actual de la intelectualidad vigente en el pasado. Son intelectuales conservadores o reaccionarios que, habiendo respondido a los intereses de las clases existentes en los regímenes precapitalistas, una vez destruidos éstos superviven invocando ideas envejecidas y soluciones obsoletas. Los intelectuales tradicionales no tienen, como se comprende, la importancia de los intelectuales orgánicos que, a diferencia de ellos, son los intelectuales de la actualidad. Los intelectuales orgánicos se dividen, a su vez, en dos grandes grupos: los intelectuales orgánicos *de la burguesía* y los intelectuales orgánicos *del proletariado*. ¿En qué sentido se dice de ambos sectores que son orgánicos? En el de que se hallan asociados a, o tienen “organicidad” con las dos clases esenciales de la sociedad capitalista. Los intelectuales orgánicos de la burguesía ponen sus conocimientos, su información, su capacidad intelectual al servicio de los dueños de los medios de producción. Los intelectuales orgánicos de la burguesía se hallan, pues, aburguesados. A diferencia de ellos, los intelectuales orgánicos del proletariado ponen su actividad teórico-crítica y sus aptitudes intelectuales bajo la tutela de los intereses de la clase proletaria, es decir, desposeída de medios de producción. Son intelectuales, entonces, que se proletarizan. El ejemplo más notorio de intelectual orgánico del proletariado es, a decir de Gramsci, el partido comunista al que califica, con una expresión que hizo famosa Togliatti, como “el intelectual colectivo”. La clasificación de los intelectuales que realiza Gramsci está inscrita, como puede advertirse, en la tradicional concepción dicotómica de las clases sociales. Inspirada en planteamientos de Marx y Lenin, la clasificación de Gramsci es *una clasificación binaria de las clases*.

Los atisbos que había tenido yo sobre la existencia de una *clase media* intelectual entre el capital y el obrero manual, no podían aceptar la clasificación anterior, por convincente que pareciera, ya que, al hablar de los intelectuales orgánicos y su girar en torno de las dos clases fundamentales de la sociedad, olvidaba, o no sabía intelegir, la esencia de la tercera clase y, con ella, las diferencias –y en algún sentido también similitudes- respecto a la burguesía y el proletariado manual.

Decidí entonces proponer otra clasificación. En ella parto del supuesto de que la intelectualidad es una clase social *sui generis*, definida como tal, ya lo dije,



por detentar los factores más dinámicos de la práctica teórica. La intelectualidad en esta clasificación se puede dividir en dos grandes sectores: la intelectualidad *desclasada* y la intelectualidad *enclasada*. La intelectualidad desclasada, o *fuera de sí*, lo puede ser en sentido ascendente (aburguesándose) o en sentido descendente (proletarizándose). Adviértase que este desclasamiento por partida doble coincide –más bien parece coincidir– con la división gramsciana: los intelectuales orgánicos de la burguesía y los intelectuales orgánicos del proletariado. Pero los intelectuales pueden reafirmar su carácter de clase media *enclasándose*, es decir, diferenciándose de los poseedores materiales y de los obreros ignorantes que realizan un trabajo simple, sin especialización. El *enclasamiento* puede ser de dos tipos: un enclasamiento *empírico* (clase intelectual *en sí* o *aristocracia intelectual*) y un enclasamiento *histórico* (clase intelectual *para sí*). La intelectualidad en ocasiones lucha por deslindarse “de los que están arriba” (de los poderosos capitalistas) y “de los que están abajo” (de los trabajadores físicos). Se trata, en efecto, de la *aristocracia intelectual*, de los filósofos, científicos, hombres de letras, eruditos de todos sabores y colores que, valorando sus conocimientos, su inteligencia, su creatividad espiritual como el bien máspreciado, menosprecian o ven encima del hombro no sólo a los parias o a los obreros sin cultura, sino a los capitalistas, comerciantes, banqueros a quienes califican como vulgares y primitivos. En cierto sentido los intelectuales de este género, *enclasados empíricamente*, tienen un enclasamiento relativo y precario. Su máxima no es luchar contra el sistema, o, lo que viene a ser igual, pugnar porque desaparezca la clase capitalista propietaria y porque la clase trabajadora caiga bajo su control intelectual, sino esforzarse por crear un *islote espiritual* incontaminado. La intención de esta intelectualidad es lograr la difícil estrategia del *aislamiento* y la *adaptación*. Quiere aislarse para proseguir con su práctica cultural aristocratizante; pero busca la adaptación porque, medrosa, no quiere tomar riesgos, ni embarcarse en aventuras. Esto nos explica por qué un buen número de intelectuales *en sí*, o enclasados empíricamente, opta por el apoliticismo. Por todo ello, esta clase intelectual está lejos de separarse en realidad de verdad del régimen capitalista y constituir un peligro para éste. Caso bien diferente es el de la intelectualidad que pugna por *enclasar* *históricamente* y devenir clase *para sí*.

Analizo con detenimiento este caso porque resulta de fundamental importancia. En el capitalismo existen algunas franjas de la clase intelectual que no tienden al desclasamiento o a la organicidad con el capital o el trabajo manual, y tampoco al *enclasamiento relativo* de la intelectualidad académica, apolítica y aristocratizante, sino que van en pos –independientemente del

grado de conciencia con que lo hagan- de un *enclasmiento histórico*. Para explicar esto con mayor precisión vuelvo a la concepción *ternaria* de las clases<sup>7</sup>. Hagámonos ahora esta pregunta: ante la posibilidad de un cambio revolucionario, ¿qué posición teórico-práctica asumen cada una de las clases de la *tríada clasista* que conforma la sociedad feudal-absolutista? La aristocracia terrateniente –junto con el rey, la corte y la iglesia- es *enemiga* del cambio. Respondiendo a su carácter *conservador*, hará todo lo posible –echando mano de la totalidad de recursos materiales y espirituales a su alcance- para impedir la transformación social y, con ella, la pérdida de sus privilegios. Es, por tanto, una clase *a-histórica*, sin porvenir, condenada a la desaparición. El Tercer Estado –*frente clasista* que agrupa, entre otras, a dos clases de diferente esencia definitoria: el capital y el trabajo- *será partidario de la revolución*. Pero en la democracia o Estado llano las clases integrantes se hallan jerarquizadas, ya que una, la burguesía (que se encuentra en su fase histórica manufacturera) es dueña de los medios de producción, en tanto que la otra, el proletariado, carece de ellos. Esta asimetría entre una clase y otra es la causa de que, al interior del Tercer Estado, como en un ejército, haya un estado mayor y una tropa. No cabe duda de que los intereses del sector capitalista *dirigente* y del sector proletario *dirigido* son distintos –y esta diferencia estallará en toda su magnitud posteriormente-; pero por lo pronto, durante la revolución democrático-burguesa, parecen coincidir y en ciertos puntos clave coinciden de hecho. Además, el estado mayor le hace ciertas concesiones a su tropa, con el objeto de asegurar su fidelidad a la acción transformadora, aunque cuidándose de que esas “dádivas” no sean exageradas y pongan en peligro sus proyectos de clase dominante en el “frente democrático”. En esta situación, la clase burguesa, se delinea como la “tercera clase” o la “clase media” del sistema.

Ciertamente que sin el proletariado, junto con los campesinos desclasados y el pobrero libre de las ciudades, la revolución en contra del Primer y Segundo Estados hubiese sido imposible. Pero la tropa o el segmento proletario del Tercer Estado es *el sector empírico-decisivo del cambio*, que nos hace evidente el viejo principio de que la historia la hacen las masas. Pero la *clase histórica* –entendiendo por ello la clase que tiene la oportunidad de acceder al poder tras la destrucción del *viejo régimen*-, es la clase burguesa.

En toda revolución –he subrayado- hay que distinguir tres personajes: los *agentes*, los *enemigos* y los *beneficiarios*. Si hacemos a un lado a los

---

<sup>7</sup> El *ternarismo clasista* se advierte con toda claridad en la sociedad feudal de donde va a emerger el régimen capitalista, y en la formación burguesa de donde va a surgir el “socialismo”.

enemigos –que están entronizados en el poder que se cuestiona y combate- y tomamos en cuenta que no coinciden del todo los agentes y los beneficiarios – como se evidencia al triunfo de la revolución-, la pregunta de: ¿por qué no hay una plena coincidencia entre quienes hicieron la revolución (o sea los agentes revolucionarios) y quienes se aprovecharon de ella o la capitalizaron?, se responde de modo preciso con lo que ya afirmé: los agentes o promotores de la revolución son dos clases, aliadas de momento por tener un enemigo común, pero jerarquizadas por la presencia en ambas de una estructura definitoria asimétrica que favorece al capital sobre el trabajo.

Algo semejante ocurre en el capitalismo. También en él, ante la posibilidad de cambio, hallamos los tres personajes consabidos: los agentes, los enemigos y los beneficiarios. Pero ahora los protagonistas son distintos. Los agentes están conformados, en lo esencial, por los trabajadores; los enemigos, por la burguesía en el poder, y los beneficiarios por una tecno-burocracia que tiene a la *clase intelectual* como su origen y montura.

La explicación de por qué los agentes y los beneficiarios de la revolución anticapitalista no coinciden, es semejante a la que he brindado respecto a la revolución democrático-burguesa: el proletariado, como antes el Tercer Estado, no es una clase sino un *frente clasista*, y esta es la razón por la cual, cuando el proletariado sale victorioso sobre el capital, su parte dirigente, o su *sector histórico* -que no es sino la clase intelectual *para sí*- accede al poder. Hay, desde luego, una evidente diferencia entre el tipo de *ternarismo* que aflora en la *revolución* democrático-burguesa y el que se evidencia en la revolución “socialista”<sup>8</sup>. La diferencia consiste en que mientras la “clase media” del primer proceso –o sea la burguesía- es una clase en el sentido *apropiativo-material*, la “clase media” del segundo –o sea la clase intelectual- es una clase en sentido *apropiativo-intelectual*.

Con algunas excepciones, a las que me referiré más adelante, la clase intelectual, en el decurso histórico, ha estado fuera de sí, desclasada, o buscando hacerse de un inestable y precario enclasmiento relativo como aristocracia intelectual. En general, se puede asentar que la relación de esta clase –en el régimen feudal, en el absolutista, en el democrático-burgués o en el fascista- con las clases fundamentales del régimen, es una relación de *subordinación*. Los intelectuales o son atraídos por los poseedores y poderosos y caen bajo su servicio –que es lo que ocurre de común- o son

---

<sup>8</sup> a la que he dado el nombre de *revolución proletario-intelectual*.

imantados por los desposeídos y menesterosos –caso no muy frecuente, pero real- y se supeditan a éstos. La célebre sentencia, atribuida a Bacon, de “saber es poder” opera de manera muy restringida en los regímenes –como el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo- donde las clases dominantes basan su dominación en algo físico, tangible, real como es el ser dueñas de las condiciones *materiales* básicas de la producción. Por brillantes que hayan sido –y sus producciones enriquecieron de manera magnificente la cultura universal- los filósofos, científicos, artistas, etc. de los regímenes esclavista, feudal y capitalista estaban lejos de ejercer el *poder* que supuestamente emana del *saber*, según el apotegma baconiano. Y es que la clase intelectual no escapa al principio que puede ser formulado del modo siguiente: *cuando en un régimen social hay una clase con poder material –derivado de su expropiación de los medios fundamentales, de carácter material, de la producción social-, el poder emanado del saber tiene un radio de acción restringido e, imposibilitado por lo general de actuar de manera independiente, se ve obligado a desclasarse en sentido descendente en ocasiones o a desclasarse en sentido ascendente en la mayor parte de los casos.* En el capitalismo funciona también ese principio: los intelectuales se ven obligados a subordinarse a los burgueses –y allí están para demostrarlo el conjunto de instituciones culturales y sus personeros (TV, prensa, radio, cinematógrafo) que forman el aparato cultural de la clase dominante. Pero en el capitalismo hay otra fracción de la clase intelectual que busca autoafirmarse como clase y abandonar la subordinación a las otras clases a que la *condenaba* su status de grupo social permanentemente desclasado. Esta clase se convierte en *para sí* cuando se vale del proletariado manual –con el que tiene en común formar parte de la clase proletaria y hallarse explotado- y lo usa como catapulta para arribar a su sueño dorado: el poder. Gramsci dice que el partido comunista es *el agrupamiento del intelectual orgánico del proletariado* –tesis coincidente con la de Lenin de que el partido comunista es el destacamento dirigente o la vanguardia del proletariado<sup>9</sup>-, yo opino, por lo contrario, que los partidos comunistas son el *Estado mayor, intelectual, de los proletarios manuales*. Para Gramsci, como para Lenin, el contenido de clase del partido comunista es *obrero*, porque los intelectuales que lo conforman y la agrupación en conjunto –como intelectual colectivo- son intelectuales orgánicos de la clase trabajadora; para mí el contenido de clase del partido comunista es *intelectual*, ya que pugna por una revolución proletario-intelectual, es decir, un cambio social que arroje de la escena a los capitalistas –el poder material que impide a los intelectuales enclasarse históricamente- y

---

<sup>9</sup> Y también, aunque en sentido privativo, con la de José Revueltas que se condolía de la falta de cabeza del proletariado mexicano.

tras de brindarle ciertas concesiones al proletariado, sujetarlo, ponerlo a raya, y ejercer una acción dictatorial sobre él.

## 5. El lado subjetivo de la clase intelectual.

Pero algo le faltaba a la teoría y poco a poco se me fue revelando qué era. Hablaba yo de la clase intelectual –como Marx, Engels o Lenin lo hacían de la burguesía o de otras clases- de manera *objetivista*, es decir aludiendo a su naturaleza definitoria y al conjunto de acciones y reacciones históricas condicionadas por ella. Hablaba de la fuerza de trabajo intelectual, sí, y en ese sentido mi *objetivismo antropológico* discrepaba del *objetivismo epistémico* de Althusser; pero no inquiría por las condiciones de posibilidad subjetivas de la existencia histórica de la clase intelectual. Daba por supuesto que los intelectuales eran dueños de medios *intelectuales* de producción, mas no me preguntaba cómo y por qué los habían adquirido. Este tema –el del lado subjetivo o psicológico de la clase intelectual- lo traté por vez primera en mi libro *En marcha hacia la concreción*. Ahí, como también en otras partes del presente libro, recojo la diferencia establecida por Freud entre *instintos* y *pulsiones*. Caracterizo a unos y otros como impulsos surgidos en y por la organización bioquímica del organismo y tendientes, por medio de la conducta, a su realización. La diferencia entre ellos estriba en que mientras los instintos hacen alusión a tales impulsos en los animales, las pulsiones se refieren a lo mismo, pero en los hombres y mujeres. En el reservorio de pulsiones del inconsciente, encontré que hay una que tiene la misma importancia que la libido: hago referencia a la *pulsión apropiativa*. En el libro mencionado muestro que el deseo apropiativo congénito a los individuos, no es algo subordinado a, o a la sombra de, la pulsión sexual, sino un afán primario que imprime permanentemente su impronta en el quehacer humano. Frecuentemente colabora con la impulsividad sexual para determinar ciertas conductas –en mi libro, por ejemplo, muestro que la interpretación del Edipo tiene que ser no sólo sexual sino apropiativa-; pero en otras ocasiones es el protagonista fundamental que está detrás de la actuación del ser humano. La realización más obvia de la pulsión apropiativa consiste en el adueñamiento de cosas u objetos materiales que se hallan fuera del individuo. Pueden ser bienes de consumo o medios de producción, muebles o inmuebles, entes “a la mano” o “a distancia”, etc. Pero este impulso al adueñamiento, a la conversión de lo ajeno o exterior en propio, no sólo se da con las cosas, sino prácticamente con todo lo que es susceptible de caer en los dominios de la apropiación. Tomando en cuenta lo anterior, he mencionado tres tipos de pulsión apropiativa: la

*cosística*, la *eidética* y la *antrópica*. Con la primera los individuos tienden a posesionarse de cosas, con la segunda de ideas y con la tercera de personas.

En este tema –el lado subjetivo de la clase intelectual- el tipo de pulsión que me interesa es el eidético. No basta, en efecto, decir que hay una fuerza de trabajo que es dueña de medios de producción intelectuales y que se contrapone, por consiguiente, a la fuerza de trabajo manual, sino que resulta indispensable explicar cómo llegaron esas ideas, esos conocimientos, esa metodología al trabajador intelectual, y por qué ocurrió tal cosa y sigue ocurriendo cotidianamente. Los individuos no sólo queremos sumar a nuestras pertenencias objetos de consumo o de lujo, etc., sino saberes, intelecciones, dilucidamientos. Es falsa la idea de que sólo a lo tangible le es dable caer en las redes de la apropiación. Los pensamientos, las ocurrencias, los proyectos pueden ser poseídos y hasta monopolizados por una persona, o un grupo de personas, en la medida en que se priva a los demás de su goce. Lo intangible se posee, en consecuencia, cuando los otros no han podido ni pueden acceder a ese enriquecimiento intelectual. La pulsión apropiativa *eidética* aparece muy pronto en la vida de los individuos. Poco después de aprender a decir las primeras palabras, el niño da de repente con la célebre cadena de los *por-qué*s indefinidos que muestra su “apetito” por saberlo todo. Como un pequeño filósofo el infante quiere saber una cosa y otra y otra. Su afán de poseer conocimientos seguramente está condenado al fracaso, porque sus padres o instructores muy pronto, en general, no podrán responder a su aporética. Otro nombre que podemos dar a la pulsión apropiativa es el de curiosidad – designación que aun siendo superficial y restringida, no deja de ser correcta. Lo que mueve a la pulsión apropiativa *eidética* a adueñarse de saberes y “tomas de conciencia” es la *curiosidad* que lleva dentro de ella. Cuando Aristóteles hace notar que la filosofía –en el sentido pitagórico de amor a la sabiduría- nace a partir de la curiosidad humana, lo que está diciendo es que la filosofía existe porque existe una pulsión apropiativa que busca adueñarse del conocimiento de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.

El verdadero sabio o el maestro de corazón brindan gustosamente sus conocimientos a sus alumnos. Los guían por el camino que ellos han recorrido y lejos de guardar sus conocimientos para sí, no tienen la menor reticencia para compartirlos con los otros. Pero es frecuente que algunos intelectuales y hasta maestros oculten bibliografías y fuentes de información, y se limiten a proporcionar a sus alumnos y otras personas conocimientos fragmentarios y epidérmicos para no perder la “privilegiada atalaya de sabiduría” desde la cual ven a los demás. En este caso se torna más que evidente que el *afán*

*apropiativo* de información erudita tiene pretensiones de monopolización. Por eso es importante hacer notar que el fenómeno de la avaricia, de la acumulación por la acumulación, no es privativo de la pulsión apropiativo-cosística, sino también de la eidética.

La pulsión apropiativa no hace acto de presencia en todos los individuos con la misma intensidad o con el mismo grado de fuerza. Debido a los diversos niveles de impulsividad del afán, nos hallamos con que al lado de mujeres y hombres que tienen una verdadera compulsión por adquirir conocimientos, existen otros que poseen una impulsividad debilitada o que francamente se caracterizan por su apatía. Los humanos, sin embargo, no están condenados a padecer el grado de impulsividad que en general le es inherente a su pulsión. De la misma manera que la *plasticidad* de las pulsiones nos habla de la capacidad de ellas para cambiar de signo y orientación, la *re-moción* de las pulsiones se refiere a la aptitud de cada una de convertir la impulsividad débil en vigorosa o la impulsividad intensa en “des-acelerada”. Una educación pertinente, como veremos con posterioridad, juega un papel importante en estas mutabilidades.

Así como el propósito de un número considerable de personas es amasar una fortuna, el sueño de muchos otros es *amasar conocimientos* (erudición), y dedican vida y esfuerzos a lograrlo. La erudición –como toda acumulación o absorción de conocimientos- puede ser asumida como medio o como fin. En el primer caso se trata de una erudición *funcional* o sea de la adquisición de los saberes indispensables para llevar a cabo una práctica determinada o para acceder a un nuevo conocimiento. En el segundo, de una erudición *de lujo*, como la perseguida por la aristocracia intelectual para deslindarse, vanidosamente, de la ignorancia que predomina en todas partes y en especial en los trabajadores manuales y los vulgares capitalistas.

El “apetito de conocimientos” es un afán propio (*intrínseco*). Se nace con él y, a medida que la vida se desenvuelve, se va desarrollando. Pero no pocas veces recibe presiones e influjos del mundo exterior y presenta entonces un componente *extrínseco*. Como he subrayado, el *afán intrínseco* de obtener información y cultura es, en muchos casos, un deseo de destacarse, adquirir poder y prestigio. Es, en ocasiones, el “capital” de los pobres, ya que, en efecto, los que no tienen recursos económicos ven en la adquisición de cultura la manera de hacerse de una posición social, no sólo para destacarse y obtener mejores salarios, sino para hacerse de puestos de mando. El afán posesivo *eidético* que recibe un claro influjo del medio ambiente y tiene, por tanto, un

componente extrínseco se hace evidente en los niños a los que se obliga a estudiar, en los jóvenes que se ven en la necesidad de hacer una carrera técnica para encontrar empleo, en los que, frente a los que saben, no quieren quedarse atrás, etc. El hecho de que una parte del impulso por adquirir conocimientos tenga un componente exterior, no cambia en nada la génesis y estructura de la apropiación eidética, ya que el conocimiento continúa siendo un acto de adueñamiento de datos, conceptos, informaciones existentes en la exterioridad<sup>10</sup>.

Desde el punto de vista de la conformación de la intelectualidad como clase social, es de suma importancia tomar en cuenta que la economía capitalista en general, así como la administración pública en los tres niveles de gobierno, demandan permanentemente fuerza de trabajo intelectual con determinadas especialidades y que un número importante de personas acuden a la escuela y la universidad –el ámbito creado ex profeso para *trabajar la fuerza de trabajo* y hacer que los individuos, adueñándose de ciertos conocimientos, aparezcan como oferentes del trabajo requerido.

Cuando se habla de las pulsiones en general, y de la pulsión apropiativa *eidética* en particular, hay el peligro de caer en el *psicologismo*, es decir, en una posición que reduzca la complejidad de la historia a los datos de la psique. En contra de este constreñimiento artificioso, pienso que en todo momento, cuando se hace énfasis en los distintos afanes contenidos en el *ello*, debe tenerse en cuenta el papel protagónico y definitivo de las circunstancias históricas o de las condiciones socio-económicas que proporciona la objetividad social.

La satisfacción de las pulsiones implica siempre la mediación morféctica de la situación histórica objetiva. Así como muchos, si no es que todos, querrían conquistar el objetivo al que tienden los requerimientos de su afán posesivo *cosístico*, y nunca podrán hacerlo porque las condiciones económico sociales no son propicias a ello, también muchos, si no es que todos, desearían realizar su pulsión apropiativa *eidética*, y tampoco les será dable satisfacer su impulso, debido a que las circunstancias históricas actúan como un tajante impedimento para su realización: cuántas personas, mujeres y hombres, desean ir a la universidad y adquirir en ella las nociones indispensables para “ser alguien en

---

<sup>10</sup> La presencia de una apropiación de conocimientos es tan palpable, que hasta existen en la sociedad moderna instituciones jurídicas que la reconocen y pretenden salvaguardar sus derechos contra el plagio y la usurpación. Es el caso del Registro de la propiedad intelectual o de los documentos en que se otorga un privilegio de investigación y propiedad industrial (patentes).



la vida” –como suele decirse- y, por falta de recursos o la necesidad de trabajar, etc., les es imposible realizar su deseo. En el neoliberalismo –donde la educación resulta tan costosa- millones de personas quedan excluidas de la posibilidad de realizar su pulsión apropiativa eidética, aunque esta última tuviera un carácter compulsivo y exigente. Como dije, la “fábrica de la clase intelectual” que es la escuela y la producción capitalista (con inclusión del comercio y los servicios), están en una relación de oferta y demanda. Pero, en general, estos dos términos de la concurrencia no se hallan en armonía: a veces la demanda excede a la oferta y a veces, como en la actualidad –en que vivimos dentro de la modalidad neoliberal del capitalismo-, la oferta excede a la demanda. Esto trae consigo muchas e importantes consecuencias en la vida social –que no voy a analizar en este sitio, porque su estudio rebasa el propósito de mi escrito. Lo que, no obstante, me interesa poner de relieve, al aludir a las anteriores categorías económicas, es, quiero insistir en ello, la necesidad de soslayar el psicologismo y mostrar la importancia incuestionable de la objetividad social.

## **6. Los tres aspectos de la práctica laboral.**

En mi libro *La revolución proletario-intelectual*, con el objeto de examinar detalladamente las nociones de trabajo en general y de trabajo intelectual, muestro que la actividad laboral puede examinarse desde tres puntos de vista: su *tipo*, su *calificación* y su *carácter*. El primer punto de vista tiene como fundamento la división del trabajo. Ésta, como se sabe, puede ser *vertical* u *horizontal*. La división vertical del trabajo genera dos tipos de trabajo contrastantes: el trabajo intelectual y el trabajo manual. La división horizontal conforma tantos tipos de trabajo (intelectuales o manuales) cuanto ocupaciones o funciones desglosadas presente la práctica laboral. Para mi tema tiene una especial importancia la división vertical del trabajo, ya que, como apunté, en ella hallamos la base de la diferenciación *cualitativa* de dos índoles de trabajo que aunque pueden cooperar, y normalmente lo hacen, y aunque, asociados, constituyan el todo del obrero colectivo, tienen evidentes diferencias operativas. El segundo punto de vista hace referencia al diverso grado de *calificación* que presenta el trabajo. La diferencia, puesta de relieve por Marx, entre trabajo *simple* y trabajo *complejo* o entre trabajo no calificado y trabajo calificado, no sólo conviene al trabajo manual, sino también al trabajo intelectual. Es importante subrayar que mientras las diferencias de *tipo* son cualitativas –ya que aluden a formas de operar distintas y hasta en cierto sentido opuestas-, las disparidades de *calificación* son cuantitativas. Esto es claro con la clase burguesa. La desigualdad que presenta con la proletaria es

un contraste cualitativo: la primera es poseedora, la segunda desposeída. Pero la clase burguesa en cuanto tal también presenta distinciones: existe la alta burguesía, la burguesía mediana y la pequeña burguesía. Esta clase incluye, pues, una estratificación a la que podemos considerar *cuantitativa* porque se funda en la diferente cuantía de capital. Lo mismo ocurre con la clase intelectual. También podemos hallar en ella una estratificación cuantitativa. El trabajo intelectual, ya sabemos, se diferencia cualitativamente del trabajo manual, pero en sí mismo –como también, desde luego, el trabajo manual– presenta diferencias cuantitativas: hay la gran intelectualidad, la intelectualidad mediana y la pequeña intelectualidad. El tercer punto de vista se refiere a la conformación que va asumiendo el trabajo asalariado. El *carácter* del trabajo tiene que ver, en efecto, con la *composición técnica del capital* –con la relación hombre/medios de producción. Cuando Marx habla de estas tres etapas de la producción capitalista: cooperación simple, manufactura y maquinismo, no sólo está ofreciendo una periodización del capitalismo – desde la acumulación originaria hasta la revolución industrial– basada en diversas modalidades de la composición técnica del capital, sino que pone de relieve cómo el *carácter* de la actividad laboral se va modificando con el tiempo. El carácter del trabajo es una noción, por consiguiente, que alude a la *evolución* o al cambio histórico que va sufriendo la fuerza de trabajo contratada por el capital. En la historia de la producción capitalista, no sólo se va modificando la relación *trabajo en su conjunto/medios de producción*, sino también *trabajo manual/medios de producción* e incluso *trabajo intelectual/medios de producción*. Lo anterior implica, asimismo, los cambios que se dan entre *trabajo manual/trabajo intelectual*. Como se recordará, yo he propuesto el empleo del concepto –que no aparece explícitamente en Marx, pero que deriva de sus reflexiones sobre la composición orgánica del capital– *composición técnica del capital variable*. En efecto, la inversión del capitalista comprende, además del capital constante, un capital variable (salarios) destinado a contratar, en determinada proporción, trabajo manual y trabajo intelectual. La cuantía de salarios que se destina a un tipo de trabajo o a otro no es arbitraria, sino que responde a las necesidades técnicas del proceso productivo. *La composición técnica del capital variable es el secreto del cambiante carácter histórico que tanto en sentido cuantitativo como cualitativo sufre la fuerza de trabajo en que cooperan el trabajo de índole material y de índole intelectual*. El visible aumento de intelectuales asalariados que trabajan en las esferas de la producción, el comercio y los servicios tiene que ver con ello. Y también hallamos aquí la génesis y fortalecimiento de la intelectualidad como clase en el capitalismo. Se podría pensar que lo que ha sucedido es que –en términos absolutos– ha crecido el

proletariado. Sí. No cabe duda. Pero una parte del proletariado difiere cualitativamente de otra: ambos carecen de medios *materiales* de producción; pero los intelectuales son dueños del acervo de conocimientos que les permite desempeñar las labores técnico-científicas del *obrero colectivo*.

## **7. El salto de la clase intelectual de clase subordinada a clase dominante.**

Durante buena parte de la historia de occidente, la intelectualidad se ha hallado *fuera de sí* o *desclasada*. En el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo, los intelectuales giran en torno de las dos clases básicas de la sociedad. La mayor porción de ellos se halla al servicio de la clase dominante, y sólo un número reducido (pero, al parecer, tendiente a crecer) se identifica con las clases dominadas. Los intelectuales greco-latinos o la *intelligentsia* medieval son, en términos generales, ideólogos del modo de producción al que pertenecen, lo que no obsta para que formen parte del espectro general de agrupaciones sociales dominadas por la clase esclavista o por la clase feudal. ¿A qué atribuir este hecho? Creo que la respuesta la podemos encontrar en este principio: *ahí donde la clase dominante tiene una estructura apropiativo-material, los diferentes grupos que contienen una estructura-intelectual o la clase intelectual tomada en su conjunto, no pueden nunca ocupar dicho lugar*. De manera sencilla, se puede explicar este principio mostrando que no es la intelectualidad greco-latina la que dominó a la clase esclavista –dueña de los medios *materiales* de la producción, esclavos incluidos-, sino que ocurrió al revés, y no podría haber acaecido de otra manera. Lo mismo podemos decir del feudalismo y del capitalismo: la clase intelectual fuera de sí, dispersa y carente de poder material, está condenada a ser una clase dominada. Esto ocurre no sólo con el estrato de la clase intelectual que se halla enajenado dócilmente a la clase dominante, sino también con el conjunto de intelectuales que trazan el “doble deslinde” que caracteriza a los intelectuales que intentan *enclasar-se-como aristocracia intelectual-* al interior del régimen social: la diferenciación con los que ejercen el poder material y la desvinculación con los siervos o los proletarios, las clases explotadas de ambos sistemas. El “doble deslinde” –basado en la contraposición del saber y la ignorancia- no impide que los intelectuales continúen siendo parte de la población dominada. El enclasamiento empírico de los intelectuales es un *enclasamiento dominado*, por eso es dable describirlo no sólo como circunstancial o limitado, sino como ilusorio o quimérico. Mientras los intelectuales se hallen fuera de sí o enclasadados empíricamente, no ha sonado la hora de la clase intelectual. Antes del advenimiento del régimen “socialista” (la URSS, etc.), podemos hablar de una clase intelectual dominada y dispersa que, con excepción de uno de sus

estratos –para no hablar del proletarizado desclasamiento descendente real de los intelectuales- no da señales ni de querer ni de poder emanciparse. Con excepción de uno de sus estratos, digo. Hago referencia –como se puede adivinar- al sector de los intelectuales que pugna por *enclasarse históricamente* o, lo que es igual, que hace todo lo posible por devenir clase intelectual *para sí*. En contra del optimismo gramsciano –que veía al partido comunista como el intelectual orgánico de la clase trabajadora-, creo que el partido comunista es la jefatura que ejerce la clase intelectual *para sí* sobre los trabajadores. La vinculación de los intelectuales con los obreros y campesinos le proporciona a la clase intelectual el poder material para desplazar, en la coyuntura adecuada, a la clase capitalista, “expropiar a los expropiadores” – como dice Marx- y quedar dueña de la situación. El “doble deslinde” del enclasamiento ya no es aquí restringido o aparente, sino que se vuelve palpable, histórico, real. Los intelectuales –en su forma de burócratas y técnicos- arrojan de la historia al capital privado y ponen a raya al proletariado. Este segundo deslinde nos muestra que la llamada dictadura del proletariado, no es sino la dictadura tecno-burocrática sobre el proletariado o, dicho en un lenguaje estructural último: *no es sino la dictadura de la intelectualidad enclasada históricamente sobre el trabajo*. ¿Por qué digo que con ello ha sonado la hora de la clase intelectual? Porque, al llegar al poder el partido comunista y al socializar (o mejor: estatizar) los medios *materiales* de producción, la clase intelectual ya no tiene encima de ella una clase *apropiativo-material* que la sojuzgue. Llega entonces la hora en que el viejo apotegma de *saber es poder* puede universalizarse y actuar sin restricciones, la hora en que la clase intelectual muestra su velada esencia de *clase-poder*, la hora en que los obreros sufren una nueva usurpación.

### **8¿Hay una concepción del mundo de los intelectuales y quiénes la expresan?**

¿Hay algo así como un *pensamiento general* de la clase intelectual? La pregunta no es fácil de responder ya que los intelectuales desclasados hacia arriba o hacia abajo sacrifican las nociones que naturalmente pueden emanar y emanan de su conformación estructural, con la intención de adherirse a la perspectiva histórica de las clases fundamentales de cada formación social. En los intelectuales vinculados a la clase capitalista o a la clase obrera, hay un desplazamiento de la intencionalidad o significado de su práctica teórica: se halla puesta al servicio de las dos clases antagónicas del régimen capitalista. Su producción teórica es justificatoria, apologética, desviada de sus intereses

intrínsecos de clase. Hablan en nombre de, y silencian su íntima concepción de las cosas.

Si no podemos encontrar el pensamiento natural de la clase intelectual en los intelectuales que se hallan fuera de sí en sentido ascendente, tampoco nos es dable dar con él ni en los pensadores que se desclasas realmente en sentido proletario, ni con los que sólo lo hacen formalmente. No lo hallamos, en efecto, en los que se desclasas verdaderamente y se suman sin más a la lucha de la clase trabajadora contra el sistema burgués y contra la usurpación tecnoburocrática, ya que su actividad teórica (crítico-científica) no sólo rompe con el ideario burgués, sino también con el punto de vista de la clase intelectual. Tampoco lo podemos hallar en el, llamado por Gramsci, “intelectual orgánico de la clase obrera” porque éste, como verá a continuación, no puede prescindir en su discurso de un componente demagógico de carácter obrero-populista.

Nos queda, entonces, sólo un estrato de la clase intelectual en el que podemos indagar si existe un pensamiento general de la clase intelectual o, dicho de otro modo, un ideario que brote naturalmente de la estructura (apropiativo-intelectual) de este tipo de trabajador. Este sector no es otro que el conformado por los intelectuales *en sí*, es decir, los que –en cualquier espacio y tiempo- se *enclasan* (se sienten, organizan o actúan) de manera *empírica*. Esta aristocracia intelectual, como suele llamársele, nos proporciona de manera nítida la *weltanschauung* (concepción del mundo) de los intelectuales.

## 9. Las tres funciones de los intelectuales.

Después de editar mi texto *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual* de 1977 y antes de publicar mi ensayo *La revolución proletario-intelectual* de 1981, elaboré un escrito, al que llamé *Las revoluciones en la historia de la filosofía*, que presenté como ponencia en el Segundo Coloquio Nacional de filosofía, celebrado en Monterrey, Nuevo León, del 3 al 7 de octubre de 1977<sup>11</sup>. Mi ponencia es un escrito de transición en el que, después de haber puesto de relieve que la ampliación del concepto de clase social permite ver más y mejor, me pregunto por el pensamiento de la clase *sui generis* que es la intelectual. La ponencia parte de dos supuestos: 1. que la filosofía es una disciplina típicamente intelectual o una práctica en que el trabajo teórico (propio de la fuerza de trabajo intelectual) se objetiva con toda nitidez, 2. que la clase intelectual ha de tener una ideología o un

---

<sup>11</sup> Esta ponencia, junto con otras, fue publicada en el libro *Las revoluciones en la filosofía*, Teoría y Praxis, Editorial Grijalbo, México, D. F. , 1979.

pensamiento que, dada su especificidad, caracterice la manera de pensar de los intelectuales y se diferencie de la forma en que lo hacen otros agrupamientos de la colectividad.

El texto de marras hace notar que, desde el punto de vista de la práctica teórica a la que se dedica la *inteligencia*, es posible distinguir tres funciones en los filósofos en particular y en los intelectuales en general: ser agentes de la conciencia verdadera, ser ideólogos de una clase<sup>12</sup> y ser ideólogos de “su” propia clase. Veamos brevemente las tres funciones: “a) *ser agentes de la conciencia verdadera*. Los intelectuales son pensadores, filósofos, hombres de ciencia. Son entes, por así decirlo, que se *apropian* epistemológicamente del ser mismo de la cosa. Y que se lo apropian después de hacer a un lado los ‘aditamentos extraños’ (Engels) o la ‘antropomorfización desvirtuadora’ (Lukács). b) *Ser ideólogos de una clase económica*. Pongamos el acento en la clase dominante<sup>13</sup>. La ideología, como falsa conciencia, tiene una forma y un contenido. Su *forma*, su carta de presentación: apariencia de verdad, verdades a medias, decirse o presentarse como expresando los intereses de toda una colectividad. Su *contenido*: objetivación en el discurso de los intereses de la clase dominante. *La ideología es una falsa conciencia que se presenta como conciencia verdadera o una parcialidad que se hace pasar como totalidad*. Tiene un carácter, por consiguiente, de *deformante-conformante*: *deforma* la verdad (aspecto epistemológico) para *conformar* la sociedad (aspecto sociológico) *de acuerdo con los intereses de la clase dominante*. En este sentido podemos afirmar esquemáticamente que Demócrito representaba los intereses de la democracia esclavista, Parménides o Zenón los de la aristocracia esclavista, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino o San Buenaventura los del feudalismo, Descartes, Leibniz o Malebranche los de la burguesía incipiente, etc. c) *Ser ideólogos de su propia clase*. Los intelectuales no sólo son agentes de la conciencia verdadera o ideólogos de una clase económica<sup>14</sup>, sino también son ideólogos de su propia clase. Esta ideología *intelectualista* posee también una *forma* y un *contenido*. Su forma, como en el caso de la ideología de una clase económica, consiste en presentarse como conciencia verdadera, como totalidad; su contenido: expresar los intereses de

<sup>12</sup> En la ponencia decía yo: de una clase *económica*. Ahora diría yo: de una clase en el sentido *apropiativo-material* del término, es decir, de una clase definida por el hecho de detentar o no medios de producción (fábricas, utensilios, materia prima, etc.) de carácter material.

<sup>13</sup> Las clases dominadas también tienen, desde luego, ideologías en este sentido de falsas conciencias. Pero en la ponencia pongo el acento en la ideología de la clase dominante porque en ella se devela con gran claridad la estructura de lo ideológico. Las ideologías de las clases dominadas las fui tematizando con posterioridad.

<sup>14</sup> La clase intelectual también es una clase económica o una clase con raigambre económica: tiene su fundamento, en efecto, en la división del trabajo. La ponencia, sin embargo, no ha logrado aún la precisión y limpieza conceptual que se requieren para teorizar adecuadamente sobre la tercera clase.

una clase, pero no una clase en sentido económico (por ejemplo: la burguesa), sino de una clase en sentido *técnico-funcional*<sup>15</sup>. Es, entonces, una falsa conciencia que se muestra como conciencia verdadera y una parcialidad que hace acto de presencia como totalidad”<sup>16</sup>.

Si examinamos las tres funciones de los intelectuales a la luz de la clasificación de ellos que he propuesto, aparecen ciertos planteamientos dignos de tenerse en cuenta. La primera función destacada –la de ser agentes de la conciencia verdadera– escapa de plano a la clasificación. La práctica de los hombres de ciencia, los matemáticos, los filósofos que integran a su pensamiento aspectos francamente racionales, etc. estrictamente hablando *no puede ser considerada de clase*. El hecho de *apropiarse*, en efecto, del conocimiento de un fenómeno natural, social o psíquico, hace que tal práctica no tenga su polo estructurante en las relaciones de producción o en las fuerzas productivas. La teoría copernicana, el evolucionismo o el psicoanálisis no son de clase. La garantía de su veracidad, asertórica o apodíctica, emana de su propia actividad, tiene su fundamento en su manera específica de validación. Esto no significa que el agente de la conciencia verdadera<sup>17</sup> viva al margen de su época, en plena autonomía y sin ningún tipo de relación con la “cadena profana” de la vida socioeconómica. Significa algo muy distinto: que los saberes de la conciencia verdadera no están determinados, ni mecánica ni dialécticamente, por el basamento económico-social, sino que se hallan tan sólo condicionados, favorablemente o no, por este último.

Algo muy distinto ocurre con la segunda función. El ser *ideólogos de una clase “económica”, apropiativo-material*, divide a los intelectuales en los dos rubros ya conocidos: los que están fuera de sí apoyando a la burguesía<sup>18</sup> y los que se hallan fuera de sí al desclasarse a favor del proletariado.

La tercera función de los intelectuales (lo que mi ponencia llama *ser ideólogos de su propia clase*), me interesa especialmente en este sitio, ya que en ella podemos rastrear lo que llamaba más arriba el pensamiento general o la concepción del mundo de la clase intelectual. Analizaré esto con mayor

---

<sup>15</sup> Posteriormente he preferido la designación *apropiativo-intelectual* a la que empleo todavía aquí (técnico-funcional).

<sup>16</sup> “Las revoluciones en la historia de la filosofía y la clase intelectual”, op. cit., pp. 37-38.

<sup>17</sup> Como el del arte puro: sinfonías, sonatas, cuartetos, etc.

<sup>18</sup> porque reciben de ella emolumentos de excepción (con que se les compra su complicidad), porque, individualistas y convenencieros, no ven otra manera de mantener en el capitalismo los privilegios económicos y políticos de que gozan o persiguen y por las mil y una razones que explican la actitud acomodaticia de los “intelectuales orgánicos” de la burguesía y el régimen burgués.

detenimiento. La conformación estructural de los intelectuales –pertenecientes a las viejas profesiones liberales, asalariados, etc.- consistente en que, de manera simple o especializada, sean *dueños* de los elementos clave de la práctica teórica, se expresa en un “enclasmiento” virtual, invisible casi, pero de una realidad tan contundente como indiscutible. Y no podía menos de ser así, ya que el apoderamiento de conocimientos forzosamente tiene repercusiones en el tipo y carácter de la fuerza de trabajo y en el papel que ésta juega en el cuerpo social. A este enclasmiento primario le he dado el nombre de *en sí*. Pero no quiero que se confunda el *enclasmiento primario* – producto directo de la conformación estructural de los intelectuales-, con el enclasmiento empírico de la *aristocracia intelectual*, al que ya me he referido. En mi clasificación de los intelectuales hablo, en efecto, de ciertos intelectuales que se *enclasan relativamente* o se hallan *en sí* –a diferencia de los que salen *fuera de sí*-, debido a que uno de los sectores de la intelectualidad (la aristocracia intelectual) torna consciente su estructura definitoria, convierte en *ideología intelectualista* su raigambre estructural, y decide expresar de manera abierta, orgullosa y polémica, su esencia constitutiva<sup>19</sup>. La intelectualidad en su conjunto es una clase *en sí*, o posee un *enclasmiento primigenio*, en el sentido en que Marx habla de una clase obrera *en sí*, es decir, de un sector de la sociedad que, con independencia de su conciencia de clase, y carente de medios de producción, se ve en la necesidad de asalarizarse<sup>20</sup>. Algo semejante señalo con respecto a la intelectualidad: el atributo posesión-de-medios-intelectuales-de-producción la define como enclasmiento primario y “natural”, en el régimen capitalista, con independencia de los diferentes grupos de intelectuales mostrados por la clasificación que he propuesto. Lo anterior quiere decir que detrás de las diversas “opciones” o caminos que toman los diferentes grupos de intelectuales –aristocracia intelectual, intelectuales aburguesados, intelectuales proletarizados e intelectuales que luchan por *enclasmarse históricamente*- se halla siempre, de manera obligatoria, el *enclasmiento primario* y sus componentes obligatorios: deslinde respecto a los poseedores materiales y diferenciación con los trabajadores manuales. O, en una palabra: exaltación del saber frente a la ignorancia. Dicho de otra manera: antes de ser aristocracia intelectual, este grupo ya tenía un enclasmiento primario. Y lo mismo en los

---

<sup>19</sup> Tal vez en todo lo anterior hay un empleo exagerado de la terminología hegeliana, como ocurre con Marx y Engels, con prácticamente todos los neo-hegelianos y hasta con el Sartre de *El ser y la nada*. Creo poder disculparme, sin embargo, haciendo notar que el uso de estos términos, si se incardina a una posición materialista, puede ser útil y esclarecedor.

<sup>20</sup> Marx diferencia la clase obrera en sí de la clase obrera para sí: la primera alude a la mera existencia de esta clase, la segunda a la conciencia de clase.



otros casos: los intelectuales fuera de sí son más bien *en sí-fuera de sí* y los intelectuales para sí son en realidad *en sí-para sí*.

El *en sí* común a todos los intelectuales es, por decirlo así, un enclasmiento *latente*. Como sólo en el *enclasmiento empírico* de la clase intelectual, el *en sí* pasa a ser un enclasmiento *manifiesto*, ello nos conduce a la tesis de que *sólo en el rubro de la aristocracia intelectual nos es posible hallar con toda nitidez la ideología intelectualista o la concepción del mundo que brota de la clase intelectual por el solo hecho de existir*. En los otros casos, el *en sí*, latente, se halla inhibido. En los sectores *fuera de sí* hacia arriba o hacia abajo, el enclasmiento primario no es manifiesto, sino latente: el *en sí confirmativo* (o infraestructural) es velado u obstruido por el *fuera de sí*; y en el caso del para sí, el *en sí latente* es sepultado y reprimido por el *para sí*, ya que, por las razones políticas que trataré a continuación, la toma del poder –o la lucha que lleva aparejada- obliga a los intelectuales a ocultar su enclasmiento latente y primigenio.

Me parece importante subrayar que la *ideología intelectualista* que se genera, de manera acendrada y elocuente, en la aristocracia intelectual, no presenta únicamente el papel *negativo* del “doble deslinde”, sino el aspecto *positivo* de su especificidad. El deslinde por partida doble nos esclarece que la concepción del mundo del intelectual enclasmado en el sentido de la aristocracia intelectual no debe ser confundida ni con el punto de vista de los poseedores materiales ni con el de los desposeídos (trabajadores manuales). No debe ser confundida con ellos porque lo que la caracteriza en cuanto tal es precisamente su carácter aristocrático. Aristocracia, claro, al margen de los títulos de nobleza y los privilegios de alcurnia. Aristocracia que, según los intelectuales de este rubro, se basa en el mérito que trae consigo la erudición, la filosofía, la ciencia o el arte. La *ideología intelectualista* es, pues, una *meritocracia*. Las personas ignorantes, aunque sean propietarias de grandes capitales y detenten el poder, están excluidas de esta última, que es un ámbito privilegiado donde la “esencia” del hombre –la racionalidad o la espiritualidad- llega a su máxima expresión. De manera crítica, mi ponencia muestra que el *trabajo fundamentalmente intelectual o espiritual de estos individuos* –que es el soporte de su diferenciación con todo tipo de ignorancia y de la vanagloria de su meritocracia aristocratizante- tiene inesperados efectos perniciosos en su propia práctica teórica: mi ponencia destaca, entre éstos, el idealismo y la metafísica. Reproduzco las observaciones al respecto: “*El idealismo, ideología de la clase intelectual*. Me detendré un momento en esta afirmación. No es posible asentar que, invariablemente, sea la ideología de la clase dominante

(en sentido económico), porque, como he dicho, en la historia hay posiciones idealistas (y aun metafísicas) impugnadoras, combativas, revolucionarias. Pero invariablemente es la ideología de la clase intelectual<sup>21</sup>. El intelectual se autosublima en el idealismo. Su trabajo intelectual se le trasmuta en la *esencia* de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. Independientemente de que se considere la *conciencia* como fundamento entitativo de toda objetividad (idealismo subjetivo) o el *Espíritu* como el sustrato, el sujeto-sustancia (Hegel), de la naturaleza y la sociedad (idealismo objetivo), el espiritualismo realiza una operación, descrita con toda precisión por Feuerbach, que consiste *en tomar el predicado como sujeto y el sujeto como predicado*. Convertir el cuerpo en complemento del alma, o la naturaleza en atributo de la Idea es la práctica ideológico-filosófica propia de ese intelectual que, lejos de desclasarse, como el intelectual revolucionario, *vive en su elemento*. La ideología intelectualista erige en absoluto la práctica teórica. El Espíritu acaba por convertirse en demiurgo, en divinidad. Los intelectuales son sus agentes, sus profetas, sus intermediarios. El intelectual es la forma, el trabajador físico la materia; el intelectual la actividad, la acción, el trabajador físico la inercia, la pasión. *Tomar el predicado como sujeto y el sujeto como predicado* no tiene tan sólo como “razón de ser” la existencia de una sociedad dividida en clases, en sentido económico, y del conjunto de condiciones históricas y socioeconómicas que habitualmente trae a colación el marxismo para explicar la enajenación filosófica y religiosa, sino algo en lo que no se ha puesto el suficiente énfasis: *la mencionada “inversión” entre el sujeto y el predicado es la actitud propia del que vive en y por el trabajo intelectual*”<sup>22</sup>. Veamos ahora qué dice mi ponencia sobre la metafísica. “Algo semejante ocurre con la metafísica. Sustituir el *proceso* por la *cosa*, el vínculo por el aislamiento, el movimiento en el tiempo por el movimiento en el espacio, la biología por la física o la sociología por la biología, es sustituir el devenir por la forma, lo concreto por la abstracción, la *res gestae* por el *eidós*, en una palabra, ofrecer el contenido de la conciencia (ideas, prejuicios, tradiciones) como la naturaleza misma del cambio”<sup>23</sup>.

En los únicos intelectuales en que el *enclasamiento primario* deviene *ideología intelectualista* o en que, de manera espontánea, se proclama y se vive a la sombra de la *concepción general* de la clase *en sí*, es en la

<sup>21</sup> Ahora relativizaría la frase. Diría más bien: “con frecuencia es la ideología de la aristocracia intelectual”. Y añadiría: “el idealismo filosófico tiene en el trabajo fundamentalmente eidético que realizan los intelectuales el caldo de cultivo de la concepción idealista del mundo”.

<sup>22</sup> Ibid., pp. 48-49.

<sup>23</sup> Ibid., pp. 49-50. El reduccionismo –creer que el secreto de la biología es la física, etc.– es un claro componente metafísico de la ideología *intelectualista*.

*aristocracia intelectual*, como ya dije. En los otros intelectuales, el *en sí primario*, cuando optan por un movimiento que en vez de ubicarlos en su “lugar natural”, los desvirtúan y enajenan a las clases fundamentales del sistema, parece esfumarse y reconcentrarse en su estado latente. Lo mismo ocurre -ya lo vaticinaba- con la clase intelectual *para sí*. Es algo inusitado que el enclausamiento empírico, relativo e ilusorio de la aristocracia intelectual, nos ofrezca de manera más evidente lo que es la *ideología intelectualista* que el *enclausamiento histórico* de la clase intelectual. Me explico por qué. Es cierto que la clase intelectual *para sí* se halla en el polo opuesto de la clase intelectual *fuera de sí*; pero, puesto que la única manera de llevar a cabo la derrota del capitalismo privado es mediante una *asociación táctica* de la clase intelectual con el proletariado manual, resulta indudable que la forma idónea de realizar tal designio y ganarse la simpatía de la clase manual, obliga a la clase intelectual a hacer a un lado sus diferencias con ésta y presentarse como parte del proletariado explotado por el capital. *La clase intelectual para sí paradójicamente se autoniega formal y conceptualmente como clase intelectual, para conquistar su poder de clase intelectual.*

## **10. Dos fecundas diferencias con Althusser.**

Dos diferencias que tuve con Louis Althusser fueron especialmente fecundas para mi teorización sobre la clase intelectual. A una de ellas, ya aludí con anterioridad: el “silencio” sobre quién hace uso de los medios *intelectuales* de producción, para trabajar una materia prima y elaborar un producto, me llevó al concepto de *fuerza de trabajo intelectual*, con todas las consecuencias que he registrado. La otra diferencia también es importante. Aunque me parece acertada la distinción que hace el autor de *Pour Marx* entre la ideología y la ciencia, o entre la práctica ideológica y la práctica científica, pronto advertí que normalmente, o con frecuencia, ambas actividades se dan mezcladas. Lo “químicamente puro” es sólo una abstracción o un supuesto metodológico. La regla es la integración de ambas prácticas de maneras muy disímiles y complejas. En mi ponencia escribo: “He usado varias veces el concepto de *sistemas de pensamiento*. Creo que ha llegado el instante en que se precisa su esclarecimiento. No creo que la ciencia y la ideología, o, para decir algo semejante con mayor amplitud, la conciencia verdadera y la falsa conciencia, se den en un estado de pureza y aislamiento. Su forma de ser y presentarse es, más bien, la mezcla, la combinación de elementos verdaderos y elementos ideológicos...En el *sistema de pensamiento* coexisten las tres funciones del

intelectual <sup>24</sup>. *Un sistema de pensamiento es tanto más importante cuanto más inhibe los elementos ideológicos –la ideología en sus dos formas mencionadas- y más “conquistas racionales” o, lo que es igual, cuanto menos ideología y más elementos de conciencia verdadera incluye*”<sup>25</sup>.

La vinculación de la clasificación de los intelectuales que he propuesto y los *sistemas de pensamiento* que acabamos de ver, resulta muy útil para advertir el modo de pensar y actuar de los intelectuales. La vida teórico-política habitual, tanto en los intelectuales desclasados como de los enclasados, puede ser caracterizada como la coexistencia y lucha de diversos sistemas de pensamiento. No se puede afirmar, de ninguna manera, que la ciencia es el patrimonio de unos y la ideología –en cualquiera de sus formas- el patrimonio de otros. Todos operan con *sistemas de pensamiento*.

Al llegar a este punto, me parece imprescindible echar mano de una metáfora que puede aclarar la estructura y la función de cada *sistema de pensamiento*. Me refiero al concepto de *dominación*. En el sistema de pensamiento –que es un amasijo de prácticas teóricas- ciertos factores son *dominantes* y otros *dominados*. En un discurso puede predominar la conciencia verdadera –científica o filosófica-, mas ello no impide que, la mayor parte de las veces, coexistan con ella, bajo su sombra o dominio, elementos ideológicos de diferente género, o viceversa. La práctica teórica encaminada a discernir qué elementos conforman el discurso, cómo están entrelazados orgánicamente y cuál o cuáles son las prácticas teóricas dominantes, es la *crítica*<sup>26</sup>. La labor de la crítica –el esclarecimiento de la dominación eidética al interior del *sistema de pensamiento*- coadyuva a que la conciencia verdadera –sea dominada o dominante- fortalezca su lucha contra los elementos ideológicos que la perturban o limitan. Para advertir cómo opera este proceso de “dominación eidética” en un sistema de pensamiento, conviene poner un ejemplo. La ponencia ofrece el caso de la filosofía hegeliana<sup>27</sup>. Cito este breve examen crítico: “No tengo la posibilidad de desarrollar ampliamente en este sitio mis ideas sobre el significado real que tiene Hegel en la historia de la filosofía. Bástame indicar lo siguiente: el *sistema de pensamiento* hegeliano es, como el

<sup>24</sup> La de la conciencia verdadera (en la ciencia, la filosofía, la vida cotidiana, etc.), la ideología de clase (en el sentido apropiativo-material) y la ideología de clase (en el sentido apropiativo-intelectual).

<sup>25</sup> Ibid., pp. 61-62. Ya la ideología es una especie de *sistema de pensamiento larvario* o, si se prefiere, de preanuncio de lo que ha de ser el sistema de pensamiento, ya que en su forma tiene elementos de verdad, aunque en su contenido –que es lo determinante- predomine la falsa conciencia, como lo puede develar la crítica.

<sup>26</sup> Una crítica, como se comprende, capaz de realizar dicho discernimiento y portadora, por consiguiente, de una montura proporcionada por la conciencia verdadera.

<sup>27</sup> También alude al pensamiento de Platón. Pero creo que basta con un ejemplo.

platónico, también la síntesis de tres ingredientes: a) una “médula racional” (Marx) contenida en la *dialéctica* y que es el resultado de poner en juego la conciencia verdadera; b) una ideología de *clase*, en el sentido tradicional del concepto y c) una ideología *intelectualista*. Hegel es un antecedente inmediato del materialismo dialéctico<sup>28</sup>. Es una filosofía que está *a punto* de provocar la irrupción del marxismo. Representa una gran revolución filosófica. Hegel es, por otro lado, un indudable representante de la clase burguesa: un representante *revolucionario* de esta clase en su juventud (como lo muestra Lukács en *El joven Hegel*) y un representante *conservador* de esta clase en su madurez (como lo prueba el propio Marx). Pero Hegel es, por encima de todo, un representante de la *clase intelectual*. *Si Platón es el más alto exponente de la ideología intelectualista de la antigüedad, Hegel es el más elocuente defensor de la misma ideología en los tiempos modernos*. El principio esencial de su filosofía ya no son las *ideas*, que suponen en realidad rudimentarias operaciones intelectivas, sino la *Idea*; pero una Idea que no sólo es Sustancia, sustrato metafísico de todo, sino *Espíritu*, esto es, actividad. La Idea hegeliana no es ya un producto de la actividad intelectual, como las ideas platónicas, *sino la actividad espiritual misma al margen o por encima de todo agente intelectual*. Es el trabajo intelectual sustantivado. La sublimación de la cualidad fundamental de la *inteligencia*, esto es, la Razón. La inversión del sujeto en predicado y viceversa es tan radical en Hegel que Feuerbach primero y Marx después pudieron advertir su mecanismo y denunciarlo<sup>29</sup>.

Insisto. En apariencia, la estructura definitoria de la clase intelectual en su conjunto –lo que he llamado su *enclasmiento originario*- y que no es otra que detentar las condiciones *intelectuales* de producción, desaparece, se esfuma o es obligada a esconderse en tres casos: a) en los intelectuales subordinados al capital o al Estado, b) en los intelectuales que se deslindan de la clase burguesa, de sus instituciones públicas y de sus partidos políticos, y también de los intereses y del “punto de vista” de los intelectuales, para cerrar filas con el proletariado y su lucha, c) en los intelectuales que se diferencian *realmente* de los capitalistas y sus instituciones, y se identifican *formalmente* con los trabajadores manuales. Es el caso de los intelectuales que se enclasan históricamente en el *para sí* y que parecen perder su fisonomía clasista –de clase intelectual- porque demagógicamente se dicen –y algo más grave: se imaginan ser- parte de la clase obrera en proceso de emancipación. La única excepción a este proceso de desaparición y ocultamiento del *en sí definitorio*

<sup>28</sup> Se entiende por qué: la dialéctica era el “punto de apoyo” para la revolución teórica que, mediante la ruptura, daría a luz el materialismo dialéctico.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 60-61.

de la clase intelectual, lo hallamos en los intelectuales que se definen como *aristocracia intelectual*. En ellos no hay el empeño y la necesidad de cubrirse con vestimenta ajena, ni la necesidad o el empeño de rasgarse las vestiduras. Ellos son lo que son: el *en sí primario* –que los define y caracteriza frente a los demás grupos sociales- salta a ser ideología y *modus vivendi* aristocrático-intelectual.

Pero quiero ser muy claro al respecto: la pretendida desaparición o anulación del *enclasmiento originario* –y, por consiguiente, definitorio- de la clase intelectual en a), b) y c) es una ilusión. Los intelectuales no dejan nunca de serlo, aunque se enajenen a otras clases o se vean en la necesidad de ocultar su naturaleza por razones tácticas y estratégicas. El intelectual lleva como una señal en la frente el acervo de conocimientos o la capacidad intelectual-crítica que lo diferencia de los demás. El *enclasmiento primario* que lo caracteriza y le da un status social puede hallarse velado por los compromisos que ha contraído con la clase dominante o el Estado; pero el *tipo* de trabajo del que se ha adueñado, y que lo define obligatoriamente, está *ahí* y nada ni nadie puede cambiar tal hecho.

## 11, El intelectual aburguesado.

Empezaré por analizar el caso del intelectual *desclasado en sentido ascendente*. Antes de llevar a cabo este análisis, y con el propósito de abordarlo con una buena estrategia y obtener de él las conclusiones pertinentes, voy a referirme brevemente a algunos hechos develados por la historia de la clase capitalista, la clase a la que se irá sometiendo un número cada vez más considerable de intelectuales. Después de la acumulación originaria del capital y del rápido surgimiento de dos agrupamientos entrelazados pero antagónicos (el capitalista-poseedor y el asalariado-desposeído), el capitalista, al frente de su manufactura y sus operarios, reciente los efectos de la competencia y hace todo lo posible para disminuir el costo de su inversión productiva. Una de las maneras de generar este ahorro, es laborar él mismo como trabajador manual en cooperación con los demás operarios. En estas circunstancias ocurre un fenómeno singular no desconocido por los historiadores: que el capitalista explota al *obrero colectivo*, es decir al conjunto de trabajadores contratados, él incluido<sup>30</sup>. No

---

<sup>30</sup> Este fenómeno de “autoexplotación”, si queremos darle este nombre, se vuelve más visible cuando advertimos que en ocasiones el capitalista llega hasta restringir el “salario” que le debería corresponder como obrero. La explicación de todo esto, reside en la convicción que tiene el capitalista de que la austeridad es la mejor práctica para salir avantes en la competencia.

basta, sin embargo, con eso. Como se sabe, el capital tiene que reproducirse. Si permaneciera en un mismo nivel –en lo que Marx denominó la *reproducción simple del capital*–, la incontenible presión de la concurrencia lo conduciría implacablemente a su ruina y desmantelamiento. Por eso, en esta fase de austeridad, los capitalistas, no sólo trabajan físicamente en sus manufacturas y usinas, sino que el grueso de su ganancia (plusvalía) lo reinvierten no únicamente para evitar ser arrojados del mercado, sino para afianzar y acrecentar su sitio en él. La regla es, entonces, la *reproducción ampliada del capital* (Marx) en la que una parte importante de la plusvalía –la plusvalía capitalizada– se reinvierte, y garantiza, como dije, la permanencia en el mercado con una adecuada capacidad concurrencial. Los aspectos administrativos, tecno-burocráticos, de representación y relaciones públicas, se vuelven necesarios para la empresa capitalista en una determinada etapa de desarrollo. El capitalista decide entonces dejar de trabajar como obrero, para hacerlo ahora como gerente o administrador. El dueño de los medios *materiales* de la producción, pasa de ser obrero manual a ser trabajador intelectual. Y le es dable hacer tal cosa porque la adquisición de los medios *intelectuales* de producción puede tener lugar en la escuela y/o la experiencia, ambas cosas a su alcance. Si las circunstancias continúan por este curso tan exitoso, el capitalista podrá finalmente emanciparse del trabajo. ¿Cómo es esto? El capitalista se convertirá en el directo beneficiario de su propiedad privada, sin la necesidad de trabajar ni manual ni intelectualmente, cuando contrate no sólo trabajo material sino el trabajo intelectual que requiere su negocio. Cuando ha establecido con toda claridad cuál es la *composición técnica de su capital variable*, y puede responder a las exigencias monetarias de ésta, crea las condiciones para que se torne simple y llanamente en rentista.

Con el paso del tiempo, la burguesía se desdobra en dos grandes rubros: la burguesía *ociosa* y la burguesía *productivista* (o *industrial*, como la llamaba Saint-Simon). La burguesía productivista es aquella que no deja de incorporar su fuerza de trabajo a la empresa que le pertenece. Claro que, en general, en el capitalismo maduro y en el contemporáneo, el trabajo de esta burguesía tiene que ver fundamentalmente con la vigilancia, la administración, la mercadotecnia, etc., es decir, con las labores intelectuales y técnico-burocráticas de mando. Pero cuando decide desentenderse del negocio –aunque no hacerlo, desde luego, de las ganancias– contrata ciertos especialistas para que ocupen su lugar de jefe supremo. Esto lo lleva a cabo por dos razones visibles: a) por su deseo de liberarse de las ocupaciones y preocupaciones que trae aparejada la función directiva y b) por la convicción de que, en el mayor número de los casos, el especialista contratado como *manager* es más eficiente

que él, y representa una garantía para que la firma continúe siendo un buen negocio.

En su célebre “Parábola de las abejas y los zánganos”, Saint-Simon hace notar que el mundo se halla invertido, ya que “los sabios, los artistas y los artesanos, que son los únicos hombres cuyos trabajos resultan positivamente útiles para la sociedad... están subordinados a los príncipes y demás gobernantes, que hacen gala de una extrema rutina y de una considerable incapacidad”<sup>31</sup>. Saint-Simon se refiere aquí, al hablar de los zánganos, a las supervivencias del Antiguo Régimen: la aristocracia terrateniente, la corte, el alto clero, etc. Pero la misma crítica puede ser enderezada a los capitalistas ociosos que no tienen más liga con su empresa que la propiedad privada, y Saint-Simon no escatima denuestos contra esta clase de capitalistas que, atraídos por el ocio, dejan de ser industriales. Para el tema que trato, lo más interesante de la aplicación de la “Parábola” de Saint-Simon a los capitalistas, es advertir que a la separación del empresario de las funciones productivistas de su fábrica, corresponde el “ascenso” de ciertos intelectuales asalariados a los puestos directivos. ¿Quiénes son estos intelectuales? No son intelectuales que se encuentren a la búsqueda de un *enclasmiento*, de una autoafirmación como aristocracia intelectual o como intelectualidad *para sí*, sino que constituyen un sector privilegiado de la intelectualidad subordinada a la burguesía. Son *intelectuales-abeja*, frente a los *capitalistas-zánganos*.

La importancia que poco a poco llegaron a tener estos intelectuales productivistas –junto con el aparente desligamiento de los patronos respecto a sus empresas– llevó a ciertos autores, como Bruno Rizzi (en *La burocratización del mundo*) o como James Burnham (en *La revolución de los directores*) a suponer que el mundo –capitalista y socialista– estaba sufriendo una transformación revolucionaria de carácter burocrático. Estos autores creían hallar una muestra de su hipótesis en la coexistencia, en vísperas de la Segunda Guerra mundial, del socialismo estalinista en Rusia, el nacionalsocialismo en Alemania y el *New Deal* en EE.UU. Con posterioridad, John Kenneth Galbraith llevó a sus últimas consecuencias la idea del ascenso (en buena parte del sistema capitalista) de los intelectuales productivistas asalariados. Con el nombre de *tecno-estructura*, hizo alusión a ellos y fue de la idea de que los capitalistas-poseedores estaban poco a poco siendo desplazados, con lo que se ponía si no en peligro, sí en entredicho el sistema

---

<sup>31</sup> *L'organisateur*, Vol. XX, Anthropos, T. 2, p. 24.



capitalista<sup>32</sup>. No me interesa rebatir en este sitio el conjunto de apreciaciones, algunas muy opuestas entre sí, que despertó el desplazamiento de los capitalistas ociosos por los intelectuales diligentes. Mi reflexión va por otro lado. Me interesa subrayar que, por más que estos intelectuales desclasados hacia arriba se hallen al servicio de la clase capitalista y del sistema burgués, no dejan de ser intelectuales: se hallan *fuera de sí*, pero siguen siendo *en sí*. Algo evidente en ellos: los capitalistas les han contagiado el amor al dinero, el afán de lucro, el ansia de seguridad y buena vida. En aspectos importantes, la concepción burguesa del mundo ha sentado sus reales en su mente y su corazón y sueñan con dar un paso adelante y convertirse en capitalistas o terratenientes o banqueros. Y quizás puedan hacerlo, ya que los salarios excepcionales que devengan por la venta de su fuerza de trabajo intelectual calificada, pueden ser la base para usar su dinero como capital y abrir un negocio. Asumirían entonces lo que en otro sitio he llamado una *dualidad clasista*, porque serían dueños no sólo de medios *intelectuales* de producción, sino de medios *materiales*. Pero ellos son, y se saben, intelectuales. Su desprecio por la ignorancia es contundente. Su tendencia a la dominación los embriaga y enajena. Se sienten imprescindibles, y en cierto modo lo son, ya que mientras el trabajo manual no calificado puede ser sustituido sin dificultad, la fuerza de trabajo que ellos encarnan –por su tipo y calificación– resulta difícilmente reemplazable. El “doble deslinde” característico de la ideología *intelectualista* –recordemos: su diferenciación simultánea respecto a los poseedores *materiales* y a los desposeídos de medios *intelectuales* de producción– lo hace trazar su raya frente a los de abajo (de manera explícita) y frente a los de arriba (veladamente). Es cierto que este intelectual tiene una suerte de posición intermedia entre el capital y el trabajo físico, o, si se quiere ver esta ubicación de manera dinámica, que es un grupo social *dominante/dominado*: sojuzga al trabajador manual, lo dirige, lo condiciona, lo priva de libertad y aplasta de común su iniciativa; pero es sojuzgado por el dueño de la empresa, que lo contrata y lo pone a su servicio. Como resulta obvio, la dominación la ejerce despreocupadamente y no pocas veces con placer y alegría –ya que se halla orgulloso de que los demás (sus subordinados manuales) carezcan del acervo de conocimientos que ha podido adquirir, cuando estudiaba, por la sincronización de su *afán apropiativo eidético* y unas condiciones objetivas favorables a dicha adquisición. El sojuzgamiento que sufre, en cambio, le resulta incómodo y degradante. El patrón lo constriñe, no lo deja actuar con la libertad y la imaginación que desearía, y aunque sus

---

<sup>32</sup> Por esta razón y otras muchas, surgió posteriormente una generación de capitalistas que además de tomar a ocuparse de sus negocios, se preocupó en adquirir conocimientos y hacerse de una cultura no sólo económica sino general.

cadena se hallan doradas por el polvillo de oro de sus emolumentos, no dejan de ser cadenas ni dejan de hablar el idioma de la esclavitud. A su malestar producido por ser trabajador asalariado, y formar parte, por ende, del *obrero colectivo* víctima de la explotación, se añade el hecho de que nuestro intelectual, en términos generales, considera al capitalista inferior intelectualmente a él, y en ocasiones zafio e ignorante, aunque poderoso. Todo esto lo conduce, con mucha frecuencia, a despreciarlo y hacerlo objeto de críticas virulentas y burlas corrosivas. El hecho de que no pueda o no deba hacer públicas estas opiniones que bullen en su fuero interno, no niega su existencia, ni las causas y razones que la provocan. Pero el rencor, la frustración y el odio a sus empleadores, generado en su ánimo de intelectual desclasado hacia arriba, o al menos el desprecio que siente por los “burgueses ignorantes”, no lo arroja, en general, a una posición revolucionaria anticapitalista –como la que caracteriza a los intelectuales *para sí* y a los intelectuales *desclasados en sentido descendente*- sino que lo empuja, mediante la emulación y la envidia, al deseo de ser un nuevo capitalista. Casi no hay excepción a la regla siguiente: *el especialista asalariado no concibe más emancipación que la “emancipación personal” que lo convierta en capitalista y lo haga ocupar el lugar de privilegio que en esta sociedad tienen los dueños de los medios materiales de la producción, la circulación o los servicios.* A semejanza del *aristócrata intelectual* y a diferencia de los *intelectuales políticos*<sup>33</sup>, el “intelectual orgánico” de la burguesía es extremadamente individualista. No piensa nunca en términos de su clase –la *intelectual*-, sino que lo hace desde el punto de vista de un intelectual que (valiéndose de su conformación estructural o de su fuerza de trabajo especializada) sueña con escalar socialmente hacia mejores posiciones y gozar de las múltiples prerrogativas de que gozan los integrantes de la clase capitalista.

## 12. El sector histórico de la clase intelectual.

Con frecuencia ocurre que los revolucionarios saben contra quién luchan y las razones de su empeño, pero ignoran lo que su actividad insurgente va a desencadenar. Los anima a actuar, desde luego, una cierta idea de lo que creen o desearían que se gestase; pero tarde o temprano la historia se encarga de mostrar el *desfase* –a veces en verdad dramático- entre su sueño y la realidad imprevista que su acción coadyuva a generar. Esto ocurrió con muchos revolucionarios que, durante la revolución francesa (o cualquier otra de las

---

<sup>33</sup> Los *enclasados históricamente* y los *desclasados en sentido descendente*.

revoluciones democrático-burguesas acaecidas), pensaban que la suya era una revolución hecha *por* el pueblo *para* el pueblo, cuando en realidad se trataba de una revolución hecha *por* el pueblo *para* la burguesía. Algo semejante sucede –lo he subrayado muchas veces– con los agentes (obreros o no) de las llamadas revoluciones socialistas, quienes están convencidos de que su cambio social anticapitalista es una revolución hecha *por* los proletarios (y sus aliados campesinos) *para* los obreros y campesinos, cuando se trata más bien de una revolución hecha *por* los obreros y campesinos *para* la tecnoburocracia representante de los intereses de la *clase intelectual*. Esta constante creación de lo inesperado, este querer crear una cosa y dar a luz otra o esta teleología permanentemente frustrada, se debe a un hecho fácilmente detectable: la realidad social, como toda realidad, es invariablemente más compleja que el pensamiento, y aunque éste acaba por aprender *post festum*, nunca puede alcanzarla del todo y va tras ella renqueando con desesperación.

Lo que caracteriza a la *fracción histórica* de la clase intelectual es su necesidad de asociarse con el proletariado manual y otros sectores populares, para convertirse en una fuerza social capaz de desplazar al capitalismo. En el mismo sentido en que Marx subrayaba que la fuerza de las ideas se convierte en fuerza material tan pronto prende en las masas –y no cuando se halla en la aislada nebulosa de la mera especulación–, es posible argüir que la clase intelectual *para sí* puede transformarse en clase dominante si y sólo si prende en las masas. El partido bolchevique luchó denodadamente de 1903 a 1907 por convertirse en un partido vanguardia, es decir, en el “intelectual orgánico” de la clase trabajadora en ascenso. Se puede afirmar que el partido de Lenin es un partido vanguardia en un doble sentido: en primer lugar, porque logra ser el “jefe político” de los obreros (proporcionándole con ello al *sector histórico* de la clase intelectual la base material y la concentración de fuerzas indispensable para sacar de la escena al capital privado). En segundo lugar, porque es la *avanzada* de una clase intelectual que, como he ido explicando, está lejos de ser homogénea y compartir un mismo ideario político. Digámoslo así: *es la vanguardia tanto del proletariado manual cuanto de la propia clase intelectual*. En otro sitio examinaré qué sentido tiene, y qué consecuencias históricas acarreó, el hecho de que el partido comunista –como “intelectual colectivo” de la clase trabajadora– sea la “vanguardia de la clase intelectual”. Por ahora, me interesa más hacer énfasis en la concepción habitual del partido comunista como vanguardia del proletariado, ya que en ello hallamos la explicación, al menos en parte, de cómo pudo destruirse en ciertos países el capitalismo, sin que ello significara, como se suponía, el advenimiento del socialismo, entendido como una sociedad de transición al comunismo.

Antes de proseguir, resulta importante hacer una reflexión sobre la lucha de clases. Generalmente se piensa que la lucha de clases principal al interior del sistema capitalista –dejando de lado los reacomodos, más o menos violentos, de la propia burguesía- es una lucha entre el capital y el trabajo. En esta concepción *binaria* se supone que sólo hay dos opciones: o la burguesía erige su dictadura (veladamente o no) sobre los trabajadores, o estos últimos ejercen la suya sobre el capital. Sin embargo, si por lucha de clases *principal* entendemos no la que se establece entre la clase dominante (condenada a ser arrojada del escenario de la historia) y la clase más desvalida (que sólo servirá de *apoyo material* a la clase destinada a ser la beneficiaria del proceso), sino la que tiene lugar entre la clase a-histórica (la burguesa) y la clase histórica en ascenso (la intelectual), entonces nuestra concepción de la lucha de clases se modifica sustancialmente. Es cierto que la clase trabajadora manual es el factor *empírico-decisivo* de la transformación, es cierto que sin su intervención el cambio es simplemente imposible, es cierto, en fin, que sin el proletariado el partido comunista deviene en grupúsculo o en agrupación política carente de la menor eficacia; pero esta clase de los manuales está lejos de ser la usufructuaria de la revolución “socialista” y no es sino la clase que – confundida al creer que la revolución *proletario-intelectual* es *su* revolución- abre la posibilidad para que la tecno-burocracia se adueñe de la escena. El enemigo principal de los burgueses, hasta ahora, no ha sido, pues, el proletariado físico, sino la clase intelectual comunista o, mejor dicho, el sector *para sí* de la clase intelectual que ha logrado adquirir una influencia decisiva en la clase trabajadora manual. Mas para adquirir esta influencia, la intelectualidad política que constituye el *sector histórico* de la clase intelectual se ve en la necesidad de enmascararse, negar su naturaleza y hacerse pasar simple y llanamente como una fracción del proletariado. No como una clase que oprime políticamente y domina económicamente a los operarios, sino como un estrato que, expresando históricamente los intereses del proletariado, dirige al pueblo a través del partido y el Estado. Para esta labor de encubrimiento, le vienen como anillo al dedo todas las tesis que rechazan la concepción de que los intelectuales constituyen una clase social diferenciada, y en especial la idea –que no deja de ser parcialmente cierta- de que en el capitalismo la intelectualidad asalariada forma parte del *obrero colectivo* y es explotada como éste en su conjunto. La *fracción histórica* de la clase intelectual, jefaturando a la clase trabajadora, una vez que llega al poder, ordena llevar a cabo una medida estratégica –la “socialización” de los medios *materiales* de la producción- que da al traste con el poder de los capitalistas. Como tal hecho significa la transformación de las *relaciones de producción*,

pero no la subversión de las *fuerzas productivas* o de la relación *trabajo intelectual/trabajo manual*, la clase intelectual queda dueña del poder. Pero el ejercicio de éste exige cada vez más el disfraz y la máscara. Por eso, paradójicamente, los intelectuales *para sí* se ven obligados a fingir lo que no son, a salir de sí, a emplear la demagogia (en este punto y en otros) como política de Estado. Pero estos intelectuales, por más que se oculten, no dejan de ser lo que son y, dentro de ciertos límites, pensar y actuar como lo hace cualquier intelectual. Son *para sí*, y por serlo y para serlo tienen que ocultar ante el pueblo su esencia definitoria; pero también traen consigo el *en sí primario* de los intelectuales y esto se materializa en ellos –como ya se dijo– en el “doble deslinde”: respecto a los burgueses y respecto a los manuales.

El proletariado manual *sabe* que la clase burguesa es su clase antagónica e *intuye* que los intelectuales integran también un agrupamiento adverso a sus intereses. Como *asalariados* se sienten explotados por los capitalistas y como *manuales* se ven sojuzgados por los capataces, administradores y gerentes. Entre las ideologías que brotan espontáneamente de los trabajadores físicos no sólo está un cierto anticapitalismo, sino también un cierto antiintelectualismo. Lo que algunos llaman el *obrerismo vulgar*, y que yo gusto de denominar más bien *manualismo*, es una ideología que se genera por obra y gracia de la composición técnica del capital variable o, lo que viene a ser lo mismo, por la desigualdad que priva en el *obrero colectivo* entre los dueños de los medios *intelectuales* de la producción y los desposeídos de ellos. Aunque el *manualismo* surge espontáneamente de las condiciones tipológicas del trabajo manual contrapuesto al trabajo intelectual, pero obligado a acatar sus disposiciones, en algunos casos no sólo tiene este origen. En varios de los países “socialistas” del pasado y del presente, la dirigencia del Estado y del partido comunista fomentaron, en algunas épocas, el antiintelectualismo por varias razones; una de ellas –que es la que ahora me importa destacar– estaba destinada a decirle al pueblo trabajador: “*nosotros, los dirigentes del Estado y el partido, no pertenecemos a la aristocracia intelectual. Somos tan obreros como ustedes. El hecho de que formemos parte del funcionariado estatal (del Soviet Supremo, por ejemplo), o de la dirección partidaria (del Polit-Buró, verbigracia), no significa ninguna diferenciación con los obreros y campesinos comunes, sino la utilización del aparato gubernamental en beneficio de los trabajadores y la construcción del socialismo. Nosotros, como ustedes, estamos o debemos estar contra los intelectuales pequeño-burgueses, soberbios y pagados de sí*”.

A pesar de todos los forcejeos y acciones tendientes a deslindarse de los intelectuales –o, dicho con mayor precisión: a pesar de todos los intentos de ocultar la existencia de la *clase intelectual* (tecno-burocrática) que prevalece en el país “socialista”-, el *sector histórico* de la clase intelectual no sólo es parte fundamental de ésta, sino la vanguardia de un proceso que, sacando de la escena a los capitalistas y ejerciendo su dictadura sobre los trabajadores comunes, conduce a la clase intelectual a las cumbres paradisíacas del poder.

Tan no pueden ocultar su carácter intelectual que la mayor parte de los dirigentes se ven en la necesidad de consolidar y fortalecer sus conocimientos, y esta erudición –fundamentalmente de economía política, filosofía y sociología- los distingue y contrapone no sólo al pueblo ignorante en su conjunto, sino también a la mayor parte de los comunistas de base.

No quieren, por otro lado, perder los privilegios que brotan de su monopolización de conocimientos. Esta es una de las razones por las que los partidos comunistas (tanto en el capitalismo como en el “socialismo”) “tiran línea” a los proletarios sujetos a su influencia, en vez de exportar medios *intelectuales* de producción. Si hicieran esto último, y lo hicieran de manera constante y planificada, correrían el peligro de perder sus privilegiados puestos de mando. En relación con lo anterior se halla el hecho –tema que trataré con posterioridad- de que estos funcionarios intelectuales son enemigos a muerte de una *revolución cultural* que se propusiera socializar los conocimientos y darle más importancia a la universidad abierta (una universidad que vaya al pueblo) que a la universidad cerrada (que no es, como he dicho, sino la fábrica de la clase intelectual).

### **13. El sector de la clase intelectual que se proletariza realmente.**

Caso distinto a los anteriores es el del sector intelectual que se desclasa en *sentido descendente*. Se trata de un segmento de la clase intelectual que abandona sus intereses de clase –no formal sino realmente- para asumir los de la clase trabajadora manual. A semejanza de los intelectuales que reniegan de su clase para hacerse copartícipes de la clase poseedora en sentido material, estos intelectuales también se separan de su clase, pero para convertirse en colaboradores de la clase desposeída en sentido intelectual. El análisis del sector de la clase intelectual que se halla *fuera de sí* para identificarse con los intereses histórico-emancipatorios de la clase obrera manual, resulta difícil y nos hace entrar en un terreno resbaladizo ya que, en la historia de la lucha de clases, un gran número de intelectuales (de diferentes tendencias socialistas)

creyeron *subjetivamente* entregarse a los propósitos y anhelos libertarios de los trabajadores físicos, cuando en realidad lo hacían a favor de la burguesía (caso de los intelectuales reformistas) o a favor de la clase intelectual en ascenso (caso de los intelectuales marxistas-leninistas). Presos de su concepción *binaria* de las clases sociales, estos últimos creían que bastaba con diferenciarse teórica y prácticamente de la burguesía, para redefinirse como *intelectuales proletarizados*. Pero, como hemos visto a lo largo de este texto, la conformación de las clases sociales en el capitalismo no es binaria, sino *ternaria*, lo cual nos muestra de modo palpable que la liberación de la influencia burguesa, no garantiza ni con mucho que se asuma el punto de vista histórico de la clase trabajadora manual. Se puede ser, en efecto, anticapitalista sin ser socialista, en el sentido profundo, autogestionario, de la expresión. Las anteriores reflexiones nos conducen a la aseveración indubitable de que el desclasamiento real de los intelectuales a favor del proletariado manual implica forzosamente una independencia teórico-política por partida doble: en relación con los poseedores *materiales* (capitalistas) y en relación con los poseedores *intelectuales* (su propia clase). Este desclasamiento descendente de la clase intelectual deviene difícil y complicado porque es frecuente, y más que frecuente es la regla, que los intelectuales socialistas ignoren o rechacen la idea y la realidad de que los intelectuales constituyan una clase social diferenciada, con intereses históricos que no coinciden ni con los de la burguesía ni con los del proletariado manual. Si la clase intelectual no existe, la incorporación de los intelectuales a la lucha proletaria no tiene más que una sola exigencia teórico-política: diferenciarse de la clase burguesa. Como la mayor parte de los socialistas no acepta –y a veces ni siquiera ha pensado en ello– la existencia de la tercera clase, *subjetivamente* siente que, con el hecho de deslindarse de los burgueses y sumar su lucha a la de los obreros –aunque también se hallen confundidos–, ha logrado ya proletarizarse y poner su trabajo político al servicio de la lucha emancipatoria de los trabajadores. En realidad para que un intelectual se proletarice realmente y no de manera formal tiene que realizar dos críticas: una contra los dueños *materiales* de la producción y otra contra los poseedores *intelectuales* de ella. En cierto sentido se trata de una crítica y una autocrítica: de una diferenciación respecto de la clase capitalista y de un desligamiento de la clase intelectual (a la que él pertenece) cuya estructura –el *enclasmamiento primario*– vive introspectivamente. Pero la ubicación política de las personas no debe caer en un planteamiento rígido y a-histórico. Así como hay muchos obreros que, sin saber de la existencia de la clase intelectual, intuyen su rol histórico –y hasta se sitúan en un manualismo ideológico–, asimismo existen, y han existido, intelectuales socialistas que, sin conocer o aceptar la teoría de

la tercera clase, tendencialmente se colocan en una posición que se acerca al desclasamiento real descendente.

En mi libro *Epistemología y socialismo. La crítica de Sánchez Vázquez a Althusser* (editado en 1985), hablo de varios autores que piensan que la burocracia entronizada en los regímenes del llamado *socialismo real* era, o termina por ser, una *clase social*. Uno de estos teóricos es precisamente Adolfo Sánchez Vázquez. En un espléndido artículo<sup>34</sup>, este último llega a la penetrante concepción de que en la URSS “por el lugar que ocupa la burocracia en las relaciones reales de producción constituye no sólo una élite política dominante sino una nueva clase”<sup>35</sup>. Hablar de que la burocracia engendrada en los países “socialistas” es una clase social, equivale a afirmar que, al inicio de un régimen de “socialismo real”, no sólo existen la clase capitalista y la clase obrera, sino que se forma una tercera clase –la burocracia– que, en sentido estricto, no se puede confundir ni con los poseedores materiales privados, ni con la clase trabajadora en conjunto. En ese mismo régimen, después de una lucha de clases intensa, cuando la clase capitalista es derrotada, el cuerpo social queda dividido en una clase dominante (la burocracia) y en un conglomerado popular dominado. Sánchez Vázquez, como Rizzi, Burnham y muchos otros, defiende ya una posición *ternaria* de las clases sociales. En esta perspectiva, el intelectual *fuera de sí* en sentido descendente, el intelectual verdaderamente comunista, no sólo sería aquel que teórica y prácticamente se deslinda de la clase burguesa, sino también el que lo hace de la “clase burocrática”. ¿Cómo explica Sánchez Vázquez el surgimiento de un régimen social imprevisto al frente del cual aparece esta insospechada clase? Dice: “En cuanto a las condiciones históricas que dieron lugar a esta nueva formación social, subrayaremos que en ellas surgió la necesidad de fortalecer al Estado y que ese fortalecimiento se tradujo en una autonomización cada vez mayor...”<sup>36</sup>. Tras de este intento de esclarecer cómo lo que debía ser un *semi-Estado* (Engels), o un Estado que ya no lo es en el sentido estricto del término, se convierte en un *super-Estado*, Sánchez Vázquez añade que en el *socialismo real*, “Estado y Partido se funden, con ello se funden los intereses particulares de la burocracia estatal y de la burocracia del Partido”<sup>37</sup>. No hay, dice Sánchez Vázquez, “precedentes históricos de que un grupo social se constituya en clase después de haber conquistado el poder, pero así sucede en la historia real con esta formación

<sup>34</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, “Ideal socialista y socialismo real”, *Nexos*, No. 44, México, agosto de 1981.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 10.



social”<sup>38</sup>. A pesar de los vislumbres teóricos de Sánchez Vázquez, y a pesar de que su concepción de la *burocracia como clase* permite, como hice notar, un desclasamiento real de los intelectuales en *sentido descendente*, tengo dos diferencias con su planteamiento<sup>39</sup>. La primera reside en el hecho de que me hallo convencido de que la burocracia –como la técnica, la ciencia, etc.- no es una clase social, sino una función, y una función que presupone una estructura posibilitante que no es otra que la posesión de medios *intelectuales* de producción. La burocracia y la tecnocracia son expresiones, pues, de la clase en el poder. Son formas específicas de actuar de la *clase intelectual* o, para ser más preciso, son prácticas especializadas llevadas a cabo por el *sector histórico* de la clase intelectual cuando se hace del poder. La segunda, hace alusión a que la clase dominante en los regímenes tecno-burocráticos no brota por generación espontánea, sino que hinca sus raíces generativas en el sistema capitalista (de acuerdo con el principio de que en el seno de lo viejo se genera lo nuevo). La burocracia surge, desde luego, por las causas visualizadas por Sánchez Vázquez en lo inmediato; pero su condición de posibilidad se halla en la división vertical del trabajo que, generándose en el régimen capitalista, brinda la oportunidad de que los dueños de los medios *intelectuales* de producción funcionen como burocracia o cumplan el papel que su designación señala: constituir el funcionariado estatal y de partido.

Hay dos maneras en que los intelectuales anticapitalistas buscan relacionarse con los trabajadores de la ciudad y el campo, y sumarse a la lucha emancipatoria de éstos: la primera consiste en acercarse a los proletarios, ganarse su confianza, poner de relieve la supuesta identidad de miras y propósitos entre ellos y sus nuevos camaradas. La finalidad de este acercamiento es, en el fondo, la pretensión de guiarlos, de recoger –como suelen explicarlo- los anhelos inconscientes de la fuerza de trabajo enajenada para volverlos conscientes, en una palabra, el objetivo no es otro que el de “tirar línea”, educar hasta cierto punto y dirigir. En muchos casos no se trata, desde luego, de un afán de manipulación y dominio, ni priva en ellos una mala intención, sino que la búsqueda de influencia en los trabajadores manuales responde a la convicción intelectual de que mientras la conciencia de los obreros es tradeunionista, artesanal y limitada (y no se diga la de los campesinos), la de los socialistas (por ejemplo leninistas) tiene un punto de vista más profundo y universal, ya que se basa en la interpretación materialista de la historia, etc.

---

<sup>38</sup> Ibid., p. 10.

<sup>39</sup> Como lo muestro con detalle en el último capítulo de mi *Epistemología y socialismo*.

La segunda manera de relacionarse los intelectuales con los trabajadores implica un tajante cambio de vida: luchan, hasta conseguirlo, por trabajar codo con codo con aquéllos, en las mismas condiciones de explotación y realizando trabajos físicos iguales o parecidos. La asociación de éstos con el pueblo trabajador es indudablemente más estrecha y vigorosa, ya que no solamente es una relación teórica, sino existencial, en que el intelectual trabaja como manual y vive en carne propia la situación de los obreros y campesinos que más sufren las condiciones de explotación del sistema capitalista.

La primera modalidad de vinculación la realiza frecuentemente el intelectual que forma parte del sector *para sí* de su clase, es decir, de aquella fracción de la clase que busca la alianza con los trabajadores y la dominación sobre ellos, con la intención de derrotar a sus enemigos capitalistas y acumular la fuerza indispensable para encumbrarse. El “desclasamiento” aparente de este intelectual es sólo de forma. Se reúne con los obreros –en círculos de estudio, fracciones sindicales, células partidarias, etc.-; pero no deja de ser intelectual, ni de pensar y trabajar como éste.

La segunda modalidad implica una transformación del tipo de trabajo: si antes laboraba poniendo en juego principalmente sus facultades intelectuales y creando productos intelectuales, ahora trabaja ejerciendo sobre todo sus capacidades físicas y creando productos materiales. Aquí, además de un evidente desclasamiento real, aparece una *dualidad clasista*, ya que el trabajador intelectual que trabaja manualmente –y que lo hace para conocer los problemas de los operarios físicos, etc.-, no deja de ser intelectual.

Si volvemos ahora los ojos al trabajador manual, advertimos que también puede tener dos extravíos o desclasamientos teórico-prácticos: 1) Seguir a la burguesía, con lo cual se cumple el principio, vigente en términos generales, de que la ideología dominante es la de la clase dominante y 2) Cerrar filas con el *sector histórico* de la clase intelectual (con el Partido Comunista o cualquier otra organización en que prevalezca el punto de vista del sector *para sí* de la clase intelectual). En el primer caso, la clase manual se halla enajenada por completo. Y hasta algún forcejeo clasista que presente –por ejemplo la lucha sindical puramente economicista- no sale de los marcos del sistema burgués. Es la alianza del esclavo con el amo. En el segundo caso, en que los manuales aceptan el liderazgo de los intelectuales “comunistas” –que fungen como su Estado Mayor intelectual-, los trabajadores físicos, aunque han logrado independizarse teórica, práctica y organizativamente del ideario capitalista, son víctimas de un espejismo: creen que aquellos intelectuales, a los que ven

como revolucionarios, los van a guiar a su emancipación. No se dan cuenta, en realidad, de que ellos, los manuales, van a servir de factor *empírico-decisivo* para aupar a los intelectuales tecno-burocráticos que constituirán la dictadura no del proletariado sino sobre el proletariado.

Un puñado de trabajadores manuales, teniendo conciencia revolucionaria, y atisbando el engaño sufrido por sus colegas, se pone con gran esfuerzo a estudiar, a adquirir conocimientos, a hacerse de medios *intelectuales* de producción, todo ello sin dejar de trabajar, como siempre lo han hecho, de manera física. Esta práctica es de suma importancia porque está destinada a reemplazar la *dirección intelectual* por la *autodirección obrera*, y no es otra cosa que la aparición de nuevo de una *dualidad clasista*.

Si tomamos en cuenta los dos tipos de intelectuales de quienes acabo de hablar –el intelectual *para sí* y el intelectual *fuera de sí en sentido descendente*-, y también las dos clases de manuales a quienes he hecho referencia –el que consiente y hasta busca ser dirigido por el intelectual comunista tradicional, y el que pugna por generar una intelectualidad obrera- podemos sacar las siguientes conclusiones: en términos generales, el intelectual que busca proletarizarse *realmente*, es preferible –desde la perspectiva de una verdadera revolución socialista<sup>40</sup>- al intelectual que pretende hacerlo sólo de manera *formal*, y es preferible el manual que, adquiriendo conocimientos y capacidad crítica, logra transformarse en intelectual obrero, al que acepta la dirección externa de una agrupación perteneciente al sector *para sí* de la clase intelectual.

Aunque las cosas son muchos más complejas que como las he presentado –por razones de método-, y por más que en las opciones políticas intervienen otras muchas circunstancias objetivas y subjetivas, conviene subrayar que, en vistas a una transformación radical de la sociedad, los dos desclasamientos deseables y convergentes son, en el sentido dilucidado, el intelectual que se proletariza y el proletario que se intelectualiza.

No puedo, sin embargo, dejar de insistir en lo que ya he dicho: los intelectuales en conjunto –dado el *enclasamiento originario* que los caracteriza- primero son intelectuales y luego adquieren la adjetivación adecuada a su especificidad<sup>41</sup>. Incluso en el intelectual que se proletariza y en

---

<sup>40</sup> Antes que nada, hecha *por* los trabajadores manuales *para* los trabajadores manuales.

<sup>41</sup> El obrero intelectualizado difiere de esta aseveración, ya que en él se despliega una *dualidad clasista* en que la pertenencia del obrero a la clase intelectual se realiza con posterioridad al hecho de formar parte de la clase

el obrero que se intelectualiza, se halla la presencia velada del intelectual, con todas sus cualidades y defectos. Es por ello que una *revolución cultural* - consistente precisamente en eso: proletarizar el trabajo intelectual e intelectualizar el trabajo manual- no puede dejar de tener en cuenta lo que podemos llamar *los intereses espontáneos de la clase intelectual*.

#### **14. La dispersión de las clases en el sentido tradicional.**

Alguien podría pensar que una de las razones de peso para rechazar la idea de que los intelectuales constituyen una clase social, se evidencia de modo incuestionable en la clasificación política que hago sobre ellos o en la multifacética forma de actuación que los caracteriza. ¿Cómo hablar de clase social con tamaña dispersión? ¿Cómo considerarlos de tal manera si los intelectuales tienen tanta facilidad para supuestamente hallarse *fuera de sí*? Una respuesta a esta objeción puede encontrarse preguntándole a la historia si, a diferencia de los intelectuales, las clases en sentido *apropiativo-material* se han caracterizado por su unidad de acción. La verdad es que el modelo clasificatorio que empleé para los intelectuales puede ser aplicada a otras clases. La burguesía, por ejemplo, es susceptible de estar *fuera de sí* en sentido ascendente y en sentido descendente. Antes del estallido de la revolución francesa de 1789 –y también durante el mismo- había un sector de la clase capitalista asociado a la nobleza terrateniente o, por lo menos, sin cuestionar su poderío. Se hallaba, pues, desclasada. Y desclasada hacia arriba. Lo mismo en la revolución mexicana de 1910-1917. Los empresarios industriales mexicanos –por ejemplo los propietarios franceses de las fábricas de hilados y tejidos de Río Blanco- no se alinearon con Madero y Carranza, es decir con la revolución democrático burguesa que representaba sus intereses históricos. No la comprendieron, la vieron con desconfianza y prefirieron seguir al régimen porfirista como garantía de seguridad.

Algunos capitalistas, en cambio, sin dejar de ser lo que son (dueños de fábricas, etc), se han dedicado a promover y financiar, bajo cuerda las más de las veces, los movimientos obreros anticapitalistas. Además del célebre caso de Engels –que, como se sabe, pertenecía a la clase capitalista y estaba al frente en Manchester, Inglaterra., de un negocio familiar, me viene a la memoria el caso de Parvus (A.N. Helphand) quien hacia 1912, en Constantinopla, vía la especulación, acumuló una gran fortuna. Ambos socialistas, junto con muchos otros, son capitalistas desclasados

---

manual. No obstante este “retardo”, el *en sí* estructural (o el enclasmiento empírico) de la clase intelectual se halla en él y no deja de tener consecuencias.

*descendentemente*. Ambos se dedicaron a financiar, en la medida de sus posibilidades, al movimiento anticapitalista.

Sin embargo, hay algo importante que aclarar cuando, en el sistema capitalista, o en vísperas de él, hablamos del *desclasamiento descendente* de un capitalista. Si la burguesía tiene sobre sí el ocioso mundo de la nobleza terrateniente y bajo sí el activo mundo del trabajo asalariado, su *desclasamiento descendente*, ahora lo sabemos, puede tener dos variantes: identificarse, desde luego, con el proletariado, pero con el proletariado intelectual, o cerrar filas con los trabajadores manuales asalariados. Si predomina el punto de vista *binario* de las clases sociales, dicho desclasamiento se verá como un simultáneo desarraigo de la clase dominante y una integración a la clase dominada. Como éste ha sido el punto de vista predominante, la mayor parte de los *desclasamientos hacia abajo* de la burguesía consistían en incorporarse al sector *para sí* de la clase intelectual, como he explicado con detenimiento. Mas los burgueses no sólo pueden hallarse *fuera de sí* apoyando a la aristocracia o *fuera de sí* sumándose al frente asalariado, sino que les es dable constituirse en sector *para sí*. Cuando, en efecto, los burgueses se asocian al pueblo y se sirven de él para combatir y vencer a los poderosos remanentes feudales o absolutistas, realizan un notorio *enclasamiento*, pero no un enclasamiento cualquiera, sino el *enclasamiento histórico* que los va a conducir al poder.

¿Existe una burguesía *en sí*, enclasadada sólo de manera estructural y empírica, es decir, una burguesía no política, que, como la aristocracia intelectual, tan sólo se autoafirma y no pretende destruir el viejo régimen y llegar al poder? Desde luego que la hay. Es una burguesía entregada a su labor puramente económica y sin “devaneos” políticos. Pero aquí conviene poner en claro ciertos hechos. En términos generales, el industrial primitivo, aunque puede ser muy astuto y emprendedor, es bastante ignaro e incapaz de elevarse al mundo de la teoría, las abstracciones y los argumentos. Mas poco importa, ya que algunos intelectuales –respondiendo a diversas motivaciones-, vienen en su ayuda y plasman los intereses y movimientos de aquél en un plexo de discursos de diferente signo. La clase intelectual de ese momento –desclasada casi por completo de manera ascendente- toma en sus manos la tarea de justificar ideológicamente la existencia misma y las distintas posiciones de la clase burguesa. La *filosofía del trabajo* de calvinistas y puritanos, por ejemplo, nos habla de un *enclasamiento empírico* de la clase burguesa. En ella aparece el “doble deslinde” de la clase capitalista respecto al viejo régimen y al proletariado recién nacido. Resulta elocuente, en estas condiciones, el modo

en que un sector de esta clase –que en su inicio estaba lejos de ser revolucionaria desde el punto de vista político- se *enclasa históricamente* y, deviniendo *para sí*, pone en jaque a la sociedad feudal absolutista. El abate Sieyes decía que *el Tercer Estado, debiéndolo ser todo, no era nada*. Esta formulación, entre otras muchas de tono similar, nos muestra cómo algunos integrantes de la clase intelectual prestan una inestimable ayuda a los burgueses, ya que los hacen tomar conciencia –en y por la teorización que llevan a cabo sobre el ideario democrático-burgués- del rol histórico que pueden y deben jugar. Los sucesos anteriores nos ponen de relieve un hecho paradójico: los intelectuales –dominados por el sistema capitalista y obligados a desclasarse- se vuelven imprescindibles para los avances históricos de la burguesía. ¿A qué atribuir tal cosa? Creo que ello se debe al tipo de práctica –sustentada en la posesión de medios *intelectuales* de producción- que caracteriza a la clase intelectual. Ella tiene una visión mucho más amplia y profunda que los capitalistas de los intereses, las posibilidades y los riesgos de la clase burguesa. Ella advierte que su hora –de clase intelectual- no ha sonado y está lejos de sonar; pero no hay duda de que la de la burguesía ha llegado y nada al parecer puede detenerla. Esta es la razón por la que, en muchas ocasiones, la intelectualidad es la que expresa los anhelos de la burguesía, aun cuando, por alguna razón, la clase capitalista se halle inhibida y silenciosa.

### **15. Reflexiones sobre el concepto de clase media.**

La clase intelectual es la *clase media* de la formación social capitalista. Las razones de esta aseveración ya las conocemos: ocupa un lugar intermedio entre el capital y aquella parte del trabajo que es fundamentalmente físico. Afirmar, de manera resuelta, que en el modo de producción capitalista hay una clase media –como asentar, asimismo, que en el régimen feudal absolutista existía una clase media- es afirmar algo importante: que la conformación estructural de ese régimen no es binario sino ternario, y tener en cuenta, además, las múltiples consecuencias que ello acarrea. Pero hablar de clase media –como decir de clase alta o clase baja- carece de rigor y se presta a confusiones. El concepto de clase media –como sus extremos- es un concepto puramente *locativo*, para decirlo de alguna forma. Es un fonema que nos dice *dónde* se halla el objeto en cuestión, pero no *qué es*, ni mucho menos qué es lo que lo hace ser de esa forma y no de otra. En este punto, como en otros, estoy convencido de que una nominación es pertinente si recoge en el significante uno o más de los rasgos esenciales del significado. En el viejo régimen, por ejemplo, no sólo había una agrupación social a la que podía dársele el nombre de clase media, sino que era una clase media a la que había que calificar de

*burguesa* o capitalista porque, además de hallarse ubicada entre la aristocracia y el proletariado, era dueña de las condiciones materiales de la producción con todas las implicaciones del caso. Lo mismo hay que decir de la clase intelectual en el capitalismo, a la que hay que llamar, dada la argumentación precedente, *clase media intelectual*.

Pero el concepto vulgar de clase media es muy diferente al que acabo de expresar. En mi libro *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y del trabajo manual* (1977) hago un análisis de la idea vulgar, manida y persistente, de clase media. Se trata, en efecto, del capítulo I de mi opúsculo. Allí explico que el concepto habitual de clase media es fundamentalmente ambiguo<sup>42</sup>, ya que en dicha expresión se agrupan fundamentalmente dos realidades diferentes: la pequeña burguesía y la fuerza de trabajo intelectual. La pequeña burguesía no es otra cosa, valga la redundancia, que la burguesía *en* pequeño. El pequeño industrial, el pequeño comerciante, caen dentro de esta determinación. Los pertenecientes a este grupo se definen por ser dueños de medios materiales de la producción, la circulación o los servicios. El pequeño capitalista es tan capitalista como el grande: es dueño de los medios materiales productivos, contrata mano de obra y obtiene plusvalía. En mi libro escribo: “El pequeño comerciante (el tendero, el que vende al menudeo) es también un pequeño burgués, ya que el término *burgués* se toma en este contexto como el elemento que... se apropia de una parte –la que le toca como beneficio específico- de la plusvalía... Aun suponiendo que se trate de un productor independiente y que no contrata ni obreros ni empleados..., también debe considerarse... como pequeño burgués porque es dueño de los medios de producción o intercambio y porque emplea su propia fuerza de trabajo, deviniendo en su propio obrero, si quiere así decirse”<sup>43</sup>.

La fuerza de trabajo intelectual es, por su lado, una parte específica del obrero colectivo: aquella que contrata el capitalista no por su mayor o menor habilidad física, sino porque dispone de conocimientos más o menos especializados que requiere la producción. Si la pequeña burguesía es el sector más desvalido del capital, la fuerza de trabajo intelectual representa, en general, el sector más privilegiado del trabajo. Por todo lo anterior, podemos concluir que ni la pequeña burguesía ni la fuerza de trabajo intelectual

---

<sup>42</sup> Le llamo también *homológico*, entendiendo por esto el error consistente en englobar dos o más realidades distintas –diversas por su génesis, su estructura y su funcionamiento- en una misma categoría.

<sup>43</sup> *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y del trabajo manual*, op. cit., p. 33. A continuación se afirma: “A este sector de la pequeña burguesía, el de menores recursos y peores condiciones para hacer frente a la competencia, podemos designarlo con el nombre de *pequeña burguesía en vías de proletarizarse*”, p. 33.

constituyen una clase media situada entre el capital y el trabajo, ya que la pequeña burguesía pertenece a la burguesía (constituyendo un estrato del capital) y la fuerza de trabajo intelectual forma parte del trabajo (conformando un estrato del mismo). Se podría decir, por consiguiente, que el concepto vulgar de clase media es un significativo sin significado, un concepto vacío, un producto de la imaginación.

La caracterización de las clases sociales no puede realizarse a partir de los ingresos, como cree la mentalidad común. La tesis de que dos personas, independientemente de la relación que guardan con la polaridad *apropiativo-material* (capital/trabajo) o con la polaridad *apropiativo-intelectual* (trabajo intelectual/trabajo manual), pertenecen a una misma clase social si perciben iguales o semejantes ingresos, es una concepción confusa y ambigua ya que, basándose en una apariencia, está tratando de manera igual dos realidades diferentes. Supongamos que un capitalista en pequeño obtiene como ingreso (como renta deducida de la plusvalía que va a continuar capitalizando) la cantidad de 50,000 pesos mensuales, cifra coincidente con el salario mensual de un intelectual que vende su fuerza de trabajo a la iniciativa privada o al Estado. Si nos preguntamos por el origen del dinero de cada una de estas dos personas, nos vemos precisados a responder que en tanto el primero obtiene ese ingreso porque es dueño de los medios *materiales* de producción, el segundo lo recibe porque es dueño de los medios *intelectuales* de la misma. Si el primero es, aunque en pequeño, un explotador de trabajo ajeno, el otro es, aunque en grande, un trabajador asalariado bajo las órdenes del capital. La caracterización de las clases sociales en general y de la clase media en particular a partir de los ingresos tiende a ocultar, al no poner de relieve la fuente de donde brotan tales ingresos, que la fuerza de trabajo es la creadora del valor y la plusvalía.

Parecería, entonces, que no se puede hablar en sentido estricto de clase media<sup>44</sup>. Lo cual es cierto si nos referimos al concepto vulgar de clase media, ya que, como dije, sus componentes (la pequeña burguesía y la fuerza de trabajo intelectual) se han pedido prestados, por así decirlo, a la antítesis principal del sistema capitalista. Pero yo he propuesto otro concepto de clase media que rechaza con toda firmeza el *ternarismo vulgar* en boga.

Explico en qué consiste mi concepto de clase media. En el libro de 1977 afirmaba que la conformación social del sistema capitalista se funda en la

---

<sup>44</sup> A esta conclusión llega el primer capítulo de mi *Hacia una teoría marxista...*



*polaridad de dos polaridades*, es decir, en el registro de la antítesis *capital/trabajo* y de la antítesis *trabajo intelectual/trabajo manual*. Incluso hablaba entonces de mi concepción como un binarismo estructural, porque se trataba de la polaridad de *dos* polaridades o la estructura de *dos* estructuras. Me estaba refiriendo en realidad a una contradicción principal (la antítesis apropiativo-material) y a una contradicción secundaria (la oposición apropiativo-intelectual). Pero, ojo con esto, la contradicción secundaria forma parte de la contradicción principal, ya que si el trabajo en conjunto es el polo negativo del capital, en el seno del mismo se despliega la oposición entre intelectuales y manuales. *La clase media es, entonces, el polo superior de la contradicción secundaria*. Las cuatro agrupaciones de la polaridad de dos polaridades –lo que llamaba en otro texto el *cuadrilátero estructural de las clases sociales*–, se reducen en realidad a tres, ya que el trabajo manual es, simultáneamente, polo negativo del capital y polo negativo del trabajo intelectual. Surge, así, una nueva concepción ternaria. Ya no se trata del ternarismo vulgar, ahistórico y metafísico, sino de un ternarismo *dialéctico* que, con la dinámica de la sustitución de la contradicción principal por la secundaria, etc., nos proporciona una metodología adecuada para entender (aunque sea de manera esquemática) el reemplazo de un modo de producción por otro.

## **16. Hacia una caracterización del Modo de Producción Intelectual (MPI)<sup>45</sup>.**

**1** El carácter, la esencia, el sentido más profundo de una revolución social no está determinado por aquellas clases sociales que, con su intervención, destruyen el antiguo régimen, sino *por la clase o las clases que resultan beneficiadas al final de proceso*. La revolución mexicana, por ejemplo, fue realizada *por* los campesinos y los obreros, los intelectuales, la pequeña burguesía y algunos terratenientes, *para* la burguesía, *para* la modernización de una burguesía dependiente y subdesarrollada. El *por* habla de las clases revolucionarias en sentido empírico. El *para* de la clase o las clases que capitalizan a su favor el proceso. Hacer un análisis clasista basado en el *por*, que olvide o desdeñe el *para*, no sólo resulta un examen empirista y superficial sino una *ideología* puesta al servicio de la clase beneficiada por el

---

<sup>45</sup> En 1979 publiqué un texto en la revista *Nueva Política*, Vol. II, No. 7, que se intitulaba *Hacia una caracterización del modo de producción “soviético”* que, como recoge algunos de los elementos definitorios de los regímenes “socialistas” (URSS, China, etc.), me parece importante reproducir. Lo único que modifiqué es el título, ya que la denominación de “soviético”, aunque se halle entre comillas, es del todo inadecuada porque si algo fue suprimido en la URSS fueron los *Soviets*, en su prístino sentido de libre asociación, independiente del Estado, de los trabajadores.

proceso revolucionario y que pretende ocultar su esencia, su contenido, aludiendo a las clases populares revolucionarias que destruyeron la maquinaria del régimen superado. Se habla entonces, no de regímenes burgueses, sino populares. El gobierno mexicano, de acuerdo con el PRI, no era el gobierno de la burguesía explotadora sino la expresión de los intereses de los obreros, los campesinos y las organizaciones populares.

La participación del proletariado revolucionario en ninguna parte y en ningún momento ha sido más clara y contundente que en la revolución de octubre. Pero la esencia de esta insurrección consiste –ya lo he dicho– en que fue una revolución hecha *por* los obreros y campesinos *para* la *clase intelectual*. De ahí su carácter: se trata de una revolución que abrió un nuevo modo de producción: el *intelectual* (burocrático-tecnocrático).

Veamos lo anterior de manera más detallada. La revolución bolchevique fue, en efecto, *una insurrección llevada a cabo “por” los obreros y campesinos, “contra” la burguesía, “para” la clase intelectual y sus dos sectores privilegiados: los burócratas y los tecnócratas*. Para caracterizar la esencia de un proceso revolucionario debe tenerse claridad, por consiguiente, en el *por*, el *contra* y, sobre todo, el *para*. En China, en 1949, finalizó un proceso revolucionario que aproximadamente poseía la misma conformación estructural del soviético: se trató de una *revolución hecha “por” los campesinos (y obreros), “contra” la burguesía y “para” la clase intelectual*. Sin embargo, en 1965, el estallido de la revolución cultural proletaria (que, hoy por hoy, pese a su importancia y repercusiones, me parece, sin embargo frustrada) sugirió el modelo sustancial para una *revolución socialista* dentro del modo de producción *intelectual*, porque fue una *rebelión realizada “por” el pueblo (obreros, campesinos, estudiantes) “contra” la clase intelectual (y especialmente sus burócratas y tecnócratas) “para” la clase trabajadora manual*.

Si el modelo de revolución socialista dentro de los países “socialistas” es el precedente, el esquema para la misma revolución dentro de los países capitalistas, no puede ser otro que el de la vinculación dialéctica de la revolución económica y de la *revolución cultural ininterrumpida* o el de la *revolución articulada*, como la he llamado. Para que un país capitalista pudiera devenir socialista sin cristalizarse en un *régimen intelectual* se requiere que el proletariado manual (obreros y campesinos), aliado *críticamente* a otros sectores de la población (entre los que hay que situar a los *intelectuales* anticapitalistas, esto es, los *marxistas-leninistas y las masas en*

*que éstos tengan influencia)* combata al capital, primero, y a la clase intelectual, después, para llegar él mismo (el proletariado manual) al poder<sup>46</sup>. Se trataría de una insurrección con este esquema: *revolución hecha “por” el proletariado manual (y otras fuerzas) “contra” la clase burguesa y “contra” la clase intelectual “para” la clase obrera manual*. La revolución cultural ininterrumpida implica, pues, un *por*, dos *contras* y un *para*. Cuando afirmamos que el proletariado manual, aliado críticamente con otras fuerzas, debe luchar *contra* la clase burguesa, primero, y *contra* la clase intelectual, después, estos dos *contras* no deben ser separados, de tal modo que se sustantive, se absolutice y se institucionalice el resultado del primero y sólo se prometa el resultado del segundo para *cuando Dios quiera*. No. Se precisa borrar lo más que se pueda las fronteras entre el primer *contra* y el segundo o, dicho de otra manera, el proletariado *manual* debe prepararse desde que lucha *contra* la clase burguesa para luchar después *contra* la clase intelectual<sup>47</sup>.

**2.** ¿Por qué he denominado al modo de producción “socialista” MPI? Por dos razones esenciales: una, económico-social; otra, fundamentalmente política. La primera puede ser formulada del modo siguiente: los diferentes modos de producción que registra la historia llevan siempre el nombre de la clase que resulta dominante dentro de sus sistemas: tal el caso de los modos de producción esclavista, feudal y capitalista. La segunda razón, íntimamente vinculada con la primera, es ésta: resulta de suma importancia *designar* al modo de producción prevaleciente con el nombre de la clase dominante *porque ello opera como una denuncia, para la clase dominada, de quién es el enemigo principal*. Si damos el nombre al régimen “soviético” de *Estado obrero degenerado*, como quieren los trotskistas, de *capitalismo de Estado*, como quieren los anarquistas, y ya no se diga de *régimen de transición* o de *socialista*, estamos velando lo realmente decisivo: *cuál es la clase dominante en este régimen y, por ende, cuál el enemigo principal del proletariado*.

**3.** Una vez que se ha establecido la hipótesis de que existe un modo de producción *intelectual*, que no es ya capitalista (aunque conserve algo de este sistema) ni tampoco socialista (aunque anuncie algo de tal régimen futuro),

---

<sup>46</sup> Ahora no puedo estar de acuerdo con la afirmación de que los trabajadores manuales deben hacerse del poder. A reserva de tratar esto con profundidad en otro sitio, hoy diría que la lucha de los trabajadores manuales en el capitalismo es ir generando la organización autogestiva de un *contrapoder* hasta que llegue el momento, no de “tomar el poder”, sino de desplazar al poder a favor del Autogobierno.

<sup>47</sup> Tampoco puedo estar de acuerdo ahora con este planteamiento. Aunque la tesis de los “dos contras” me parece importante y enriquecedora, creo que es incorrecto formular esta concepción –por más matizaciones que se hagan– en sentido gradualista: primero lucha *contra* la burguesía y luego lucha *contra* la clase intelectual. Más tarde trataré con detenimiento este tema.

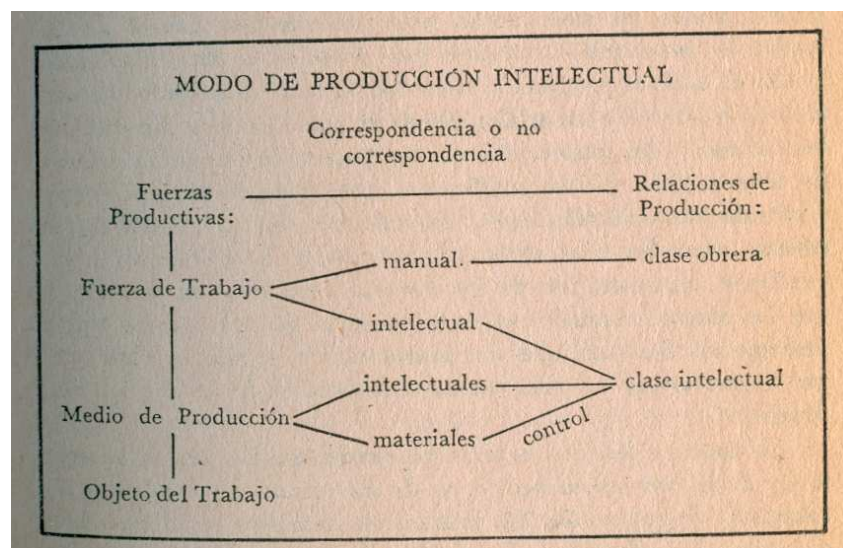
conviene examinar (en este caso, aunque sea con brevedad) el sistema económico en que reposa. Examinemos el siguiente cuadro:



Este esquema corresponde, como puede advertirse, al modo de producción capitalista. Las fuerzas productivas (en una relación de correspondencia o no con las relaciones de producción) constan de tres elementos: la *fuerza de trabajo* (que puede ser manual o intelectual), los *medios de producción* (que pueden ser intelectuales o manuales) y el *objeto del trabajo*. Las *relaciones de producción* (en correspondencia o no con las fuerzas productivas) tienen como su esencia ciertas relaciones de propiedad privada. La fuerza de trabajo manual (en lo fundamental conformada por trabajo simple) *carece* tanto de medios de producción materiales cuanto de medios de producción intelectuales. Y esta doble carencia es lo que constituye su naturaleza como *clase obrera*. La fuerza de trabajo intelectual (en lo fundamental conformada por trabajo complejo) carece de medios de producción materiales pero no de medios de producción intelectuales y esta situación (poseedora en un sentido y no poseedora en otro) constituye su esencia de clase intelectual. El capital, dueño de los medios de producción materiales, es la clase dominante del sistema. Es una clase que obtiene trabajo no retribuido (plusvalía) tanto del trabajador manual cuanto del trabajo intelectual productivo. Es, pues, una clase *contratante*: contrata a trabajadores de diferente calificación técnica para *valorar su valor* (Marx). En esto reside, por tanto, su naturaleza de *clase burguesa*.

En la sociedad capitalista no sólo existen dos clases sociales, como suele decirse (los capitalistas y los obreros), sino tres (los capitalistas, los intelectuales y los obreros). El status de los intelectuales difiere, desde luego,

del de los capitalistas. No se trata de una clase sustantivada, independiente. Su *autonomía* está relativizada por una sistemática *dominación* por parte de la clase burguesa. Su propiedad privada sobre los medios *intelectuales* no le confiere el poder suficiente para concurrir con los propietarios de los medios materiales, que son quienes dominan el panorama de manera decisiva y contundente. Ahora examinemos el siguiente cuadro:



Este esquema corresponde al MPI. Las *fuerzas productivas* (también en una relación de correspondencia o no con las *relaciones de producción*) constan asimismo de tres elementos: la *fuerza de trabajo* (manual e intelectual), los *medios de producción* (intelectuales y materiales) y el *objeto de trabajo*. Las relaciones de producción (que en este caso creemos que deben ser rebautizadas con el nombre de *relaciones sociales de la productividad*) tienen también como su esencia ciertas relaciones de propiedad.

La fuerza de trabajo manual sigue careciendo, en este sistema, tanto de medios de producción materiales (después veremos la razón específica de esta afirmación) cuanto de medios de producción intelectuales. Aún más: *carece* de medios de producción materiales (no tiene acceso a su *control*) porque carece de medios de producción intelectuales. Esta situación es la que hace de la *clase obrera manual* del modo de producción *intelectual* la *clase dominada*. La fuerza de trabajo intelectual, por su lado, es dueña de los medios de producción verdaderamente decisivos en este sistema: los intelectuales. Al ser dueña de ellos, a diferencia de los trabajadores manuales, puede *controlar* los medios *materiales* de la producción. Detengámonos un momento en este

concepto del *control de los medios de producción materiales por parte de la clase intelectual* (burócratas y técnicos).

En el modo de producción *intelectual* se han “socializado” los medios de producción materiales. Desde el punto de vista jurídico, ni los obreros ni los intelectuales pueden poseer, en el sentido *privado* de la expresión, dichas condiciones materiales de la producción. Los trabajadores intelectuales, sin embargo, son quienes en fin de cuentas *controlan* tales medios. La planificación económica, la dirección y administración de las empresas, etc., son actividades que los obreros manuales ni desempeñan ni pueden con frecuencia desempeñar. Son funciones realizadas más bien por la clase intelectual que logra, con ello, controlar los medios de producción materiales.

Vuelvo a los dos esquemas precedentes. En ambos aparece *la ley de la correspondencia o no de las fuerzas productivas y las relaciones de producción*. En la tradición marxista se ha entendido por *fuerzas productivas*, en sentido estricto, la relación práctica, transformadora, de los hombres *con* la naturaleza, a través de los medios materiales de la producción, y se ha entendido por *relaciones de producción* los vínculos que, al mismo tiempo de realizarse dicha transformación natural, se establecen entre los hombres. En la misma tradición marxista se ha supuesto que mientras en el capitalismo impera *la ley de la correspondencia o no correspondencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción*, en el régimen socialista se iniciará en lo fundamental la etapa de una plena armonía entre un elemento y otro. Yo creo que tal cosa es cierta, siempre y cuando se trate, en efecto, del *régimen socialista*, esto es, de la primera fase de la sociedad comunista. *La armonía ininterrumpida entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción es, en efecto, el modus operandi del régimen socialista como régimen de transición*. Pero conviene aclarar que no ocurren así las cosas en el modo de producción *intelectual*. En este sistema se pueden discernir, igual que en los sistemas *clasistas* del pasado, *la ley de la correspondencia o no de las fuerzas productivas y las relaciones de producción*, ley que debe ser reformulada como el principio *de la armonía o no de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de productividad*, esto es, de los nexos concordantes o discordantes entre las relaciones basadas en la apropiación intelectual (relaciones de propiedad técnico-funcional) y el desarrollo de la tecnología y la ciencia (medios materiales e intelectuales de producción). En el modo de producción *intelectual* se puede registrar la fase de *correspondencia* entre un factor y otro cuando las relaciones sociales de productividad (la composición técnica de la clase trabajadora a nivel social) impulsan el desarrollo de la

técnica, o para decirlo con una expresión de Marx, se vuelven la “forma del desarrollo” de las fuerzas productivas. La fase de la *no correspondencia* hará acto de presencia (y hay algunos indicios de que tal cosa ha empezado a ocurrir en la URSS) cuando el desarrollo tecnológico y científico, el despliegue de las fuerzas productivas, *se vea frenado por los intereses de la clase intelectual y de sus sectores burocrático-tecnocrático*.<sup>48</sup>

**4.** Lenin, basado en la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, habla, en el capítulo V de *El Estado y la revolución*, de que la rebelión anticapitalista creará un régimen comunista (en el sentido amplio del término) que presentará dos etapas: *la primera fase de la sociedad comunista* (comúnmente conocida con el nombre de socialista), que es tratada en el inciso 3 del capítulo en cuestión y la *fase superior de la sociedad comunista* (o comunismo en sentido estricto), que es tratada en el inciso 4 del capítulo mencionado. Los divulgadores (y vulgarizadores) del marxismo, frecuentemente dividen la fase socialista del régimen comunista de su etapa propiamente comunista, como si se tratara de dos modos de producción distintos. ¿Por qué Lenin llama comunista a la fase socialista?<sup>49</sup> Porque el socialismo es, para él, *un régimen de transición*. Una de las razones fundamentales por las cuales el régimen socialista se configura, de acuerdo con Lenin, como un *régimen de transición* o como la *primera fase de la sociedad comunista*, es que en él la *ley de la correspondencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción* ha sido sustituida por la ley de una plena armonía constante entre los dos términos.

Mas ¿qué pasa en el MPI? Que lejos de haber desaparecido la ley mencionada, se reconfigura, recibe una nueva modelación de acuerdo con el sistema generado. El modo de producción *intelectual* no puede ser denominado *primera fase de la sociedad comunista* porque lejos de ser un nuevo régimen de transición es un *nuevo modo de producción: el intelectual*.

**5.** Si el MPI es un modo de producción no teorizado hasta nuestros días, si es un modo de producción que se diferencia *esencialmente* tanto del *capitalismo* como de la *primera fase de la sociedad comunista*, resulta imprescindible llevar a cabo un análisis comparativo de las clases sociales en el modo de producción capitalista y en el MPI para posteriormente visualizar cuál deberá

---

<sup>48</sup> Adviértase que este texto está escrito cuando aún existía la Unión Soviética.

<sup>49</sup> Dice: “En la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialista)...”, *“El Estado y la revolución”*, en *Obras Escogidas*, 2 Tomos. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948, p. 254.

ser la conformación de clases de la sociedad comunista en su fase inferior (socialista).

Empiezo con la clase dominante del MPI. Como he asentado con anterioridad, la clase dominante del régimen *intelectual*, a diferencia de la clase dominante del régimen capitalista, ya no es dueña, en el sentido jurídico del término, de los medios *materiales* de la producción. Con la desaparición de la propiedad privada sobre las condiciones materiales de la producción, desaparece el capital privado, la concurrencia entre capitalistas individuales o la competencia intermonopólica. Pero esta propiedad sobre los medios materiales de la producción se sustituye por el *control* de los mismos, el cual, a pesar de su status jurídico, puede ser caracterizado si no como una propiedad legal sí como una *posesión de hecho* por parte, como he dicho, de la clase intelectual<sup>50</sup>. La clase intelectual es, por consiguiente, una clase que monopoliza los medios de producción intelectuales y posee *fácticamente* (en la forma del control) los medios materiales de la misma. Las razones que adjudican a la clase dominante del MPI el *control* de los medios materiales de la producción ya no residen, como en el capitalismo, en la *apropiación material*, sino en la *apropiación intelectual privada*, en el privilegio que han tenido y tienen algunos para *trabajar su fuerza de trabajo*.

Consecuencia de la desaparición de la propiedad privada sobre los medios materiales de la producción, es que se restringe al principio y prácticamente desaparece después la realización mercantil del capital constante. Si existe un mercado de bienes de consumo, esto es, del sector II, ya no existe un mercado de bienes de producción (sector I). *Se modifica esencialmente, entonces, la estructura del mercado interno, en comparación con el capitalismo.*

El MPI beneficia a la clase intelectual en su conjunto (en el mismo sentido en que el régimen burgués beneficia a *toda* la clase capitalista). Sin embargo, deposita el poder decisorio (económico-político) en una tecno-burocracia que ocupa los puestos dirigentes del Estado y, sobre todo, del partido. Una diferencia palpable entre el carácter del Estado burgués y el Estado intelectual salta a la vista: ambos son Estados de *clase*; pero el burgués lo es en sentido apropiativo-material y el *intelectual* en sentido apropiativo-intelectual.

---

<sup>50</sup> De la clase intelectual o de la *burocracia en sentido amplio*. En efecto, respecto al MPI se puede hablar de burocracia en sentido restringido (aludiendo a la cúspide gubernamental) o de burocracia en sentido lato (haciendo referencia a todos los intelectuales al servicio del Estado).



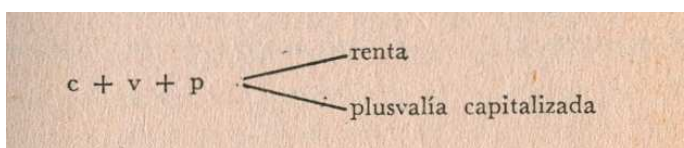
Digo algo acerca de la clase dominada tanto en el régimen capitalista cuanto en el *intelectual*. El obrero manual, en el capitalismo, es “*libre*” en tres sentidos: 1) libre de medios de producción *materiales* (que pertenecen a la burguesía), 2) libre de medios de producción *intelectuales* (que pertenecen a la clase intelectual) y 3) libre de contratarse con un patrono o con otro. El proletariado manual, en el MPI, es “*libre*” en los siguientes sentidos: 1) libre también de medios de producción *materiales*. Aquí conviene hacer notar que, aunque jurídicamente los proletarios, como todos los integrantes de la sociedad, son *dueños*, en la forma de la propiedad colectiva, de los medios *materiales* de la producción, de hecho están *desposeídos* de ellos en virtud de que no tienen acceso al *control* de los mismos. En ese sentido, salta a la vista la diferencia entre la clase intelectual y la clase obrera manual de los países “socialistas”: mientras la clase intelectual *posee* de hecho, a través del *control económico* (los planes económicos, la administración, la dirección de empresas, etc.), los medios materiales de la producción, la clase manual, aunque jurídicamente sea, junto con todos los integrantes de la colectividad, propietaria de tales medios, fácticamente se halla, como dije, definitivamente desposeída. 2) Libre de propiedades *intelectuales*. El hecho de que un sector de la clase obrera manual se intelectualice (a través de la escuela, etc.), en un proceso de *desclasamiento ascendente*, no significa que la *clase obrera manual tienda a desaparecer sino que la clase intelectual en el poder se fortalece con nuevos elementos, en este caso de extracción proletaria*. 3) Ya no es *libre* de contratarse con un patrón o con otro, en virtud de que, por así decirlo, el *patrono se ha universalizado*. El patrono está formado, de hecho, por la clase intelectual en general y por la tecno-burocracia en particular. De aquí podemos sacar la siguiente conclusión: así como el *capital constante*, en este sistema de producción, no entra, en calidad de mercancía, en la esfera de la circulación, el *capital variable* también está excluido de la comercialización. No hay, en sentido estricto, ni mercado de medios de producción ni mercado de la mano de obra. No hay, asimismo, ejército industrial de reserva, ni juego de la oferta y la demanda en lo que a la cotización de la fuerza de trabajo se refiere. *Al patrono universalizado corresponde un proletariado manual universal*. La contratación libre y competitiva, propia del capitalismo, es sustituida por la *contratación de los obreros manuales por toda la clase intelectual*. Es claro que, desde el punto de vista jurídico, así no se presentan las cosas. Es verdad que, frente a la ley, todos son propietarios, pero de la misma manera que *la igualdad de todos ante la ley* de la divisa burguesa es una *igualdad* formal que oculta las desigualdades fácticas entre el capital y el trabajo, *la propiedad de todos ante la ley* de la divisa “socialista” es una *propiedad colectiva* formal que oculta la

posesión real de la clase intelectual y la desposesión efectiva del proletariado manual.

El MPI ya no es capitalista sólo por la exclusión de la comercialización del *capital constante* y del *capital variable*, sino también porque desaparece en él la *anarquía capitalista de la producción*. La *universalización del patrono* y la *universalización del proletariado manual* constituyen la condición indispensable para sustituir la *anarquía capitalista de la producción* por la *planificación del sistema económico en su conjunto en función fundamentalmente de los intereses de la clase intelectual sustantivada*.

6. El MPI ha pasado por dos etapas claramente discernibles (y creemos que dichas etapas constituyen una periodización necesaria de todo MPI):

*La etapa de austeridad*. Para que se entienda claramente cuál es la esencia de esta fase, analizaremos la fórmula de la acumulación capitalista:



El capitalista invierte, en efecto, en capital constante y en capital variable *para* obtener una plusvalía. Una vez que se ha hecho de ésta, la desdobra en dos partes: una (la renta) la destina a la satisfacción de sus necesidades vitales y suntuarias, mientras que la otra (la plusvalía capitalizada) la reinvierte ampliando su capital, de tal modo que el segundo acto productivo será:

$$c' + v' + p'$$

y así sucesivamente.

Esta fórmula conviene no sólo a un capitalista individual sino, como fue aclarado suficientemente por Marx, al capital en su conjunto.

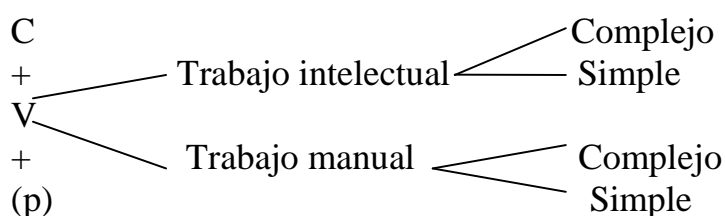
En la *etapa austera* del MPI, la fórmula general de la acumulación se presentaba de esta manera:

$$c + v (p)$$

En efecto: al realizar el producto en su totalidad una parte se destinaba a reponer el *capital constante* y otra a reponer el *capital variable*. La *plusvalía social* (concepto con el que deseo indicar el excedente de valor producido por

el proletariado universal) tendía a reinvertirse<sup>51</sup> en el desarrollo industrial del país. La planificación económica, como se sabe, estaba orientada a canalizar la mayor parte del excedente social al incremento preferencial, en lo que al sector I se refiere, de la industria pesada (máquinas herramienta, etc.) sobre la industria ligera. Soy de la opinión de que la *etapa austera* del MPI abarca, en la Unión Soviética, desde la toma del poder por parte de los bolcheviques hasta la muerte de Stalin aproximadamente. El XX Congreso, el advenimiento al poder de Nikita Jrushiov, primero, y de Brezhnev, después, representan, en cambio, el inicio y el auge del período *estabilizado y vigoroso* del MPI.

La fórmula completa de la fase *austera* de este régimen es la siguiente:



Esta fase *austera* tiene dos características relevantes:

- a. La plusvalía (como *capitalización social*) tiende a reinvertirse casi en su totalidad en el desarrollo militar, industrial y agrícola del país.
- b. De acuerdo con la fórmula “socialista” (en realidad la fórmula del régimen *intelectual*) de *a cada quién según su trabajo*, el *capital variable* de la comunidad se destina a pagar, en cantidades diversas, el trabajo intelectual y el trabajo manual. En general se remunera mejor el trabajo intelectual que el manual; más el trabajo intelectual complejo que el simple y más el trabajo manual complejo que el manual simple. Y no es raro, como pasa en todo país altamente industrializado que requiere proletarios de gran calificación, que se pague más a un obrero manual especializado (el cual no ha hecho otra cosa que *trabajar su fuerza de trabajo, que intelectualizarlo*) que a un trabajador intelectual *simple*.

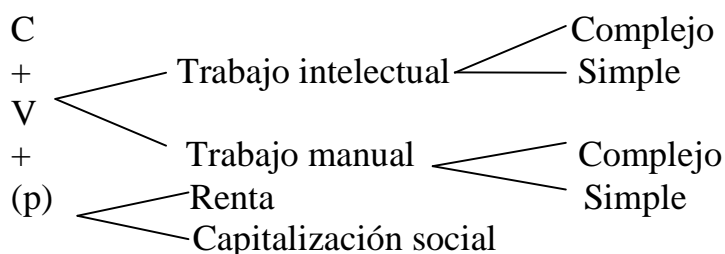
---

<sup>51</sup> Respondiendo tal cosa a la planificación *económica* de una clase intelectual *austera* y una burocracia, partidaria y estatal, que no había olvidado aún las gestas revolucionarias del pasado.

Una diferencia importante entre el MPI<sup>52</sup> y el MP capitalista estriba en el hecho de que mientras en el primero tanto la clase dominada cuanto la clase dominante son *clases productivas*<sup>53</sup>, clases laboriosas que intervienen en el proceso global de la producción con un diferente tipo de fuerza de trabajo, en el segundo sólo las clases dominadas (los obreros manuales y los trabajadores intelectuales) son productivas, mientras que los capitalistas (en tanto dueños, y sólo dueños, de los medios *materiales* de la producción) constituyen una clase parasitaria e improductiva.

El MPI, aun en su fase *austera*, no deja de ser un régimen de clases. Es el escenario en el que contienden dos clases antagónicas: la clase intelectual (tecnocrático-burocrática) y la clase obrera manual. Se trata de un modo de producción, como he dicho, que no puede ser calificado ni de capitalista ni de socialista. No es ni la *etapa superior* del capitalismo ni la *fase inferior* del socialismo. No es un régimen de transición, esto es, no se trata del período socialista de producción *comunista*. Es un sistema de producción no teorizado adecuadamente hasta este momento, y no teorizado de modo conveniente hasta ahora por no haberse detectado la existencia de la *clase intelectual*, de una clase que, de subordinada que era en el capitalismo, se convierte en sustentada en el MPI.

En la fase *estabilizada y vigorosa* del MPI predomina la siguiente fórmula:



Esta fase tiene en común con la *austera* la conservación de la divisa *a cada quien según su trabajo*. Se sigue pagando con salarios preferenciales el trabajo intelectual sobre el trabajo manual y el trabajo complejo sobre el simple. Pero hay una diferencia fundamental: la plusvalía no se reinvierte en su totalidad en el desarrollo militar e industrial-agrícola del país sino que se divide, como en el sistema capitalista, en una *renta* que va a parar a la cúspide tecno-

<sup>52</sup> Tomado en general, pero especialmente en su fase *austera*.

<sup>53</sup> Afirmación ésta que no es aplicable, o no lo es del todo, a la cúspide burocrática, en ocasiones ociosa o con márgenes importantes de ocio.

burocrática de la *clase intelectual*, incrementando sus ya de por sí altos salarios, y un *excedente capitalizado* o una *capitalización social* que sigue reinvirtiéndose. Al dividirse el excedente en *renta* y *plusvalía capitalizada* surge una *cuota de capitalización*, o sea la relación proporcional entre el primero y el segundo elementos. De ahí que podamos afirmar que el MPI, en su fase *estabilizada* y *vigorosa*, presenta una *cuota de capitalización* en que la *renta* (que prácticamente no existía en la fase *austera*) tiende a elevarse proporcionalmente. No existe la posibilidad de llevar a cabo en este sitio un análisis de los mecanismos mediante los cuales se desdobra el excedente en *renta* y *excedente capitalizado*, cómo la *renta* se distribuye en la cúspide de la tecno-burocracia, y cómo el *excedente capitalizado* se reinvierte no en función de los intereses de la comunidad, como se pretende, sino en función de los intereses de la clase intelectual en general y de los técnicos y burócratas del partido y el Estado que ocupan los puestos centrales de mando. Un estudio de los grandes complejos industriales de la Unión Soviética, su descentralización, el manejo independiente de los recursos financieros, materiales y mano de obra, los incentivos materiales, los sueldos de excepción, etc., nos puede mostrar algunos de los medios a través de los cuáles se drena una parte del excedente social hacia los bolsillos del sector más privilegiado de la clase intelectual.

El fenómeno propio del MPI, en su segunda fase<sup>54</sup>, es lo que ha conducido a muchos autores a considerar a la Unión Soviética como un país capitalista, capitalista monopolista de Estado, etc. Yo disiento de este punto de vista. La Unión Soviética no es un modo de producción capitalista, ni capitalista de Estado, ni capitalista monopolista de Estado, ni fascista, ni imperialista, ni social-imperialista, ni imperialista en su fase superior. Es, ya lo dije, el MPI (tecnocrático-burocrático) en su fase *estabilizada* y *vigorosa*. Esto no significa que algunos elementos que embrionariamente habían aparecido en el capitalismo no se universalicen, por así decirlo, en el régimen de que hablo: la plusvalía capitalista, por ejemplo, plusvalía siempre fragmentada, producida en empresas o monopolios privados, se transforma en el excedente que produce el proletariado colectivo. Se trata de una *plusvalía social*. Mientras en el capitalismo se genera la plusvalía a partir de la empresa privada o los grandes consorcios (incluido el Estado), en la Unión Soviética se gesta a partir de un trabajador *universal* (tanto manual como intelectual). La *plusvalía social* del MPI, en su segunda etapa, no es otra cosa, resumo, *que el*

---

<sup>54</sup> Consistente en que se divide el plusproducto social y una parte de éste, el de la *renta*, se destina a la cúspide tecno-burocrática, mientras que la otra (la *plusvalía capitalizada*) se reinvierte en función de los intereses de la clase intelectual y sus sectores decisivos.

*desdoblamiento del excedente social en una renta, que se canaliza a la cúspide tecno-burocrática, y un excedente capitalizado que se reinvierte en función fundamentalmente de los intereses de la clase dominante y sus sectores decisivos*

Esto no es, sin embargo, capitalismo. Ya no es capitalismo. Y ya no lo es porque la apropiación de esa *renta* y la reinversión especial de ese *excedente capitalizado*, no tienen como sujeto, como agente sustancial, al dueño privado de los medios *materiales* de la producción, sino a la *clase intelectual*. Sólo los dueños de medios de producción *intelectuales* pueden *controlar* los medios *materiales* de la producción, recibir un elevado salario (el valor de su fuerza de trabajo calificado), apropiarse de una *renta* y determinar en lo fundamental el carácter de la reinversión de la *plusvalía capitalizada*.

Esta *renta* y esta *plusvalía capitalizada* no constituyen, pues, el excedente o plusvalor propio del capitalismo, sino la plusvalía social propia de la fase *estabilizada y vigorosa* del MPI.

Aunque no puedo pronunciarme de manera definitiva respecto a la línea de desarrollo del MPI en el futuro, no se puede dejar de lado como algo irrelevante la posibilidad del restablecimiento, en circunstancias especiales, de la propiedad privada sobre los medios *materiales* de la producción. Los dueños de los medios *intelectuales* de ésta que *controlan* los medios materiales de la producción (ya socializados) y que recaudan y administran la *plusvalía social* de acuerdo con sus intereses, pueden verse tentados, en el futuro, a pretender reimplantar (en mayor o menor medida) la propiedad privada sobre los medios *materiales* de la producción<sup>55</sup>. Esto, que no es sino una posibilidad, un peligro más o menos remoto, debe mantener alerta a la clase obrera manual en el sentido de que el MPI, que en un principio se presentaba como *austero*, posteriormente se convierte en *estabilizado y vigoroso* y hasta quizás, en coyunturas imprevistas, pudiera degenerar en un régimen mixto: intelectual-capitalista o francamente capitalista.

Vuelvo a la segunda fase. En esta etapa del MPI el tren de vida de la cúspide tecno-burocrática de la clase intelectual crece de manera ostensible. Razón de ello no es sólo que su alto salario o sueldo se ve incrementado por una parte (la renta) de la *plusvalía social*, sino por el hecho de que en esta etapa, como ocurre en la Unión Soviética, se ha iniciado una abundante producción de

---

<sup>55</sup> Este escrito es de 1978. Ahora, 2009, basta volver los ojos a China para advertir la justeza de esta apreciación.

bienes de consumo y una industria ligera que no existía en el pasado austero del régimen. Antes, aun suponiendo que la tecno-burocracia poseyera recursos económicos sensiblemente mayores que los de la clase trabajadora manual, no tenía en qué invertirlos o sólo podía gastarlos en un número reducido de bienes de consumo. Ahora las cosas se modifican sustancialmente. El carácter del régimen en esta segunda fase salta a la vista en las desigualdades que aparecen en el cuerpo social.

7. Pieza fundamental de la ideología *intelectual*, junto con la negación de la existencia de la *clase intelectual*, es la aseveración de que *el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual desaparecerá poco a poco, gradualmente, con el desarrollo de las fuerzas productivas*. El supuesto de esta afirmación *economicista* es que la ciencia y la tecnología pueden desarrollarse al margen de los intereses *de clase* de la clase intelectual y sus sectores decisivos. Pero si pensamos en los privilegios de la clase intelectual (privilegios que emanan de su *estructura* definitoria), y que comprenden ventajas económicas, políticas, sociales, etc., advertimos que es inaceptable la tesis del *desarrollo natural de las fuerzas productivas*, esto es, del pretendido desenvolvimiento de éstas al margen de los intereses de la clase intelectual. Es claro que tarde o temprano entrarán en choque dichas fuerzas productivas con las relaciones sociales de productividad, porque a pesar de su crecimiento restringido a ciertos intereses, no dejan de expandirse; pero no hay nada semejante a un desarrollo autónomo, neutral, espontáneo, de las fuerzas productivas, que acabará por disolver el contraste entre el trabajo intelectual dominante y el trabajo manual dominado. Pero si esto ocurre ya en la fase *austera* del MPI, en la segunda etapa vuélvese más evidente: las fuerzas productivas (la tecnología, la ciencia, etc.) no sólo no se desarrollan libremente en esta etapa ya que se hallan dentro de un condicionamiento limitativo por parte de los intereses de la clase intelectual, sino que ello ocurre también porque dichas fuerzas productivas se desenvuelven dentro de un enmarcamiento restrictivo por parte de los intereses *social-capitalistas* de la cúspide de la tecno-burocracia, de los intereses social-capitalistas del estrato superior de la clase intelectual.

El MPI no es, como he subrayado de manera insistente, un sistema capitalista. Considerarlo como tal no sólo es una torpeza cognoscitiva sino un planteamiento que sirve a los intereses de una clase intelectual austera e “incorruptible”. En efecto: si el MPI fuera capitalista, y lo caracterizáramos de ese modo porque en él reaparece la plusvalía (aunque metamorfoseada en *plusvalía social*), la tendencia de la lucha socialista debería estar orientada a

suprimir esa plusvalía social. Pero esto no tendría otro significado que retrotraer al régimen de su segunda etapa, a su etapa austera, es decir, volver a la fase en que el excedente social prácticamente se invertía en su totalidad (aunque sin dejar de expresar los intereses de la clase intelectual) al estadio en que dicho excedente se desdobra en una renta (que va a beneficiar principalmente los bolsillos de la cúspide de la tecno-burocracia) y en un excedente capitalizado que se reinvierte en función esencialmente de los intereses de la clase intelectual y sus sectores decisivos.

Hay quien reduce el significado de la revolución cultural proletaria a la lucha por restablecer, cuando se vive en la segunda etapa del MPI, la etapa austera. Hay quien piensa que aquella revolución debe tener como su divisa fundamental la reivindicación de la consigna *a cada quien según su trabajo*. Yo estoy en desacuerdo con tal apreciación. Soy de la opinión, como ha sido expresado con toda claridad en este artículo, de que el régimen “socialista”, aun en su etapa austera, es un MPI, un régimen de clase que tiende a reproducirse, y en esta reproducción, al llegar a un *punctum saltans*, que tiende inexorablemente a convertirse en *estabilizado y vigoroso* y hasta (no lo podemos negar del todo) a transformarse quizás en capitalista o intelectual-capitalista mediante el restablecimiento en mayor o menor grado de la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. El enemigo principal del proletariado manual de los regímenes *intelectuales* no es la *plusvalía social* que se incauta el estrato superior de la clase intelectual, sino la clase intelectual misma. Aquí no debe existir ninguna confusión.

No estoy en posibilidad de examinar en este sitio las relaciones de dependencia entre la Unión Soviética y otros países, especialmente las naciones “socialistas” que pertenecen al CAME. Dejo este tema para ser desarrollado en otro momento. Lo que sin embargo me parece evidente es que la relación entre la Unión Soviética y otros países de la órbita “socialista” puede ser vista como la que existe entre un MPI que vive en su segunda etapa y otro que se halla en una fase similar (relación de la Unión Soviética, por ejemplo, con la RDA, con Checoslovaquia, etc.) o de un MPI que vive en su segunda etapa y otro que se halla en la fase austera (relaciones de la Unión Soviética, por ejemplo, con Vietnam, Corea, Cuba, etc.).

Para mí la esencia de la revolución cultural, concebida como categoría histórica, no como fase histórica concreta, debe ser combatir al MPI en su conjunto, tanto la segunda etapa del mismo como la primera. El enemigo no es otro que la clase intelectual. Entiéndase, sin embargo, lo que deseo decir con



esto: no se trata de destruir la ciencia, el arte, la cultura, sino la propiedad privada de tales manifestaciones culturales. La revolución cultural ininterrumpida representa, por eso mismo, al tiempo que la democracia manual, la mayor reivindicación imaginable respecto a la cultura, al liberarla de la restricción elitista en que ha vivido hasta nuestros días, para hacerla patrimonio real de todo un pueblo.

### **17. El método estructural-histórico.**

La diferencia que, en el seno del marxismo, se ha hecho entre el modo de producción (MP) y la formación social (FS), resulta de enorme importancia para el análisis de los avatares de la clase intelectual en la historia. El MP es un concepto que, gracias al grado de abstracción en que se sitúa, logra aprehender y desentrañar la esencia de un régimen social. Se trata de un modelo –o lo que Marx llama “tipo general”- en el que se compendian los elementos definitorios de un sistema. Una manera fácil de destacar la naturaleza de un MP es compararla con la naturaleza de otro. Todo MP implica la vinculación orgánica –en correspondencia o no- entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la manera en que, en el decurso histórico, se desarrollan estas últimas y la forma específica en que se entrelazan, nos permiten apreciar las diferencias de esencia, por ejemplo, entre el MP feudal y el MP capitalista. Todo régimen capitalista, independientemente de su grado de desarrollo y de las vicisitudes históricas que ha tenido que recorrer para devenir capitalista, e independientemente, asimismo, de las relaciones que haya tenido en el pasado o tenga en el presente con otras naciones o pueblos, posee algunos elementos –trabajo asalariado, capital, etc., como factores predominantes- que lo definen y caracterizan como eso: como régimen capitalista. Una teorización ejemplar de lo que es el MP capitalista lo hallamos en *El capital* de Marx, lo que le hace decir a Godelier: “*El capital* no es la historia real, concreta, de tal o cual nación capitalista, sino el estudio de la estructura que las caracteriza como ‘capitalista’, haciendo abstracción de la infinita diversidad de las realidades nacionales”<sup>56</sup>. La FS es, por lo contrario, la realidad concreta en su especificidad histórica o, lo que es igual, una nación, un pueblo, un conglomerado humano sin hacer la abstracción de la diversidad de realidades que ofrece su particularidad. Dos países muy distintos –en diferentes etapas históricas y en diversas regiones geográficas- pueden coincidir en su MP, pero no, obvio es, en su FS.

---

<sup>56</sup> M. Godelier, *Esquema de evolución de las sociedades*, Editora Latina, Argentina, 1973, p. 16.

Ciertas categorías hacen acto de presencia en los dos niveles, en el MP y en la FS. Mencionaré dos en extremo importantes: lo *sincrónico* –dos fenómenos que, relativamente, ocurren al mismo tiempo- y lo *diacrónico* –dos fenómenos que, vinculados, acaecen en distinto tiempo.

Lo sincrónico y lo diacrónico hacen su acto de aparición en el MP, son dos elementos conformadores del modelo. No sólo se recoge en éste lo definitorio simultáneo (la sincronía entre capital, trabajo, mercado, plusvalía, reinversión, etc.), sino lo estructural sucesivo: paso del feudalismo al capitalismo por medio de la acumulación originaria, libre concurrencia, monopolio, etc.

Como lo sincrónico y lo diacrónico tienen diferente *status* teórico u operan en diferente grado de abstracción, yo propondría que, cuando dichas categorías se hallan vinculadas al MP, conserven su nombre de *sincrónico* y *diacrónico* y cuando formen parte de la FS se denominen simplemente *simultáneo* y *sucesivo*.

La diferencia entre el MP y la FS también la encontramos en los regímenes *intelectuales*. El MPI –para decirlo parangoneando a Godelier- no es la historia real, concreta, de tal o cual nación *intelectual*, sino el análisis de la estructura que caracteriza a todo régimen de ese tipo, haciendo abstracción de la infinita diversidad de las realidades nacionales. La FS *intelectual*, en cambio, no lleva a cabo dicha abstracción y, por consiguiente, tiene en el método histórico la brújula principal para orientar sus pasos.

¿Qué relación existe entre el MP y la FS, sea que se trate del régimen capitalista o del régimen *intelectual*? No es otra, me parece, que la existente entre el género y la especie, conceptos en que impera una relación de subordinación. La FS implica un MP determinado. Francia, México, Venezuela, por una parte, y Cuba, Corea del norte, Vietnam, por otra, son FS producto de muy diversas situaciones históricas y una organización de factores, generados por aquéllas, con diferencias fácilmente detectables; pero, junto con tales diferencias, ambos grupos de países tienen algo común entre sí: los primeros, el MP capitalista; los segundos, el MP intelectual. La FS es, entonces, una de las muchas especies en que puede “encarnar” o aparecer un MP. El género se caracteriza por presentar una mayor extensión que la especie, pero, dado su nivel de generalización, también por tener una mayor pobreza de contenido. Como la situación de las FS es la contraria –ya que vincula a una gran riqueza de contenido el impedimento de generalizar-, un

estudio profundo de la conformación multifacética de los diferentes países requiere de modo obligatorio la utilización metodológica de los dos niveles: del género y la especie o, lo que es igual, del MP y la FS. No me cabe la menor duda, en relación con esto, que un estudio que pretenda conocer la naturaleza de un país, tiene que abstenerse de recorrer dos caminos erróneos o dos desviaciones: uno, el *estructuralista*, en el sentido fuerte de la expresión, es decir, la tendencia a sólo ver el MP, lo sincrónico y lo diacrónico, en una palabra, el *género*, y dos, el *historicista*, es decir, la propensión a sólo tomar en cuenta la FS, lo simultáneo y lo sucesivo, o séase, la *especie*. La forma correcta de abordar este problema cognoscitivo es el *método estructural-histórico* que no es otra cosa que una de las manifestaciones de la manera dialéctica de enfocar el pensamiento. Se precisa, pues, soldar ambos puntos de vista en una síntesis superior, en lo que he denominado en otros sitios, el *sincretismo productivo*.

El punto de vista histórico es fundamental. No sólo porque nos ayuda a comprender la conformación específica de un pueblo, un Estado o una nación, o porque nos muestra la forma particular en que se despliega un MP, sino porque nos aclara –en el nivel empírico de los acaecimientos- la génesis, desarrollo y aniquilamiento de un MP o el tránsito concreto de un MP a otro. La relación entre el género y la especie, representada por el enlace del MP y la FS, no debe interpretarse de manera puramente formal, como se hace en la lógica aristotélica. No se trata tan sólo de una relación de *subordinación* –o de una topografía clasificatoria- en que lo singular o lo particular quedan comprendidos en lo universal. La relación entre estructura e historia, o entre MP y FS, es también una relación dinámica y transformadora, ya que entre ambos elementos hay una acción recíproca, como puede observarse en el hecho incuestionable de que el MP *influye* en la FS y la FS *actúa* en el MP. Pondré un ejemplo. Son varios los teóricos que han puesto de relieve<sup>57</sup> la paradoja de que, mientras en los países capitalistas desarrollados, de haber estallado la revolución, se habría podido generar el “socialismo” con relativa facilidad y rapidez, en los atrasados, donde se llevó a cabo la transformación del sistema, no pudo construirse –debido precisamente a su rezago- sino un régimen “socialista” subdesarrollado. Como en la mayor parte de los acontecimientos políticos, son varias las causas históricas que intervienen, combinadas, en la explicación de por qué en los países capitalistas avanzados no tuvo lugar, como quería Marx, la revolución “socialista” (más bien: *proletario-intelectual*) y a qué se debe, en cambio, que dicha revolución -y las

---

<sup>57</sup> Uno de ellos es Alvin W. Gouldner, en *Los dos marxismos*, Alianza Universal, Madrid, 1983, p. 163.

dificultades de desarrollo a ella aparejadas- sí haya podido realizarse en países atrasados. Mencionaré algunas de esas causas. En la triarquía europea – Inglaterra, Francia y Alemania-, durante la segunda mitad del siglo XIX, no sólo creció de manera espectacular el proletariado, sino que la alta burguesía – aun disminuyendo numéricamente por el proceso de concentración- se fortaleció significativamente. Este fortalecimiento tuvo lugar, entre otras razones, debido a las siguientes circunstancias: a) porque la clase dominante, temerosa de la clase obrera en ascenso y cada vez más amenazante, sofisticó su aparato represivo, b) porque la burguesía en el poder perfeccionó su hegemonía (Gramsci) y limitó, en medida importante, la lucha de clases, con la cobertura del consenso y las vacuas promesas del reformismo y c) porque la misma burguesía fue advirtiendo que, si bien toda clase tiene su ideología, la ideología dominante, o la que acaba por imponerse, es la de la clase dominante si y sólo si cuida, como la niña de sus ojos, que esta ideología permee, con un hábil empleo de los medios de comunicación, en el pueblo en general y en la clase trabajadora en particular, lo cual trae como efecto constreñir a su enemigo de clase a luchar, en lo esencial, no contra el sistema, sino dentro de él (economicismo, parlamentarismo, revisionismo).

Todos estos elementos son históricos. Como también lo es el hecho de que no sólo la clase obrera abrevó en los análisis marxistas y aprendió a visualizar con mayor justeza y realismo el sistema productivo en que vivía y el papel que ella jugaba al interior del régimen, sino también -¡y en qué forma!- lo hizo la burguesía. Es indiscutible que hubo –y sigue habiendo- una manera “marxista” en que la burguesía –tras de conocer a Marx- aborda los problemas socioeconómicos, lo cual le permite reacomodar y perfeccionar su práctica expoliadora, y dificultar –y hasta impedir- que estalle la revolución.

Todo esto tiene que ver con la historia. Y si, durante un momento, me he detenido en ello, es porque, al elaborar y exponer la teoría de la clase intelectual, en general he puesto más el acento en las estructuras que en el proceso empírico particular. Las razones que me llevaron a hacer tal énfasis son claras: el planteamiento historicista prevaleciente –durante la época de gestación de aquella teoría-, se entretenía con, y resultaba absorbido por lo empírico en detrimento de lo esencial. El punto de vista historicista<sup>58</sup> tiende a creer que hasta la fecha no ha sido posible crear el socialismo, porque en ningún país capitalista altamente desarrollado han existido las *condiciones*

---

<sup>58</sup> No debe identificarse el materialismo histórico con un materialismo historicista. El primero toma la historia en el sentido amplio de la expresión, o sea, abarcando tanto el punto de vista estructural como el enfoque de la historicidad empírica. El segundo sólo toma en cuenta la historia como devenir empírico.

*subjetivas* para que tuviera lugar una revolución anticapitalista. Tienden a pensar, asimismo, que el “socialismo” creado en los países atrasados (Rusia) o muy atrasados (extremo oriente) estaba condenado al fracaso por la inexistencia en ellos de las *condiciones objetivas* para la transformación socialista<sup>59</sup>.

Mi punto de vista es otro: ni los países económicamente avanzados –con un capitalismo desarrollado y maduro–, ni los países económicamente atrasados –con un capitalismo subdesarrollado y dependiente–, construyeron, ni pudieron construir, ni les será dable hacerlo en el futuro tal socialismo, porque, independientemente del grado de desarrollo de sus condiciones objetivas y subjetivas, su conformación social no es binaria, sino ternaria, con todas las implicaciones que –como hemos visto a lo largo de este escrito– tal hecho trae aparejado. Ni los países avanzados (Alemania oriental o Checoslovaquia, por ejemplo), ni los atrasados (en diferente medida, todos los demás) dieron a luz el socialismo, en el sentido de libre asociación de los trabajadores (manuales) y primera fase de la sociedad comunista, porque en ellos se realizó el “doble deslinde” que trae consigo la clase intelectual *para sí*, es decir, la aniquilación de la clase burguesa y el sometimiento dictatorial de la clase trabajadora. En ninguno de ellos se creó el socialismo, ya que la esencia de las revoluciones que tuvieron lugar en tan heterogéneos países, no fue socialista, sino *proletario-intelectual*. Aún más. Los países “socialistas” que se industrializaron de manera espectacular durante muy poco tiempo –como la URSS–, y crearon así, al menos en parte, las condiciones objetivas para la supuesta conformación del socialismo, lo que generaron no fue éste, sino un MPI desarrollado.

La transformación del MP capitalista al MPI tiene, pues, un elemento estructural y un elemento histórico. El aspecto estructural no es otro, como lo hemos visto, que la elevación de la contradicción secundaria en el capitalismo a contradicción principal en el “socialismo”. El aspecto histórico alude a la forma particular en que tiene lugar ese relevo, junto con otros muchos factores que lo acompañan (supervivencias del pasado, lucha de clase al interior de un país, conflictos con el exterior, etc.).

El estudio del tránsito revolucionario del MP capitalista al MPI, debe acompañarse, por consiguiente, del estudio de la revolución que lleva de una FS capitalista a una FS intelectual.

---

<sup>59</sup> Y por la aparición de una burocracia deformante a la que consideran como surgida por generación espontánea.

Con anterioridad he subrayado que el factor empírico-decisivo de un cambio social son las masas. Sin ellas no puede tener lugar el salto que va a dar al traste con una conformación estructural y engendrar otra. Desde el punto de vista histórico, el factor popular de cambio puede ser muy distinto: en Rusia fueron fundamentalmente los obreros, en China y en Cuba los campesinos<sup>60</sup>. Pero repito lo ya expuesto: hay un desfase entre quienes hacen la revolución y quienes la usufructúan. Desde el punto de vista histórico, fueron, sí, revoluciones obreras o campesinas, etc. Pero, desde el punto de vista estructural, fueron revoluciones que posibilitaron el cambio del MP capitalista al MPI. Algo importante que se deriva de esto: lo empírico-decisivo, por importante que sea, no configura la esencia del nuevo MP. La esencia se despliega *a partir de quiénes llegan al poder aupados por las masas y del régimen social que se deriva de sus intereses de clase más profundos.*

### **18. Más sobre el Modo de producción intelectual (MPI).**

Mucho hay que meditar, intelegir y analizar para comprender la génesis y estructura del MPI, comparándolo con el capitalismo, de donde viene, y el socialismo, al que podría ir, si y sólo si, se crearan las condiciones objetivas y subjetivas para hacerlo. Una de las formas pertinentes para comprender la conformación estructural de este sistema y su *modus operandi* cotidiano, consiste en esclarecer el papel que juegan los intelectuales en el régimen.

Al hablar de la clase intelectual en el capitalismo he puesto de relieve que, desde el punto de vista de su *tipo*, los trabajadores se dividen en trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, lo cual alude a la *división vertical del trabajo*. Pero, también bajo el aspecto de su tipo, el trabajo intelectual (como asimismo el trabajo manual) se desglosa en muchas ocupaciones diversas, lo cual habla de la *división horizontal del trabajo*. En alguna medida, estas dos modalidades de la tipología del trabajo las hereda el MPI del MP capitalista, las hereda, pero también las corrige, las aumenta, les da un giro. Desde el punto de vista de su división horizontal, los intelectuales del “socialismo” se dividen, antes que nada, en dos grandes rubros: los *intelectuales funcionarios* y los *intelectuales ciudadanos*. Los primeros –en un régimen en que existe una simbiosis entre el partido y el Estado- son los que conforman el funcionariado dirigente del partido y del Estado. Son quienes ejercen el poder político y el control económico. Son los primeros beneficiarios de la revolución proletario-

---

<sup>60</sup> Este factor de cambio puede venir, incluso, del exterior: buena parte de las democracias populares de Europa central y oriental se generaron por la presencia del ejército soviético en su territorio.

intelectual y, por ende, los herederos del sector *para sí* de su clase. Los segundos son los intelectuales que no forman parte de la administración pública cupular, y que se hallan en la industria, las granjas colectivas (koljoses o sovjoses), el mundo del arte y de la ciencia o sea de la cultura en general. “Incluso bajo el comunismo de guerra, el empleo de miembros de la burguesía, primero como especialistas administrativos y gerenciales, se realizó en amplia escala, práctica que se consolidó rápidamente bajo la Nueva Política Económico (NEP)”<sup>61</sup>. Desde 1918-1919 y más aún con la NEP, los bolcheviques van incorporando a los especialistas militares en el Ejército, a los especialistas técnicos y científicos en la industria, a los especialistas culturales en la literatura. Todos estos especialistas, como los dirigentes bolcheviques –que eran especialistas de la política- forman parte de la misma clase: la clase dueña de los conocimientos indispensables para realizar su función respectiva. El sentimiento obrerista se siente defraudado y se opone a este encumbramiento de los intelectuales “advenedizos” –por ejemplo los personeros del Proletkult-, pero son derrotados. Por más que los dirigentes bolcheviques intentan ocultar su carácter intelectual presentándose como representantes del proletariado, los hermana con ellos la misma conformación tipológica. Los intelectuales ciudadanos –por ejemplo los técnicos y los científicos que trabajan en ciertas empresas públicas- gozan de innegables privilegios en comparación con los trabajadores manuales –obtienen, en ocasiones, un salario ocho o nueve veces mayor que el de estos últimos y, en general, ejercen un poder indiscutible en su centro de trabajo. Pero estos privilegios son relativos, ya que ellos –aunque pertenezcan, si es que pertenecen, a la base del partido- lejos de formar parte del centro burocrático-administrativo donde se toman las decisiones fundamentales, constituyen fracciones de la clase intelectual *dominadas* por el funcionariado partidario-estatal. Esta es la razón por la cual –durante prácticamente toda la historia de la Unión Soviética- hubo contradicciones entre ciertos intelectuales ciudadanos y el poder. Y es también la razón por la cual muchas personas se resisten a caracterizar a los llamados países socialistas como formaciones sociales *intelectuales*, ya que, argumentan, ¿cómo puede considerárseles así si reprimen a algunos intelectuales? Por eso creo que es importante hacer una diferencia entre *hallarse en el poder* y *ejercer el poder*. En el régimen capitalista, verbigracia, toda la clase capitalista (gran burguesía, burguesía mediana y pequeña burguesía) está en el poder; pero no toda ella ejerce (ni puede hacerlo) el poder: sólo la gran burguesía es la que –no de manera simple, sino de manera compleja y con la mediación burocrática- lleva las

---

<sup>61</sup> E.H.Carr, *Historia de la Rusia soviética. El socialismo en un solo país (1924-1926)*, I, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p.64.

riendas del Estado. Digámoslo así: toda la burguesía –independientemente de su tamaño- explota al proletariado; pero la gran burguesía, además, ejerce su dominio sobre los sectores más desvalidos de su clase. Lo mismo ocurre con la clase intelectual en el “socialismo”: toda la clase intelectual – independientemente de su grado de calificación o del puesto que la división horizontal del trabajo asigne a cada intelectual- domina, y después veremos que también explota, a la clase trabajadora manual; mas el Estado y el partido de Estado –que compendian a la intelectualidad funcionaria- *domina* a los intelectuales ciudadanos.

Al inicio de un MPI –por ejemplo en Rusia- se agudiza una lucha de clases que arranca de la conformación ternaria que presentaba –junto con otros elementos- la formación capitalista. Los revolucionarios, sin embargo, por ejemplo los bolcheviques, hablan, continúan hablando, de binarismo, de trueque de contrarios, de dictadura de la clase obrera sobre la clase burguesa. Ellos no se consideran, ni quieren que se les considere una clase social deslindada del proletariado, sino se autoconciben, y pugnan porque así los vea la clase trabajadora manual, como el “sector intelectual” y administrativo del proletariado, como la fracción de éste que representa los intereses históricos de la clase obrera en su conjunto, en una palabra, como la vanguardia intelectual de la clase obrera asalariada. Si al inicio de la construcción del MPI se habla de un binarismo inverso al existente en el capitalismo, es decir, de un régimen en que la dicotomía burguesía/proletariado es reemplazada por la antítesis proletariado/burguesía, a medida que pasa el tiempo y, con ello, se logra la destrucción de la base material de los capitalistas, los mandatarios burocrático-intelectuales de los trabajadores, proclaman el triunfo de los obreros sobre los capitalistas –que pierden el poder y en ocasiones la vida- y dicen sentar las bases para un régimen *unitario*. La concepción binaria de las clases sociales en el capitalismo, los lleva a considerar que el nuevo binarismo –la dictadura del proletariado sobre la clase burguesa- es una situación transitoria en que finalmente<sup>62</sup> se logra la eliminación de la clase poseedora material, e inauguran un MP unitario: una república de obreros y campesinos, es decir, una organización social donde desaparecen las clases sociales antagónicas. ¿Pero realmente se ha transitado de lo binario a lo unitario?

Es cierto que la llegada al poder de los revolucionarios trae consigo –vía la “socialización” de los medios productivos *materiales*- la progresiva desaparición del capitalismo privado. Cuando ocurre esto, el viejo binarismo

---

<sup>62</sup> pasando por varias etapas: comunismo de guerra, nueva política económica (NEP), “gran viraje”, etc.



(capital/trabajo) se disuelve a favor supuestamente del unitarismo de la república “socialista” de los trabajadores. Pero como el viejo binarismo era sólo aparente –ya que, como he subrayado, el *trabajo* era la agrupación de dos clases que, de hallarse contrapuestas en el capitalismo, devienen antagónicas en el MPI-, el “unitarismo” logrado con la revolución también resulta aparente, ya que, desde el punto de vista de su *tipo*, hay una diferencia estructural entre el que trabaja predominantemente con las manos y quien lo hace en lo esencial con el intelecto o el espíritu.

En el MPI la clase intelectual no sólo domina a la clase manual, como en el capitalismo, sino que la oprime políticamente y la explota económicamente. La opresión política se evidencia en el “olvido” de los viejos principios del socialismo (“emancipación del trabajo”, “liberación de la clase obrera como obra de ella misma”, “libre asociación de los trabajadores”, etc.). Todos estos principios *obreristas* son abandonados –no en la teoría o la proclama, sino en la realidad- por una clase intelectual –principalmente por la burocracia partidario-estatal- que se autopresenta como parte del proletariado –o mejor: como el estrato intelectual de la clase trabajadora que ve más y mejor que los trabajadores manuales ignorantes y limitados. El punto de vista supuestamente unitarista, implica la aseveración de que los conocimientos –para no hablar del poder- que monopolizan los intelectuales funcionarios, no trae consigo ninguna contraposición de intereses entre los manuales y los intelectuales. Pero ¿es así?

### **19. La clase intelectual y el ejercicio del poder.**

Uno de los criterios más sustantivos para saber si un país es o no socialista, es preguntarnos: ¿el trabajo, en él, y en términos generales, es víctima de la explotación? En los países capitalistas, por más “democráticos” que sean, por más respetuosos de los “derechos humanos” que se proclamen, la base socio-económica del régimen es la explotación, el enriquecimiento de unos por medio de la exacción de trabajo impago (plusvalía), y el empobrecimiento, relativo o absoluto, de otros. Los países autoproclamados socialistas ¿lo son en verdad? ¿En ellos existe o no la explotación de la mano de obra?

Dicho de manera muy esquemática, el mecanismo por medio del cual, en el MP capitalista, se realiza la explotación, consiste en la división de la jornada laboral en dos segmentos: *trabajo necesario* y *trabajo excedente*. El trabajo necesario produce x número de mercancías o partes que, realizadas en el mercado, equivalen al salario que recibe el trabajador. El trabajo excedente

elabora otro conjunto de mercancías o partes que, también cambiadas por dinero, equivalen a la plusvalía que va a parar a manos del dueño de los medios materiales de producción. En el trabajo necesario, el obrero trabaja *para sí mismo*. En el trabajo supletorio, trabaja *para otro*. Esta división de la jornada en trabajo y plustrabajo implica obligatoriamente la mediación de la esfera circulatoria. En efecto, el producto de valor (v+p), implica la fórmula M'-D', es decir, la traducción del valor implícito en el trabajo necesario y en el trabajo excedente a dinero. La presencia del mercado como instancia mediadora, por otra parte, se hace evidente en el hecho de que la fuerza de trabajo –que va a generar el producto de valor- es también una mercancía. En efecto, el desdoblamiento de la jornada en *trabajo-que-crea-el-salario* y en *trabajo-que-crea-la-ganancia* sólo puede tener lugar si en la esfera de la circulación –en el mercado de la mano de obra- hay una mercancía *sui generis* que se cotiza no por la suma del trabajo necesario y el excedente, sino tan sólo por el trabajo necesario<sup>63</sup>.

En el MPI ocurre algo semejante, pero con una salvedad de gran importancia. La jornada laboral también se halla dividida en dos fragmentos: trabajo necesario (salario) y trabajo excedente (plusvalía); pero la existencia de esta dicotomización y el grado en que tiene lugar, no dependen de la propiedad privada y el trabajo asalariado, en lo que a la esfera de la producción se refiere, y de la realización mercantil, en lo que alude a la esfera de la circulación. La distribución del trabajo en *trabajo-para-sí* y en *trabajo-para-otro* no tiene como condición generativa el mercado, sino la *planificación*. Planificación que somete a su control centralizado la estructura y el funcionamiento de la economía nacional y, junto con ello, el papel complejo que juega el excedente social. La anarquía de la producción, característica del capitalismo, es sustituida por el plan centralizado. Idealmente, este plan se preocupa por el funcionamiento equilibrado y creativo de la economía –con el objeto de liberarse de la dependencia y sanear la producción: mayor énfasis en la industria pesada que en la ligera, armonización de la producción y el consumo, estrategia de plena ocupación que combata la formación de un ejército industrial de reserva, eliminación de los ciclos económicos cortos y largos que trae consigo la política del MP capitalista, etc. Parecería, entonces, que se sustituye la irracionalidad del mercado por la racionalidad del plan o, si se prefiere, la espontaneidad de la economía por la racionalidad de la política. Esta concepción ideal de la planificación económica parte del supuesto de que los planificadores –bajo la vigilancia del partido y del Estado- son

---

<sup>63</sup> O sea por el trabajo socialmente necesario para producir los bienes de consumo fundamentales para el operario y su familia, etc.

planificadores racionales, desinteresados, preocupados en la salud y el porvenir histórico del sistema, sin intereses particulares (o clasistas) que perturben su función planificadora. Si la planeación económica fuera llevada a cabo desde una “técnica pura”, una ciencia económica incontaminada o una sensatez impoluta, se podría decir, en efecto, que el acceso del MP capitalista al “socialismo” es un tránsito a lo racional desde lo irracional<sup>64</sup>. Pero ¿los planificadores, y el poder en general al que se hallan subordinados, son estos hombres de ciencia desinteresados y al margen de las clases sociales en pugna? Mi respuesta es que no, porque los técnicos y hombres de ciencia, puestos al servicio del Estado y el partido, salvo algunas excepciones<sup>65</sup>, no son, no pueden ser, desinteresados y plenamente objetivos, ya que son dueños de medios *intelectuales* de producción, y esta posesión estructural, además de los intereses de clase que los hermana con todos los intelectuales-funcionarios, determina una conducta basada en lo que más atrás he llamado el “doble deslinde”: el embate contra el capital privado y contra el proletariado manual. La clase intelectual, he dicho antes, es una *clase-poder*, es decir, una clase social que, si no existe una dominación material que la limite, ejerce un poder social a partir de su conformación estructural intrínseca. Además, y esto se percibe si no nos quedamos en la superficie del problema, el afán de posesión<sup>66</sup> que ha conducido a los intelectuales a detentar sus medios *intelectuales* de producción, abre en ellos la posibilidad u oportunidad de que se realice de manera franca y decidida su impulso a adueñarse de los otros<sup>67</sup> o, dicho llanamente, de ejercer el poder. Y con ello surge, desde luego, la lucha “cortesana” por el poder.

Al llegar a este punto conviene hacer una aclaración. Si bien es cierto que el monopolio de la práctica teórica es en el Modo de Producción Intelectual una condición necesaria para ejercer el poder, no hay nada semejante a una identificación entre sabiduría y astucia política. Hay políticos con muy buena información, cultura política, etc., que carecen de la sagacidad de otros que, aun siendo dueños de cierto acervo de conocimientos, no se pueden comparar con la fuerza de trabajo compleja de los primeros. Esto quiere decir que si la propiedad de medios intelectuales de producción es una *condición necesaria*

---

<sup>64</sup> No podemos olvidar que el intervencionismo estatal en el capitalismo tiene también ciertos visos de racionalidad –a la que podemos denominar capitalista– que, en fin de cuentas, no puede escapar a la irracionalidad inherente al sistema. Lo mismo ocurre con el MPI: también posee una cierta racionalidad –una racionalidad *intelectual*– que está lejos de identificarse con la racionalidad socialista que tiene como fundamento una efectiva lucha contra la existencia de las clases sociales.

<sup>65</sup> De intelectuales honestos –que también existen– que luchan por superar sus limitaciones estructurales e identificar su producción teórica con la conciencia verdadera.

<sup>66</sup> O la pulsión apropiativa eidética.

<sup>67</sup> O su pulsión apropiativa antrópica.

para formar parte de la clase política del MPI, no resulta *suficiente* para salir triunfante en la enconada lucha por el poder que sin excepción se da en los países llamados socialistas. Además de ciertos conocimientos, se requiere de perspicacia y, en ocasiones, falta de escrúpulos y un íntimo condicionamiento subjetivo que da luz verde a los requerimientos cada vez más imperiosos de la *pulsión apropiativa antrópica* que se halla detrás de las conductas autoritarias, dictatoriales o despóticas.

## **20. La nueva clase explotadora.**

Una de las categorías fundamentales que integran el sistema de producción capitalista es la de la *explotación del trabajo*. Aunque no es posible entender la naturaleza de aquél si ignoramos esta categoría, los ideólogos del capitalismo la excluyen sistemáticamente de sus pronunciamientos y consideraciones. La explotación es una *categoría satanizada* por razones fácilmente detectables: el cotidiano ejercicio de la explotación se vería obstaculizado y hasta amenazado de muerte si los mismos explotadores reconocieran y dieran a conocer a todo mundo su papel social.

El MPI actúa de igual manera. Sus ideólogos no sólo ocultan la existencia de la categoría satanizada, sino caracterizan al llamado socialismo precisamente como un régimen donde la explotación del trabajo ha cesado por fin. En el socialismo –arguyen– no hay una clase que viva a expensas de una fuerza de trabajo de la que se extrae un beneficio, como el capital respecto al trabajo en la formación capitalista. En este régimen las clases sociales que existen – obreros y campesinos– no son antagónicas. Eso dicen.

Pero la división del trabajo productivo –hecho a espaldas y en contra de los obreros– en *trabajo necesario* y *trabajo excedente*, nos muestra que en el MPI reaparece la piedra angular de la explotación. No quiero afirmar o sugerir con ello que a los obreros debería remunerárseles la totalidad del valor producido, pues –como tuvo a bien aclarar Marx en la *Crítica del programa de Gotha*– del excedente social deben deducirse la plusvalía capitalizada que se destina a la ampliación de la producción, a la reposición de medios de producción consumidos, a los fondos de reserva requeridos ante la posibilidad de accidentes laborales o naturales, etc. Me refiero simplemente al hecho de que la riqueza elaborada por los trabajadores, como plusvalía social, no sólo se les vuelve ajena en su conjunto, sino que se les arrebatada y contrapone, de manera tal que en lugar de ser una riqueza de la sociedad o de todos los trabajadores, deviene riqueza estatal, excedente social administrado por la cúpula

intelectual-burocrática y los *intereses específicos* que brotan de su monopolio de los medios intelectuales productivos y su ejercicio del poder. Es cierto que en el MPI, como en el capitalismo, hay *gasto público* y que, parte de él, es destinado a la construcción de obras sociales, de muy diferente tipo, que requiere el bienestar del pueblo (educación, salud, comunicaciones, etc.); pero –lo mismo que en el capitalismo- los egresos del gasto público no son ningún indicio de la desaparición de las clases sociales o de la disolución de la categoría satanizada, sino formas de canalización del gasto público –emanado de la realidad fiscal en el capitalismo y de la recaudación del excedente social en el MPI- inherentes a dos regímenes socioeconómicos clasistas.

Como he subrayado, en el MP capitalista la plusvalía individual –pero también la nacional- se divide en dos partes: la capitalizada –cuyo destino es la reproducción ampliada de la o las empresas- y la renta o ingreso individual –que deducen los empresarios de la plusvalía total para la adquisición de los bienes de primera necesidad y de lujo que requiere su status económico. En el capitalismo esta división –como también la otra: la de trabajo necesario y trabajo excedente- no es producto del deseo o la voluntad de los capitalistas, sino que es el producto de la competencia, es decir, del *mercado*. La *cuota de capitalización*, en efecto, o sea la relación proporcional entre la plusvalía destinada a la capitalización y la renta, no se basa en la intención subjetiva del capitalista de separar en dos partes el trabajo excedente de acuerdo con su parecer, sino en los requerimientos mercantiles de la concurrencia. En el MPI las cosas ocurren de otro modo.

El factor básico por medio del cual se realiza la división del trabajo en general entre trabajo necesario y trabajo excedente, por un lado, y la división del trabajo excedente social en plusvalía capitalizada y renta como ingreso individual, por otro, no se realiza, en lo fundamental, en y por el mercado o con el concurso espontáneo de la concurrencia, sino a partir de una *planificación periódica* (planes quinquenales. etc.) de la economía nacional. Como en el MPI hay, entonces, una modificación sustancial del mecanismo distributivo<sup>68</sup>, y como ello parecería ser la anhelada superación de la irracionalidad inherente al *reino de la necesidad* por la racionalidad propia del *reino de la libertad*, es de primera importancia examinar el destino del gasto público para meditar a partir de eso si la *explotación* –categoría satanizada tanto por los ideólogos del MP capitalista como por los del MPI- tiene lugar o no en los regímenes del “socialismo real”. Lo esencial aquí es el destino de la

---

<sup>68</sup> en que, al parecer, la voluntad concertada de los hombres sustituye la acción irracional y ciega de la anarquía de la producción.

recaudación. El estudio de la economía soviética planificada nos muestra que el grueso de la inversión fue canalizado a la industria pesada –militar y no militar. La industria ligera –destinada a generar bienes de consumo- ocupó en general un segundo lugar, aunque en términos absolutos, que no relativos, se fue incrementando. En una nación revolucionaria, como la soviética, donde las potencias imperialistas extranjeras lucharon denodada aunque infructuosamente por ahogar al niño en su cuna, resulta plenamente comprensible el énfasis presupuestario puesto en una industria militar moderna y poderosa. Es también lógico que un país atrasado y dependiente desde el punto de vista industrial, decidiera industrializarse y sentar las bases para generar una economía independiente y soberana. Darle preeminencia a la industria pesada sobre la industria ligera parece también razonable (aunque hay mucho que decir al respecto), ya que aquella –producción de medios de producción., creación de máquinas herramienta, elaboración de maquinaria agrícola, etc.- no sólo representa el fundamento de una industrialización básica y acelerada, sino la condición indispensable para una futura industria ligera variada y eficiente.

Esta economía –que he descrito de manera muy sucinta- ya no es capitalista. Su *modus operandi* ha cambiado de giro. Es cierto que cuando coexisten un intervencionismo de Estado con una economía concurrencial –por ejemplo en los regímenes del *well fair* o del capitalismo de Estado- lejos de desaparecer el capitalismo, lo que hace es modernizarse. Pero cuando la concurrencia en su conjunto desaparece, o cuando el mercado, antes libre, o relativamente libre, se ve constreñido a operar dentro de los límites pre-establecidos que le fija la planificación, el funcionamiento económico encarna un cambio de calidad, se mueve en otro nivel y responde, en medida importante, a otras leyes. Este sistema no es, sin embargo, socialista, ya que, hoy por hoy, ya no podemos tratar como sinónimos las expresiones: régimen no capitalista y régimen socialista, si es que deseamos seguir entendiendo por socialismo –no una formación burocrático estatista, etc. que se reproduce sin cesar-, sino la etapa de transición al comunismo en que, entre otras cosas, desaparecerán las clases sociales y los hombres y mujeres se emanciparán de la división alienante del trabajo.

Una de las más férreas razones que me llevan a negar el carácter socialista del nuevo régimen, es la reaparición en él de la categoría de la *explotación del*

*trabajo*<sup>69</sup> que determina la innegable existencia de clases sociales antagónicas y de una lucha de clases latente o manifiesta.

Además de lo que he dicho con anterioridad, la explotación del trabajo se hace evidente en la canasta de privilegios de que goza la élite de los países “socialistas”. Recordemos que la plusvalía social –administrada por los órganos planificadores del Estado- se divide en plusvalía que se capitaliza y se destina al gasto público, y renta que, a manera de ingreso individual, genera las prebendas, canonjías, privilegios de todo tipo de los mandatarios. En efecto, los sueldos de excepción, las casas de campo (*dashas*), las tiendas especiales, etc., nos hablan de la explotación en el sentido del aprovechamiento individual. Es cierto que en el MPI no existe ni la propiedad privada de los medios de producción ni la herencia de ellos: pero sí el nepotismo, los privilegios del poder, la corrupción, el tráfico de influencias. Los sueldos de excepción no sólo aparecen en la cúpula partidario-estatal, sino en los técnicos de las empresas, a quienes, en ocasiones, y en desacuerdo con el principio de “a cada quien según su trabajo”, no sólo se les paga el equivalente de un trabajo especializado, sino se les gratifica con parte del plusvalor generado por su industria, recibiendo lo que en otro sitio he llamado *plus-salario*. No se puede, por consiguiente, negar el hecho de que la categoría satanizada reaparece subrepticamente en el MPI.

Los comunistas de la URSS no supieron combatir el creciente deterioro del apoyo de las masas al régimen, debido, entre otras razones, al obligado sacrificio a que se vieron sometidas por una política económica y militar que buscaba más que nada salvaguardar y fortalecer al régimen “socialista” en abstracto (o sea al MPI) y no a sus trabajadores y su pueblo en concreto. ¿Había solución a este problema? ¿Era necesario incrementar la producción de bienes de consumo –y de bienes de consumo requeridos por el pueblo-, aunque ello retrasase los planes de industrialización acelerada? ¿Había que incrementar, o hacer más efectiva, la educación socialista para que las masas aceptaran –continuando con el heroísmo social que las había caracterizado- las restricciones “momentáneas” al crecimiento de su nivel de vida? ¿O era posible una solución intermedia? La planificación “desde arriba”, es decir, burocrático-intelectual no pudo hallar las respuestas adecuadas a una tan difícil problemática, y esta incapacidad tuvo consecuencias desastrosas para el MPI: el retorno de Rusia al capitalismo.

---

<sup>69</sup> O, lo que es igual, de la exacción, por parte de la cúpula dirigente o de la *clase-poder* que ocupa los puestos fundamentales de mando, del trabajo impago de la colectividad trabajadora.

Resulta interesante subrayar y tratar de entender las enormes dificultades que los comunistas tuvieron para acceder al poder y consolidar su situación, y la enorme facilidad con que –en comparación con aquéllas- acabaron por pederlo. Muchas explicaciones pueden darse de este extraño fenómeno. Yo quiero poner el acento en que el sector partidario-estatal de la clase intelectual en el poder va modificando imperceptiblemente su relación con las masas a lo largo de las diversas décadas de existencia de la URSS. Al principio había una simbiosis incuestionable entre los obreros y los bolcheviques. La mayor parte de los comités obreros de Petrogrado, Moscú, etc., estaban bajo el control bolchevique. El partido de Lenin y Trotski fue ganando la mayoría en los Congresos regionales, provinciales, de circunscripción y de cantón de los Soviets. Después de haber participado con toda la oposición en la lucha y la derrota de la autocracia, los comunistas empezaron a saldar cuentas contra sus enemigos burgueses (cadetes, constitucionalistas, etc.) y socialistas (socialistas revolucionarios de derecha, mencheviques, anarquistas) y sus aliados socialistas por un tiempo (socialistas revolucionarios de izquierda). La habilidad con que se movieron resulta asombrosa. Las consignas que levantaron (“paz y pan”), la política exterior que diseñaron (la “paz de Brest Litovsk”), la formación del Ejército Rojo y el triunfo en las innumerables batallas contra los aliados y los alemanes que invadieron a Rusia, nos dicen de una estrategia y una táctica concebidas correctamente –desde el punto de vista del nuevo régimen- y realizadas, en general, con justeza. Un recorrido estratégico tan complejo y finalmente victorioso, fue resultado, para mencionar dos elementos esenciales, de una hábil dirección del proceso por parte de la plana mayor del partido bolchevique, en general, y de Lenin en particular, y de un férreo apoyo de la clase obrera (y los campesinos pobres) a las orientaciones y directrices del partido comunista. La élite *para sí* de la clase intelectual más que fingirse un estrato de la clase trabajadora y ocultar, así, sus intereses burocrático-intelectuales, sinceramente se autoconcibe, en general, como un sector de la clase trabajadora que sólo mantiene con ella diferencias de visión, conocimiento, conciencia de clase. En los obreros se refleja la misma concepción: consideran a sus dirigentes como los “elementos más conscientes” de su clase, como los que “saben lo que hay que hacer y hacerlo en beneficio de la emancipación de los trabajadores”. Esta confianza de las bases en su partido no fue sin embargo inalterable. Pasó por diversas etapas históricas, y la larga presencia del stalinismo –el más feroz despotismo burocrático-intelectual- no dejó de imprimir su sello en el ánimo de amplios sectores populares. Al final, después de la muerte de Stalin y la sucesión de varios regímenes más o menos mediocres y conservadores, Rusia, en unos cuantos meses, cambia de color y vuelve en 1989 al redil de donde, como



oveja negra, había escapado. ¿Por qué sucede así? Muchas son las causas que intervienen en la debacle de la Unión Soviética. Lo que no pudieron destruir, a los inicios de la revolución, los múltiples invasores capitalistas, ni pudo llevar a cabo, con su fuerza espectacular, la invasión hitlerista, fue posible por el surgimiento en la mayoría de los trabajadores de un proceso de desconfianza, diferenciación, deslinde respecto a sus mandatarios. La simbiosis entre la vanguardia intelectual y la clase se viene abajo. Los obreros y otras capas de la sociedad sienten a los gobernantes como lo ajeno, la alteridad, la otra clase. No son conscientes, desde luego, que se trata de lo que he llamado la *clase-poder*, es decir, la clase que accede al poder –con todos sus privilegios materiales- por ser detentadora (en un país en que la propiedad privada material tiene las horas contadas) de medios *intelectuales* de producción. Los obreros, no son conscientes, en términos generales, de cuál es la naturaleza de esa clase que se halla aplastándolos, pero intuyen, adivinan, padecen su carácter expoliador y, tras de retirar su apoyo a la vieja élite, buscan otra cosa. Muchos burócratas, técnicos, intelectuales del partido y del Estado, al advertir cómo se deteriora y avería su base social y, con ello la posibilidad de seguir usufructuando los privilegios acostumbrados, además de advertir las dificultades de echar mano nuevamente de la represión, etc., también van en pos, muy oportunistamente, de un cambio favorable para sus intereses y vuelven los ojos al capitalismo...

## **21. ¿Qué sucede con la clasificación política de los intelectuales ofrecida con anterioridad, al transitar del MP capitalista al MPI?**

Antes que nada, lo que ya sabemos: la *vanguardia intelectual* de los obreros se hace del poder. Puede tener diversos nombres –el de Partido Comunista es el consabido-, pero su contenido esencial es que en ella se aglutina la fracción de la clase intelectual a la que he dado indistintamente el nombre de *histórica o para sí*. Este sector –que, junto con otros agrupamientos, se hallaba en la oposición en el capitalismo-, al ascender a los puestos centrales de mando, no sólo se entroniza a sí misma, sino que lleva al poder a la clase intelectual en su conjunto. Los comunistas, hasta este momento y en general, no saben qué son y qué representan. O dicho de otro modo: creen sinceramente ser una cosa y son en realidad otra. Esta es una de las muchas jugarretas de la historia, debido a que, sin excepción, la realidad es más rica, compleja y flexible que la teoría. ¿Cómo iban a suponer muchos comunistas –que se encuentran entre las personas más abnegadas, militantes, heroicas que registra la historia- que lo que se hallaban generando, en la complejísima revolución bolchevique de octubre de 1917, no era el socialismo, la primera fase de la sociedad

comunista, la superación al fin del capitalismo (que nació chorreando sangre y que continúa imperturbablemente por el mismo camino), sino un nuevo régimen despótico y anti-obrero? Esto sólo lo hemos comprendido *a posteriori* o *post festum*. La clase intelectual se halla, pues, en el poder. Mas ella –que tiene como común denominador el ser dueña de una práctica teórica específica- presenta diversos estratos –desde el punto de vista de la calificación-, posee diferentes ocupaciones –bajo el aspecto de su división horizontal del trabajo- y ofrece distintas posiciones políticas.

La división entre intelectuales (o técnicos) *fuera de sí en sentido ascendente o aburguesados*, e intelectuales *fuera de sí en sentido descendente o proletarizados* subsiste, jugando un papel importante, en la etapa del tránsito del régimen capitalista al MPI. Los primeros cierran filas, en general, con los empresarios desplazados o en vías de desplazamiento. En unión de los capitalistas –cuando los dueños de las fábricas sentían la amenaza de la confiscación-, o aislados –cuando la estatización de las empresas había tenido lugar-, los técnicos, con alguna que otra excepción, se dedican a la labor del sabotaje, ocultamiento de inventarios, conspiración con los extranjeros (con los alemanes o con los aliados), en una palabra, pasan a formar parte de la contrarrevolución<sup>70</sup>. Muchos de ellos se hallan integrados en un plexo de partidos políticos (cadetes, mencheviques, socialistas-revolucionarios) que nos hacen ver el amplio espectro de la intelectualidad aburguesada: desde los que se dicen socialistas (los mencheviques y los socialistas-revolucionarios) hasta los que se declaran democráticos y anticomunistas –los cadetes, etc<sup>71</sup>.

El caso de los intelectuales *fuera de sí en sentido descendente* es tan complicado que me veo en la necesidad de emprender ciertas reflexiones al respecto. El hacerse copartícipes de los intereses históricos del proletariado (manual mayoritariamente) –que es la conducta política a la que tiende o querría tender el intelectual desclasado en sentido descendente- no es algo puramente opcional. No basta con que un intelectual, con ánimo revolucionario y buena fe, diga: “voy a sumar mi fuerza a la de los obreros en lucha”. Esta decisión de desclasamiento revolucionario –aparentemente tan encomiable y progresista- puede resultar, sin embargo, contraproducente,

---

<sup>70</sup> En 1918, escribe Víctor Serge, los capitalistas “liquidan de cualquier manera sus empresas, ocultan sus stocks, roban o venden las instalaciones y herramientas...interviene entonces el sabotaje del personal técnico, que hace indispensable establecer en la fábrica una verdadera dictadura obrera”, Víctor Serge, *Historia del año I de la revolución rusa*, Zeus, Madrid, 1931, p. 388.

<sup>71</sup> En los países “socialistas” también existen intelectuales *enclasados* o constituyendo una *aristocracia intelectual*, que se mantienen con cierta independencia respecto a los otros sectores de la clase intelectual. No creo que sea interesante hablar de ellos por ahora.

cuando la línea política que anima al movimiento obrero se basa en la estrategia de la revolución *proletario-intelectual* y en el inexorable resultado de ésta: la sustitución de la burguesía como clase dominante por la clase intelectual. Para que un intelectual *saliera de sí* en sentido *descendente* en realidad de verdad, para que se proletarizara en el más profundo sentido de la expresión o, en fin, para que fuera fiel al ideal socialista verdadero (o comunista-anarquista) tendría que diferenciarse, deslindarse, autonomizarse respecto no sólo a la burguesía, sino a su propia clase: la intelectual. Y no sólo, como se comprende, desde un punto de vista teórico, sino también práctico. Durante la revolución bolchevique y en los primeros años de la transformación social ¿qué intelectuales podrían ser caracterizados como intelectuales verdaderamente socialistas o desclasados realmente *en sentido descendente*? Estoy tentado a decir: los anarquistas, ya que ellos se diferenciaban no sólo de los blancos sino de los rojos, no sólo de los burgueses (constitucionalistas) y pequeño-burgueses (trudoviques) o de los socialistas reformistas (mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha), sino también de los socialistas revolucionarios de izquierda y de los bolcheviques. Los partidarios de Bakunin y de Kropotkin –muy minoritarios, en general, dentro de los Soviets- poseían una teoría que los distinguía tanto de los burgueses de todos sabores y colores, cuanto de los herederos revolucionarios de los populistas y de los bolcheviques: la recusación de todo poder. No sostienen en términos generales la teoría de la clase intelectual –la excepción es Bakunin que tuvo al respecto asombrosas intuiciones-; pero su idea de la acracia o su convicción de que todo poder –incluyendo el anticapitalista de los socialistas autoritarios- es negativo y perjudicial para los trabajadores, los protegió de caer bajo la influencia de la clase intelectual en ascenso... Pero soy de la opinión de que, aunque los anarquistas<sup>72</sup> tenían elementos que los diferenciaban de los burgueses y los comunistas, les hacía falta una concepción integral de las clases sociales en el capitalismo, de la revolución *proletario-intelectual*, y carecían, en consecuencia, de una estrategia y una táctica pertinentes para luchar con buen éxito contra la burguesía y los peligros burocrático-intelectuales.

Ni los intelectuales bolcheviques ni los intelectuales anarquistas representaban una fracción *desclasada en sentido descendente* de la clase intelectual, por varias razones. Mencionaré una, que nos evidencia los errores simultáneos que en general acompañan a ambas posiciones, aunque lo haga de manera muy abstracta y general, pero indicadora de una situación innegable: en la cuestión

---

<sup>72</sup> Los marinos de Kronstadt, los guerrilleros de Néstor Majno, etc.

del poder, los bolcheviques pecan por *superavit* y los anarquistas por *deficit*, tema que trato en el capítulo “El otro socialismo. Diálogo fructífero de marxismo y anarquismo”. El marxismo-leninismo sostiene la necesidad de que la dictadura de la burguesía –que es el trasfondo esencial de todo régimen capitalista, con inclusión de los sistemas supuestamente democráticos- debe ser reemplazada por la dictadura del proletariado. Aunque existen no pocos planteamientos de Marx, Engels y Lenin en el sentido de que esta dictadura, absolutamente indispensable para combatir al enemigo, ya no sería un Estado en el sentido estricto del término, sino una Comuna, un semi-Estado, un poder transitorio, la revolución de octubre y la historia subsiguiente de la URSS nos muestran –y ya sabemos las razones de ello- la creación no de un poder coercitivo enérgico pero transitorio, sino de una dictadura permanente o, dicho de otra manera, el concepto de semi-Estado que empleaban los clásicos del marxismo para hablar del nuevo régimen gubernamental, y con el que atraían a muchos trabajadores que veían con recelo a la autoridad, sirvió para crear no sólo un Estado, sino un super Estado. Por eso hablo de que los bolcheviques –independientemente de sus intereses y opiniones teóricas- pecan por *superavit* o exceso.

Los anarquistas piensan que todo Estado –aun aquel que se presenta como transitorio y representativo del trabajo en su lucha contra el capital- es un poder enajenante y enajenado. La ley de todo semi-Estado es convertirse en Estado y hasta en super Estado. Esta convicción, que comparten casi todos los anarquistas, con frecuencia ha desarmado o fragilizado su movimiento ya que, en la lucha social, se las tienen que ver con organizaciones burguesas o comunistas centralizadas o supercentralizadas. En la lucha de clases, la dispersión y el amorfismo son las peores características que pueden ostentar los revolucionarios cuando el enemigo es una maquinaria verticalista y monolítica. Aunque los anarquistas no pueden escapar a la división vertical del trabajo, o al desdoblamiento de su corriente en intelectuales y manuales, y aunque dicha diferenciación tipológica lleva con frecuencia a un *vanguardismo solapado y vergonzante* de sus intelectuales, su rechazo de todo poder coercitivo y, por ende, de toda organización partidaria, los condena a entrar con indiscutible desventaja a la lisa política. Por eso digo que los anarquistas –independientemente de la conciencia con que lo hagan- pecan por *déficit* o escasez.

Por esta razón y por otras –que analizo en el mencionado capítulo sobre el anarquismo-, pienso que ni el intelectual marxista-leninista, ni tampoco el intelectual anarquista representan un desclasamiento *en sentido descendente* o

una franca y profunda proletarización. Lo cual me lleva a conjeturar que el *intelectual-anti-intelectualista*, o sea, el que sale *fuera de sí* para hacerse solidario de los intereses históricos del proletariado manual, más que ser una realidad, es un proyecto, más que existir empíricamente es una necesidad histórica. Esto no significa –hay que precisarlo– que este desclasamiento especial no tenga antecedentes y surja de la nada. Todos los socialistas, comunistas y anarquistas que han hecho a un lado sus intereses personales, que han dado muestras de abnegación y solidaridad y que tomaron la decisión de ponerse al servicio del trabajo en su lucha contra el capital y el autoritarismo burocrático, son un anuncio, un antecedente, una comprobación de factibilidad, del intelectual que ha de proletarizarse para sumar sus fuerzas a la clase trabajadora manual en su pugna por eliminar la propiedad privada material y espiritual y poner el fundamento de la sociedad sin clases.

## Índice

<b>LA CLASE INTELLECTUAL Y SU PRESENCIA EN LA HISTORIA.....</b>	<b>1</b>
<b>1. Cómo y dónde nació este concepto.....</b>	<b>1</b>
<b>2. La noción de clase intelectual no se ha discutido en México. Razones de ello.....</b>	<b>3</b>
<b>3. El lado objetivo de la clase intelectual.....</b>	<b>5</b>
<b>4. Mi propuesta de la clasificación de los intelectuales.....</b>	<b>7</b>
<b>5. El lado subjetivo de la clase intelectual.....</b>	<b>13</b>
<b>6. Los tres aspectos de la práctica laboral.....</b>	<b>17</b>
<b>7. El salto de la clase intelectual de clase subordinada a clase dominante.....</b>	<b>19</b>
<b>8. ¿Hay una concepción del mundo de los intelectuales y quiénes la expresan?.....</b>	<b>20</b>
<b>9. Las tres funciones de los intelectuales.....</b>	<b>21</b>
<b>10. Dos fecundas diferencias con Althusser.....</b>	<b>27</b>
<b>11. El intelectual aburguesado.....</b>	<b>30</b>
<b>12. El <i>sector histórico</i> de la clase intelectual.....</b>	<b>34</b>
<b>13. El sector de la clase intelectual que se proletariza realmente.....</b>	<b>38</b>
<b>14. La dispersión de las clases en el sentido tradicional.....</b>	<b>44</b>
<b>15. Reflexiones sobre el concepto de clase media.....</b>	<b>46</b>
<b>16. Hacia una caracterización del Modo de Producción Intelectual (MPI).....</b>	<b>49</b>
<b>17. El método estructural-histórico.....</b>	<b>65</b>
<b>18. Más sobre el Modo de producción intelectual (MPI).....</b>	<b>70</b>
<b>19. La clase intelectual y el ejercicio del poder.....</b>	<b>73</b>
<b>20. La nueva clase explotadora.....</b>	<b>76</b>
<b>21. ¿Qué sucede con la clasificación política de los intelectuales ofrecida con anterioridad, al transitar del MP capitalista al MPI? .....</b>	<b>81</b>